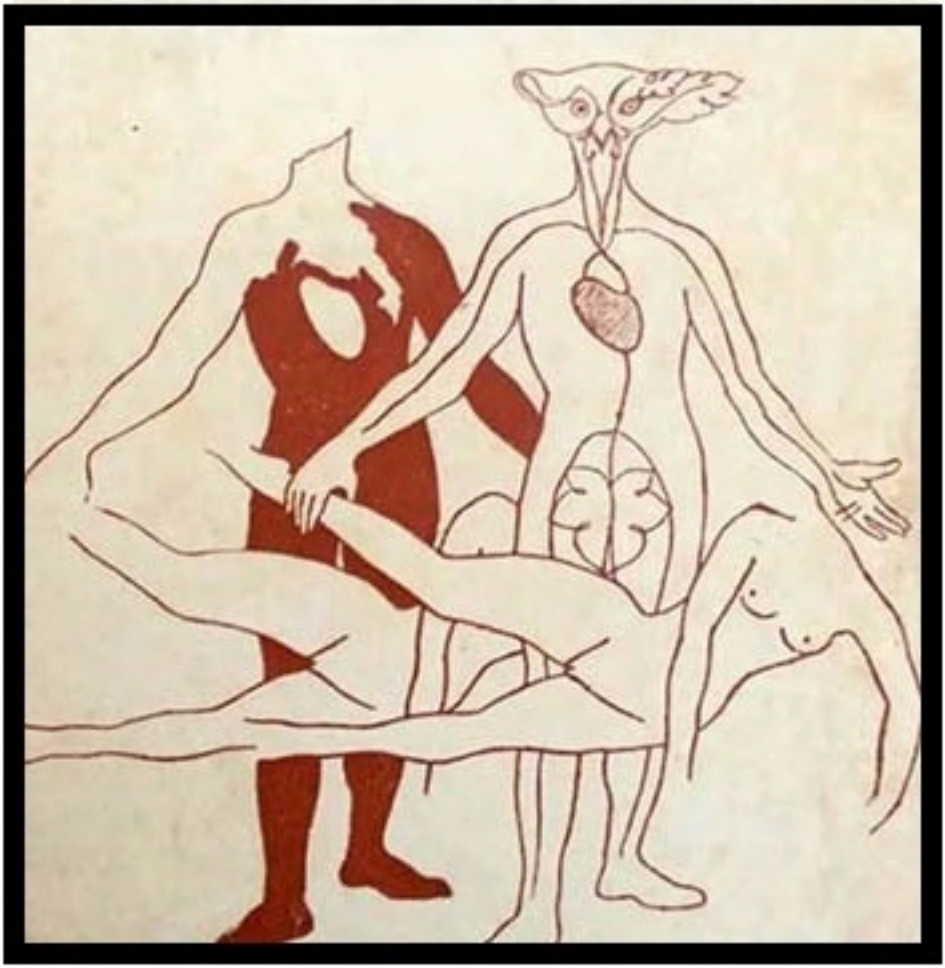
André Breton

Los vasos comunicantes



Serie del volador

JOAQUÍN MORTIZ • MÉXICO

serie del volador

André Breton

Los vasos comunicantes

Primera edición, abril de 1965
Segunda edición, agosto de 1968
Tercera edición, junio de 1978
D. R. © 1965, Editorial Joaquín Mortiz, S.A.
Tabasco 106, México 7, D.F.

ISBN 968-27-0030-2

Título original: *Les vases communicants*
© 1955, Librairie Gallimard, París, Francia
Traducción directa de Agustí Bartra

I

...Y levantando ligeramente su vestido con la mano izquierda, Gradiva Rediviva Zoé Bertgang, envuelta en las miradas soñadoras de Hanold, con su paso flexible y tranquilo, a pleno sol sobre el pavimento, pasó al otro lado de la calle.

WILHELM JENSEN: *Gradiva*

El marqués de Hervey-Saint-Denys, traductor de poesías chinas de la época de los Tang y autor de una obra anónima aparecida en 1867 bajo el título: *Los sueños y los medios de dirigirlos – Observaciones prácticas,* obra que ha llegado a ser lo bastante rara para que ni Freud ni Havelock Ellis –como especifican ambos– hayan logrado conocerla, parece haber sido el primer hombre en pensar que no era imposible, sin recurrir para ello a la magia, cuyos medios ya no llegaban en su tiempo a traducirse más que por ciertas recetas impracticables, vencer en su provecho las resistencias de la más amable de las mujeres y obtener rápidamente que le otorgara sus últimos favores. Ese idealista, cuya vida, a través de todo lo que cuenta, nos parece bastante inútil, se había formado sin duda por compensación una imagen más viva de lo que podía esperarlo con los ojos cerrados que la mayoría de los espíritus científicos que se han entregado a observaciones sobre el mismo tema. Mucho más afortunado que el héroe de *Al revés* de Huysmans, Hervey, demasiado privilegiado, supongo, desde el punto de vista social, para intentar por otra parte verdaderamente huir de algo, consigue, sin trastorno apreciable, procurarse, fuera del mundo real, una serie de satisfacciones sin mezcla que en el plano sensorial no van a la zaga, de ningún modo, de las embriagueces de des Esseintes, y no acarrean, por el contrario, ni lasitud ni remordimiento. Es así que la succión de una simple raíz de iris que ha tenido cuidado de asociar, en estado de vigilia, a cierto número de representaciones agradables que tienen su origen en la fábula de Pigmalión, le

proporciona en su sueño, una vez deslizada esa raíz entre sus labios por una mano cómplice, una aventura tentadora. Sin maravillarme, hablando propiamente, de este resultado, lo inscribiría gustosamente en un buen lugar entre las conquistas poéticas del último siglo, no lejos de las que ilustraron, bajo la responsabilidad de Rimbaud, la aplicación del principio de la necesidad para el poeta de provocar el perfecto, el razonado "desorden" de sus propios sentidos. No obstante, la aportación del autor de la obra que nos ocupa sería, a lo sumo, susceptible de proporcionar un complemento al susodicho método de expresión, y por consecuencia de conocimiento, si yo no me permitiera ver en ella una posibilidad de conciliación extrema entre los dos términos que tienden a oponer, en beneficio de una filosofía confusionista, el mundo de la realidad al del sueño; quiero decir, aislar uno del otro esos dos mundos y hacer una cuestión puramente subjetiva de la subordinación del uno al otro, quedando como juez la afectividad; si no me pareciese posible obrar por ese intermediario la conversión cada vez más necesaria (si se tiene en cuenta el malentendido que se agrava a través de las obras líricas de nuestra época) de lo imaginado a lo vivido, o más exactamente, al deber-vivir; si no me diese cuenta de que hay ahí una puerta entreabierta, más allá de la cual sólo hay que dar un paso para, al salir de la casa vacilante de los poetas, encontrarse a ras de la vida.

Sería seguramente de gran valor saber *a priori* por qué procedimiento hay que disciplinar las fuerzas constitutivas del sueño, de manera que el elemento afectivo que preside su formación no se encuentre alejado del objeto al que se ha atribuido

un encanto particular en estado de vigilia. Aquel que se ha encontrado alguna vez en el caso de amar no ha podido abstenerse de deplorar la conspiración de silencio y de noche que se hace en el sueño en torno al ser querido, mientras el espíritu del durmiente halla ocupación por entero en trabajos insignificantes. ¿Cómo retener de la vida despierta lo que merece ser retenido, aunque no sea más que para no desmerecer de lo que hay de mejor en esta misma vida? Mucho antes de que estuviera en circulación la teoría, cada vez menos debatida, según la cual el sueño es siempre la realización de un deseo, es notable que haya habido un hombre que intentara realizar prácticamente sus deseos en el sueño.

Obteniendo que un director de orquesta a la sazón de moda dirigiese exclusivamente, de una manera sistemática, la ejecución de dos valses determinados, cada vez que debía bailar con dos damas que le gustaban, cada uno de cuyos valses estaba de alguna manera dedicado y rigurosamente reservado a una de ellas, y después disponiendo, antes de dormirse en una hora matinal, la reproducción en sordina de una de aquellas mismas piezas, por medio de un ingenioso aparato compuesto de una caja de música y un despertador, Hervey logró hacer aparecer en sus sueños una u otra de las dos damas y confiarle el papel principal en la obra que en aquel momento le representaban sus menos importantes héroes interiores.

Se puede lamentar que una experiencia a primera vista de carácter tan decisivo no haya sido emprendida en condiciones que permitan eliminar toda probabilidad de ilusión o de error. Ya que el rigor no es, desgraciadamente, una de las cualida-

des dominantes del autor, espíritu elegante pero muy vano, se presenta inmediatamente una objeción capital: si ni una ni otra —¡eran dos!— de las parejas de baile del marqués se había revelado, en la vida real, capaz de imponerse a su elección, acaso no era aún para él, en sueño, más que un juego. La pasión, con todo lo que aporta de deslumbrador y terrible a la vez, no estaba forzosamente interesada. El choque emotivo, por haberse querido, o tolerado, a doble eco, había sido de aquellos de los que uno se restablece, con los que uno se acomoda, ¡harto nos lo imaginamos, qué diablos! Nada concluyente por este lado. Por otra parte, la voluntad consciente de influir en cierto sentido sobre el curso del sueño hacía posible esta influencia sin el auxilio de la caja de música o, por lo menos, sin el de una melodía bailable con preferencia a otra. En último análisis, y sobre todo considerando que una de las dos melodías mostró ser la única propicia a la evocación de una de las figuras femeninas dibujadas de antemano, y teniendo en cuenta por otra parte que era prerrogativa del observador, antes de dormirse, elegir aquel de los dos valses que le convenía, hay fundamento para pensar que una de las dos consabidas personas era ya por él, lo supiera o no, decididamente sacrificada a la otra y que toda frase musical, obrando aquí a la manera de la raíz de iris que suscitaba a Galatea, hubiera tenido por efecto hacer entrar en escena en el sueño a aquella de las dos damas que interesaba verdaderamente al soñador, sin ser por ello, ya que —repito— eran dos, expresamente esperada o deseada.

Nada más chocante, tengo interés en declararlo sin ambages, nada más chocante para el espíritu que ver a qué vicisitudes ha sido condenado el examen del problema del sueño, desde la antigüedad hasta nuestros días. Persisten en circular mezquinas "claves de los sueños", indeseables como moneda falsa, en los escaparates de las librerías vagamente populares. Sin esperanza se trata de descubrir, en las obras de los filósofos menos corrompidos de los tiempos modernos, algo que se parezca a una apreciación crítica, moral, de la actividad psíquica tal como se ejerce sin la directiva de la razón. Se sale del paso con. . . sólo el miedo de contentarse con pensar, como Kant, que el sueño tiene "sin duda" por función descubrirnos nuestras disposiciones secretas y revelarnos, no lo que somos, sino aquello en que nos hubiéramos convertido si hubiésemos recibido otra educación (?) —como Hegel, que el sueño no presenta ninguna coherencia inteligible, etc. En semejante tema, hay que confesar que los escritores sociales, con los marxistas a la cabeza, a juzgar por lo que actualmente se puede conocer de ellos en Francia, se han mostrado todavía menos explícitos. Los literatos, interesados por otra parte en no aclarar la cuestión, que les permite, un año con otro, explotar un filón de relatos sobre el cual hacen valer bastante abusivamente su propiedad (perteneciendo a todo el mundo la facultad de fabulación), en general se han limitado a exaltar los recursos del sueño a costa de los de la acción, y esto a beneficio de las potencias de conservación social que descubren en ello, a justo título, un precioso derivativo de las ideas de revuelta. Los psicólogos profesionales, en quienes recaía en última instancia la responsabilidad

de tomar partido frente al problema del sueño, no han tenido más que hacer en estas condiciones que avanzar hacia la nueva cuesta, con movimientos de escarabajo, la bola de las opiniones escasamente pertinentes que hacen rodar ante ellos desde el fondo de las edades. Puede no parecer exagerado decir, en presencia de las bordadas y los bailoteos a que nos ha acostumbrado la *última* de las ciencias que esos señores profesan, que el "enigma del sueño", privado como de ordinario por esos especialistas de toda significación vital, amenazaba con inclinarse hacia el más cretinizante misterio religioso.

Si tuviese que buscar las causas de la indiferencia prolongada de los espíritus que uno hubiera esperado hallar competentes para esta parte, la más extraviadora, de la actividad humana, común a todos los hombres y verosímilmente no desprovista de consecuencias en el plano de la existencia práctica —el olvido parcial en que se tiene los sueños y la desatención voluntaria que se les presta no logran hacérmelos tener por inofensivos—, recurriría primero, sin ninguna duda, al hecho universalmente reconocido de que las potencias organizadoras del espíritu no gustan nada de contar con las potencias aparentemente desorganizadoras. No sería extraordinario que los hombres que han dispuesto en más alto grado de aquéllas hayan rehuido instintivamente la evaluación exacta de éstas. La dignidad de un hombre es sometida a una prueba bastante ruda por la índole de sus sueños para que no sienta a menudo la necesidad de reflexionar sobre ellos, lo cual en muchos casos sería poco compatible con la gravedad que necesita, por poco que quiera enseñar, la exposición de sus trabajos. No

deploramos menos que el carácter con frecuencia bufonesco de la aventura nocturna le obligue a sutilizarnos este rostro móvil, siempre tan expresivo, de sí mismo.

En la voluntaria ausencia de todo control ejercido por los sabios dignos de este nombre sobre los orígenes y los fines de la actividad onírica, las reducciones y ampliaciones extremosas de esta actividad podían seguir libremente su curso. Hasta 1900, fecha de la publicación de *La ciencia de los sueños,* de Freud, las tesis menos convincentes y más contradictorias se suceden, tendiendo a hacerla pasar al lado de lo omisible, de lo inconocible o de lo sobrenatural. Los testimonios "imparciales" siguen a los testimonios "imparciales". Ni un solo autor se pronuncia con claridad sobre esta cuestión fundamental: *¿qué se hacen en el sueño el tiempo, el espacio, el principio de causalidad?* Si pensamos en la extremada importancia de la discusión que no ha cesado de oponer en filosofía a los partidarios de la doctrina según la cual estos tres términos corresponderían a una realidad objetiva y los partidarios de esta otra doctrina según la cual no servirían más que para designar puras formas de la contemplación humana, nos inquietamos al ver que no se ha plantado ni un solo jalón, históricamente, en este respecto. Habría, no obstante, ahí, quizá más que en otra parte, materia para desempatar a los irreconciliables adversarios. Para agravar todavía nuestra hambre, los pocos observadores del sueño que parecen haberse colocado mejor, aquellos cuyo testimonio ofrece más garantías, los médicos en particular, han evitado, o descuidado, hacernos saber de qué lado —puede decirse, considerando en su posición a materialistas e idealistas— de qué

lado de la barricada se situaban. ¡Ya que esto se produce en el dominio de las ciencias naturales, donde una especie de materialismo completamente intuitivo, embrionario, de carácter puramente profesional, concuerda bien o mal en algunos con la creencia en Dios y la esperanza de una vida futura, dichos observadores sin duda no estaban muy decididos! Forzados nos vemos pues, ante todo, a reparar por ellos, en cierta medida, esta laguna. Convendría a toda costa terminar con esta falsa modestia científica, sin perder de vista que la seudoimparcialidad de esos señores, su pereza por generalizar y deducir, por traspasar al plano humano siempre en movimiento lo que resta de otro modo secreto de laboratorio o de biblioteca, no es más que una máscara social llevada por prudencia y debe ser levantada sin miramientos por los que han considerado de una vez por todas que después de tantas interpretaciones del mundo era ya hora de pasar a su transformación.

Los principales teóricos del sueño, por el mero hecho de que no distinguen o de que distinguen la actividad psíquica de la vigilia de la del sueño y que, en el segundo caso, consideran la actividad onírica como una degradación de la actividad en estado de vigilia o como una liberación preciosa de esta actividad, nos informan ya más de lo que quisieran sobre su modo profundo de pensar y de sentir. En la primera escuela van a alinearse naturalmente los adeptos más o menos conscientes del materialismo primario, en la segunda (sueño parcial del cerebro) las diversas mentes de inclinación positivista, en la tercera, aparte de los místicos puros, los idealistas. Todas las corrientes del pensa-

miento humano se encuentran, claro está, representadas aquí. Desde la idea popular de que "los sueños vienen del estómago" o que "el sueño continúa cualquier idea" al concepto de "la imaginación creadora" y de la depuración del espíritu por el sueño, es fácil descubrir los intermediarios habituales: agnósticos, eclécticos. De todas maneras, la complejidad del problema y la insuficiencia filosófica de algunos de los investigadores aparentemente más dotados en cuanto a capacidad de observación, hacen que con mucha frecuencia no se nos hayan ahorrado las conclusiones más inconsecuentes. Por las necesidades de la causa de pretensión materialista, según la cual el espíritu que sueña funciona normalmente en condiciones anormales, ciertos autores son llevados paradójicamente a dar como primera característica del sueño la ausencia de tiempo y de espacio (Haffner), lo cual relega a éstos a la categoría de simples representaciones en el estado de vigilia. Los partidarios de la teoría según la cual el sueño no es, hablando propiamente, más que vigilia parcial y no tiene valor más que como hecho puramente orgánico, llegan bastante vanamente a volver a introducir en él lo psíquico bajo una forma larvaria (Delage). En fin, la argumentación de los celadores del sueño en tanto que actividad superior, particular, sucumbe incesantemente ante la consideración de los absurdos chillones que oculta al menos su contenido manifiesto, si no es todavía más ante el partido exorbitante que el sueño puede sacar de las excitaciones sensoriales mínimas. El mismo Freud, quien, en materia de interpretación simbólica del sueño, parece no haber hecho más que apropiarse las ideas de Volkelt, autor sobre quien permanece muda

bastante significativamente la bibliografía establecida al final de su libro, Freud, para quien toda la sustancia del sueño, no obstante, es tomada de la vida real, no resiste a la tentación de declarar que "la naturaleza íntima del inconsciente (esencial realidad del psíquico) nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior", dando así gajes a aquellos mismos a quienes su método casi había derrotado más eficazmente. Es de creer que nadie, aquí, se atreve a tomar a su cargo la acción de reaccionar contra la indiferencia, el abandono general, y, en estas condiciones, uno puede preguntarse si el malestar acusado por todos lados no es revelador del hecho de que se acaba de tocar un punto particularmente sensible y se teme por encima de todo comprometerse. Quizá hay en ello más de lo que pensábamos, quién sabe, de la gran clave que debe permitir la reconciliación de la *materia* con las reglas de la lógica formal, que hasta aquí se han mostrado incapaces por sí solas de determinarla, con gran satisfacción de los reaccionarios de toda índole. "Hasta fuera –escribe Freud– de los escritores religiosos y místicos que tienen grandes razones para conservar, *por tanto tiempo como las explicaciones de las ciencias naturales no los echen de él,* los restos del dominio, antaño tan extenso, de lo sobrenatural, se encuentran hombres sagaces y hostiles a todo pensamiento aventurero que se esfuerzan por afianzar su fe en la existencia y la acción de fuerzas espirituales sobrehumanas precisamente sobre el carácter inexplicable de las visiones de los sueños." Hay que reconocer forzosamente que el fideísmo encuentra, en efecto, medio de introducirse aquí por todos lados. No solamente la cuestión hábilmente planteada de la res-

ponsabilidad en el sueño ha logrado agrupar sin distinción bajo esta bandera a todos aquellos que estaban dispuestos a aceptar semejante responsabilidad a un título cualquiera, sino también a todos aquellos que consideraban esta actividad insuficientemente vigilada del espíritu como indigna y dañina. El primero de estos casos es el de Schopenhauer, de Fischer; el segundo, el de Spitta, de Maury. Este último observador y experimentador, uno de los más finos que se presentaron durante el curso del siglo XIX, continúa siendo una de las víctimas más típicas de esta pusilanimidad y de esta falta de vigor que Lenin ha denunciado en los mejores naturalistas en general y en Haeckel en particular. ¿Por qué, después de haberse entregado, desde las primeras páginas de su libro *Le sommeil et les rêves* (1862), a un ataque en regla contra el empleo desconsiderado por Jouffroy de la palabra alma, principio al que, dice, este último recurre erróneamente, puesto que no puede definir claramente su carácter, Maury tiene que infligirnos, página 320, la perspectiva de las condiciones que pueden sernos atribuidas "por Dios en la vida futura"?; ¿por qué, página 339, tiene que ser "el Creador" quien comunique sus impulsos a los insectos? Es verdaderamente desolador. Más desolador es aún que Freud, después de haber encontrado experimentalmente y hecho valer expresamente en el sueño el principio de conciliación de los contrarios y testificado que el profundo fundamento inconsciente de la creencia en una vida después de la muerte no resultaba sino de la importancia de las imaginaciones y de los pensamientos inconscientes sobre la vida prenatal, más desolador es aún que el monista Freud se haya permitido finalmente esta de-

claración al menos ambigua, a saber: que la "realidad psíquica" es una forma de existencia particular *que no debe confundirse* con la "realidad material". ¿Valía verdaderamente la pena haber combatido antes la "confianza mediocre de los psiquiatras en la solidez del encadenamiento causal entre el cuerpo y el espíritu"? Freud se equivoca también con toda seguridad al llegar a la conclusión de la no existencia del sueño profético —quiero referirme al sueño que empeña el porvenir inmediato—, pues considerar exclusivamente el sueño como revelador del pasado es negar el valor del movimiento. Hay que observar que Havelock Ellis, en su crítica de la teoría del sueño-realización de deseo en Freud, no hace más, al oponerle una teoría del sueño-miedo, que subrayar en Freud y en sí mismo la carencia casi completa de concepción dialéctica. Esta concepción parece haber sido menos ajena a Hildebrandt, autor de una obra aparecida en 1875 y no traducida al francés, de la que en el curso de *La ciencia de los sueños* hace abundantes citas. "Puede decirse que, cualquier cosa que presente el sueño, toma sus elementos en la realidad y en la vida del espíritu que se desarrolla a partir de esta realidad... Por muy singular que sea su obra, no puede sin embargo escapar nunca al mundo real, y sus creaciones más sublimes así como las más grotescas deben siempre sacar sus elementos de lo que el mundo sensible ofrece a nuestros ojos o de lo que de cualquier manera se ha encontrado en el pensamiento en estado de vigilia." Desgraciadamente, el autor que, por otra parte. estima que cuanto más pura es la vida más puro es el sueño, habla de culpabilidad en el sueño, a la manera de los antiguos inquisidores, y toma traidoramente la

actitud de espiritualista. Como se ve, aquí más que en todo otro lugar, según las palabras de Lenin: "es significativo al más alto grado que los representantes de la burguesía instruida, parecidos al ahogado que se agarra a una astilla, recurren a los medios más refinados para encontrar o conservar un lugar modesto en el fideísmo engendrado en el seno de las capas inferiores de las masas populares por la ignorancia, el embrutecimiento y el absurdo salvajismo de las contradicciones capitalistas."

No podemos asombrarnos, en presencia de la actitud general observada por los escritores antes designados, actitud que va desde el fanatismo religioso a la voluntad de independencia en cuanto a los partidos (esta pretendida independencia no sirve más que para disimular las peores servidumbres), de la orientación arbitraria de la mayoría de las investigaciones emprendidas sobre los sueños. Apenas si la gravísima cuestión del lugar cuantitativamente real ocupado por los sueños cuando se duerme ha retenido la atención de nuestros dignos universitarios. Si Hervey, ni doctor en medicina, ni doctor en filosofía, no vacila en afirmar que no se duerme nunca sin soñar, que "el pensamiento no se apaga nunca de una manera absoluta", la duda radical que la psicología no ha cesado de hacer pesar sobre la fidelidad de la memoria ha parecido sobre este tema, a los otros observadores, justificar una reserva casi absoluta. Gracias que se tomen la molestia, si acaso, de explicarse sobre este tema. Freud, en cuanto a este punto, es de los menos categóricos. No obstante, una réplica moderada a Hervey ha podido salir de Maury, quien, por el relato de su célebre sueño de la guillotina, ha creído poner en evidencia el carácter ilusorio del

recuerdo de sueño, ha pretendido demostrar que toda la construcción de que se trata se dispone durante los pocos segundos que dura el despertar, cuando el espíritu se apresura a interpretar de una manera retrospectiva la causa exterior que ha puesto fin al sueño. Por otra parte, Foucault ha sostenido que las conexiones lógicas que el espíritu cree encontrar en el sueño son añadidas a destiempo por la conciencia despierta. Una teoría, que bien parece a fin de cuentas confundirse con la teoría pragmática de la emoción, tiende aquí a limitar el sueño lo más posible hasta identificarlo con una especie de vértigo mental de transición y extremadamente corto. Por su parte, Havelock Ellis aporta a esta teoría una adhesión mitigada. Es fastidioso que sobre este punto los argumentos proporcionados por una y otra parte no sean todavía de una naturaleza que suscite nuestra convicción. Es de creer que la extraordinaria potencia conocida con el nombre de sugestión (y de autosugestión) persistirá largo tiempo aún en mistificar a todos los que vienen a cazar en su coto. Demasiado se ha oído hablar repetidamente de sus daños desde hace un siglo. ¡En el dominio médico —antes que Freud— Charcot, Bernheim, tantos otros, podrían hablarnos de ello sabiamente! (¿No es sorprendente comprobar que Freud y sus discípulos persisten en tratar y, añaden, en curar hemiplejias histéricas, cuando se ha demostrado sobradamente, a partir de 1906, que tales hemiplejias *no existen* o, mejor dicho, que solamente la mano, demasiado imperativa, de Charcot las hizo nacer?) Me reprocharía no hacer observar sin más tardanza que Hervey, muy viciosamente, por el hecho de que, bajo la influencia de la costumbre, logra recordar un nú-

mero de sueños cada vez mayor, llega a la conclusión de la continuidad perfecta de la actividad psíquica durante el sueño y con las únicos eclipses, por consecuencia, de la memoria: habría que establecer, además, que no ha logrado acrecentar, en proporciones considerables, sometiéndolos a la prueba de su observación constante, los límites de esta actividad. Este muy particular agotamiento por exceso de trabajo intelectual hubiera podido, en rigor, colocarlo en condiciones de intoxicación que permanecerían siéndole propias y privarían a sus conclusiones de la objetividad necesaria. Hervey se ve soñar en todo momento en que se observa soñar, es decir, en todo momento en que ha *esperado soñar*. Es mucho, en apariencia: en el fondo no es nada. La afirmación contradictoria de Maury no es más segura. Es, en efecto, pasados muchos años que este último nos informa cómo una noche la caída sobre su cuello del remate de su cama "basta para suscitar" una serie de representaciones sacadas de la historia revolucionaria, al fin de las cuales lo guillotinaban. Nada podría justificar, según creo, este llamamiento a la memoria "infiel" y la aceptación ciega de su testimonio, al cabo de tanto tiempo. Hay ahí una contradicción muy inquietante. No ignoro, por una parte, que Maury consideraba a Robespierre y Marat como las figuras más infames de una época terrible (es por lo tanto un *sospechoso* que no hace más que soñarse sospechoso) ; el hecho material que pone fin al sueño no basta, por otra parte, a alejar la hipótesis de un pequeño número de fenómenos advertidores que podían haberse producido, durante el sueño o en duermevela, antes de la caída del remate. En fin, el que sueña, quien, aunque se jacta de no

pertenecer a ninguna secta filosófica, habla de su dignidad de criatura de Dios, tiene —no lo olvidemos— toda clase de malas razones para sacar la conclusión de la rapidez fulminante del pensamiento en el sueño, en tanto que, según él, esta rapidez contribuye durante el sueño a borrar en nosotros la noción del tiempo y le sirve, por consiguiente, para trasladar el tiempo real al plano puramente especulativo. Nada menos desinteresado, como puede verse, que esta última contribución al estudio del sueño, nada que no pueda hacer que, a pesar del éxito que la ha acogido, yo no me crea autorizado a considerarla nula y no existente.

Como hasta ahora no me he especializado verdaderamente en el estudio de la cuestión y estimo que no se me ha puesto en posesión de documentos suficientemente irrefutables para resolver, adoptaré por mi parte, pero sólo a título de hipótesis —dicho de otra manera, hasta que se pruebe lo contrario o la posibilidad de conciliarlo dialécticamente con este contrario—, el juicio según el cual la actividad psíquica se ejercería mientras uno duerme de una manera continua. Estimo, en efecto, primero, que una determinación arbitraria de esta especie puede por sí sola contribuir a hacer, un día, entrar al sueño en su verdadero cuadro, que no podría ser más que la vida del hombre; y, segundo, que esta manera de pensar está más que ninguna otra conforme con lo que podemos saber del funcionamiento general del espíritu. No veo ni ventaja teórica ni ventaja práctica en suponer cotidianamente la interrupción y la reanudación de corriente que necesitaría, en el intervalo, la admisión de un reposo completo y de su umbral a franquear, no se sabe cómo, en los dos sentidos. Un inconveniente grave me parece acaso resultar de ello con referencia a este singularísimo exilio del hombre, rechazado cada noche fuera de su conciencia, dislocado en materia y conciencia e invitado de esta manera a espiritualizar peligrosamente esta última.

Se conceda al sueño esta importancia o una importancia menor en la duración (y, en el primer caso, se trataría una vez más, teniendo en cuenta los instantes de crepúsculo psíquico en estado de vigilia, al menos de la mitad de la existencia humana), no podemos desinteresarnos de la manera en que reacciona el espíritu en el sueño, aunque no sea más que para deducir de ella una conciencia más completa y más precisa de su libertad. No importa que la necesidad del sueño no sea conocida: es claro que existe. Asimismo sobre esta cuestión candente podemos esperarnos que se verá adoptar a los especialistas un punto de vista socialmente muy significativo. Si, como he tenido ocasión de observar más arriba, abundan los testimonios acusadores contra el sueño "inútil, absurdo, egoísta, impuro, inmoral", aquellos que nos sentimos tentados a invocar para su defensa se revelan poco menos aplastantes. No son más que improvisaciones baratas de gente exaltada y de optimistas totales bien decididos a no ver en el sueño más que la libre y gozosa diversión de nuestra "imaginación desencadenada". Ninguna comprensión más elevada de una parte ni de otra, nada que repose sobre la aceptación del sueño como necesidad natural, nada que tienda a asignarle su utilidad verdadera, nada menos que nunca que, de la "cosa en sí" sobre la cual se complacen en hacer caer la segunda cortina del sueño, logre, no sólo *a pesar* del sueño sino *por* el sueño, hacer una "cosa para nosotros".

La necesidad del sueño quedaría ya fuera de cuestión por el hecho de que soñamos. No por esto es menos cierto que dicha necesidad ha tomado cuerpo principalmente desde el día en que el hombre ha podido captar las estrechas relaciones que existen entre el sueño y las diversas actividades delirantes tal como se manifiestan en los manicomios. "El sueño debido a una fatiga periódica proporciona los primeros lineamientos de la alienación mental." (Havelock Ellis). Una vez más ha sido preciso que, por intermedio del enfermo, el objeto del delirio actúe sobre los órganos de los sentidos del observador, con el aumento que aparentemente le es propio, para que su total ignorancia se mudase en un imperceptible saber. ¿Cómo no haberse sentido antes impresionado por la analogía que presentan la fuga de las ideas en el sueño y en la manía aguda, la utilización de las mínimas excitaciones exteriores en el sueño y en el delirio de interpretación, las reacciones afectivas paradójicas en el sueño y en la demencia precoz? No se sabe, pero no es inútil hacer observar que yendo, una vez más, de lo abstracto a lo concreto, de lo subjetivo a lo objetivo, siguiendo este camino que es el único camino del conocimiento, es como se ha logrado arrancar una parte del sueño a sus tinieblas y se ha podido entrever el medio de emplearlo para un conocimiento mayor de las aspiraciones fundamentales del que sueña al mismo tiempo que para una apreciación más justa de sus necesidades inmediatas.

La única posibilidad que se nos ofrece de poner a prueba el valor de los medios de conocimiento que más recientemente se han puesto a nuestra disposición para el estudio del sueño consiste en ver por nosotros mismos si la verdad objetiva de la teoría que se nos somete es susceptible de hallar su confirmación en el juicio de la práctica. A falta, como hemos visto, de poder llevar la cuenta precisa de los resultados digamos obtenidos por la aplicación de esos medios a la terapéutica de las enfermedades mentales, parece que no podemos hacer nada mejor que experimentar en nosotros mismos el método en cuestión, a fin de asegurarnos de que del ser sensible inmediato que tenemos incesantemente a la vista y que es nosotros, somos capaces por dicho método de pasar a ese mismo ser mejor conocido en su realidad, es decir, ya no como ser inmediato, sino en varias de sus nuevas relaciones esenciales (unidad de la esencia humana y del fenómeno sueño). Suponiendo que esta prueba sea satisfecha en sus resultados, que nos haga conscientes de un progreso realizado en el conocimiento de nosotros mismos y, por consiguiente, concurrentemente, en el del universo, nos será fácil confrontar esta nueva imagen de las cosas con la antigua, después sacar de esta confrontación nuevas fuerzas para librarnos de ciertos prejuicios que nos quedaban aún y llevar un poco más lejos nuestra posición de combate.

Todo lo que a este efecto me parece necesario retener de la obra de Freud es el método de interpretación de los sueños, y esto por las razones siguientes: es con mucho el hallazgo más original que este autor ha hecho, pues las teorías científicas del sueño no habían dejado, antes de él, ningún lugar al problema de esta interpretación; esto es por excelencia lo que ha traído de su exploración coti-

diana en el dominio de las perturbaciones mentales, quiero decir lo que debe ante todo a la observación minuciosa de las manifestaciones exteriores de aquellas perturbaciones; en fin, esto es por su parte una proposición de carácter exclusivamente práctico, a favor de la cual es imposible dar paso sin control a tal o cual opinión sospechosa o mal comprobada. No es de ninguna manera necesario, para comprobar su valor, apropiarse las generalizaciones apresuradas a las que el autor de esta proposición, espíritu filosóficamente bastante inculto, nos ha acostumbrado a continuación.

El método de interpretación psicoanalítico de los sueños hubiera desde hace más de un cuarto de siglo realizado sus pruebas si dos obstáculos a primera vista insuperables no hubiesen venido a interrumpir su progreso, reduciendo considerablemente el alcance de sus investigaciones. Ante todo es la barrera definida bajo el nombre de "muro de la vida privada", barrera social detrás de la cual está convenido que el hombre, sin culpable indiscreción, no puede tratar de ver nada. El mismo Freud, que es el primero en mostrar, en este respecto, una libertad de espíritu bastante excepcional a la que no se puede menos de rendir homenaje, no escapa al temor de ir demasiado lejos en sus confidencias. "Se experimenta —escribe— un pudor bien comprensible por descubrir tantos hechos íntimos de la propia vida interior y se temen las interpretaciones malévolas de los extraños." Al fin del famoso sueño "de la inyección de Irma", observa: "Bien se imaginarán que no he comunicado aquí todo lo que me ha pasado por la mente durante el trabajo de interpretación." Uno se lo imagina quizá, pero ciertamente lo lamenta. En la

página 278 de *La ciencia de los sueños* confiesa que si no emprende la coronación de su demostración general con la síntesis pública de un sueño es por no poder usar "con despreocupación" el material psíquico necesario para semejante demostración. En la página 375 se declara incapaz de sacrificar a seres queridos a su ambición de explicar integralmente uno de sus sueños. Reincide una vez más en la página 404: "Lo mejor de lo que sabes, no podrás decirlo nunca", y en la página 434: "No puede uno ocultarse que es necesario un gran dominio de sí mismo para interpretar y comunicar sus propios sueños. Hay que resignarse a parecer el único malvado entre tantos caracteres hermosos que pueblan la tierra." El autor recuerda a tiempo que es casado, padre de familia y aquel mismo pequeño burgués de Viena que ha aspirado durante mucho tiempo a ser nombrado profesor. De ello proviene una de las contradicciones más inquietantes de su obra: las preocupaciones sexuales no representan al parecer ningún papel en sus sueños personales, mientras que contribuyen de una manera netamente preponderante a la elaboración de los otros sueños que se decide a someternos. Por lo tanto, el segundo obstáculo con el que tropieza el psicoanálisis es precisamente el hecho de que estos últimos sueños son en general sueños de enfermos, y lo que es más: "histéricos", es decir, personas muy particularmente sugestionables y susceptibles, además, de fabulación complaciente a más no poder en este dominio. Lejos de mí la intención de reducir con estas palabras la importancia de la sexualidad en la vida inconsciente, que considero, de modo muy aproximado, como la adquisición más importante del psicoanálisis. Reprocho, al contrario, a Freud

que haya sacrificado el partido que podía sacar, en lo que le concierne, de esta adquisición a móviles interesados cualesquiera. Esto es una deserción como cualquier otra, que no podía dejar históricamente de hacer posible aquella de la que más tarde se siente obligado a acusar a Jung y Adler, cuando les ve abandonar, por las especulaciones abstractas más aventureras, la historia *real* del individuo.

Sé: "Que aquellos que llegaren a reprocharme esta reserva, dice Freud, traten de ser ellos mismos más explícitos." Pero no me parece que haya en eso un desafío tan difícil de aceptar. Quizá basta no apreciar exageradamente demasiadas cosas. Ninguna situación humana, que se tome o se dé por lo que es, puede tenerse a fin de cuentas por tan risible o tan criticable. "Nada os pertenece más propiamente que vuestros sueños —exclama Nietzsche—. Tema, forma, duración, actor, espectador... ¡en estas comedias, lo eres todo tú mismo!" Y Juan Pablo Richter: "En verdad, hay más de una cabeza que nos instruiría más con sus sueños reales que con los de su fantasía." Procuremos ser este observador imprudente y sin tacha.

SUEÑO DEL 26 AGOSTO DE 1931. — Despertar, 3 de la madrugada. — Anotación inmediata:

Una anciana, presa de viva agitación, está al acecho no lejos de la estación del tren subterráneo de Villiers (que se parece más bien a la estación de Rome). Ha concebido un odio violento contra X[1]*, con quien busca encontrarse a toda costa y cuya vida me parece, por este hecho, en peligro. X no me*

[1]Mi amiga, en otro tiempo.

ha hablado nunca de esta mujer, pero supongo que no tiene la conciencia muy tranquila en cuanto a ella y que era para rehuirla por lo que siempre tenía cuidado de llegar en taxi a la puerta de la casa del barrio, donde, hasta sus últimos días, ocupamos una habitación, y de esperar en aquella misma puerta que pasara un taxi para marchar. Se guardaba mucho de dar un paso en la calle. Le he dado todo el dinero que me quedaba para que tenga a bien liquidar los gastos de alquiler, pues ya no debe volver más —esto probablemente como consecuencia de una discusión más grave, entre nosotros, que las precedentes. Cuando llego con un amigo, que debe ser Georges Sadoul, al extremo de la calle (¿de Rome?) nos cruzamos con la anciana y observo que ésta espía mis movimientos de cerca. Para ver lo que hará y quizá también para desorientar su búsqueda, escribo algo en un papel, el cual quisiera hacerle creer que voy a llevar a mi antiguo domicilio. Pero, como puede leerlo, modifico el nombre y el calificativo inicial, trastornando el orden de sus letras que dan, con sorpresa mía, la palabra Manon, *que, para mayor precaución, entrelazo aún con las de una expresión tierna como* querida mía. *La vieja, que me produce el efecto de una loca, penetra en el inmueble, desde el interior del cual la persona poco visible que lo guarda me hace seña de que no entre. Temo algún mal asunto, de policía u otra cosa —de internamiento— en el que X hubiese estado mezclada en otro tiempo.*

En casa de mis padres, a la hora de la cena, en una casa que no conozco. Me he provisto de un revólver, por miedo a una irrupción de la loca, y permanezco delante de una mesa rectangular bastante grande cubierta con un mantel blanco. Mi

padre, a quien he debido comunicar mi encuentro, se entrega a reflexiones incongruentes. Ergotiza: no conociendo a X, no sabe, dice, y no tiene que saber, si está "más o menos bien" que la vieja. Me irrito por estas palabras y, tomando por testigos a las personas presentes, pregunto si es posible que mi padre hable normalmente y sin intención de herirme al comparar a una mujer de veinte *años con una mujer de* sesenta y cinco *(estos dos números subrayados en el sueño). Abandonándome después a mis reflexiones solamente, pienso que X no volverá jamás, que es dudoso que esa mujer logre encontrarla fuera de donde actualmente la busca, lo que me causa un sentimiento mezclado de alivio y despecho (sentimiento analizado muy de prisa en el sueño).*

. . . . . .

Me encuentro en una tienda donde un niño de unos doce años (este número no es precisado en el sueño) me muestra corbatas. Estoy a punto de adquirir una de ellas que me conviene, cuando el niño me encuentra otra, en un cajón, que me dejo imponer por él: es una corbata verde oscuro, bastante vulgar, con rayas blancas muy finas en diagonal, del todo semejante a una de las que poseo. Pero el joven vendedor asegura que armoniza particularmente bien con mi camisa roja. Mientras revuelve de nuevo en la provisión de corbatas, otro vendedor, de mediana edad, me habla de una corbata "Nosferatu" que se vendía bien hace dos años pero de la cual teme que no le quede ya ningún ejemplar. Soy yo quien descubre en seguida esta corbata entre las otras. Es una corbata granate sobre cuyas puntas se destaca, en blanco y, al menos

en la punta visible —hecho el nudo—, dos veces la cara de Nosferatu, que es al mismo tiempo el mapa de Francia vacío de toda indicación y cuya frontera del Este, muy sumariamente trazada en verde y azul, de modo que creo más bien que son ríos, figura de una manera sorprendente el maquillaje del vampiro. Estoy muy impaciente por enseñar esta corbata a mis amigos.

Me he dado vuelta ciento ochenta grados hacia la derecha. Al otro mostrador hay un miembro del P. C., del género físico de Cachin. Éste me habla con ciertas reticencias de un viaje a Alemania que yo debería emprender próximamente. Estoy bastante contento. Llega Vaillant-Couturier, que se porta primeramente como si no me viese, después me estrecha la mano (yo estoy sentado). Me habla con más precisión de aquel viaje. Iría primero a Berlín. Me explica con bastante cautela que "a fe mía, el tema de la conferencia en proyecto les había parecido que podía ser muy bien el surrealismo". Me burlo interiormente de esta manera de presentar las cosas. Se marcha mañana. Pienso que felizmente he encontrado un poco de dinero desde hace un momento. El seudo Cachin precisa que llevaremos a B. . . y, creo, a René Clair (nombra dos veces a B. . .). Pienso en utilizar como tema de conferencia, si soy yo quien debe darla, los elementos del libro que me proponía empezar a escribir inmediatamente[1].

NOTA EXPLICATIVA. El año 1931 se abrió para mí sobre perspectivas extremadamente sombrías. El espíritu vacilaba, demasiado se verá cuando, en la

[1]Se trata del libro presente.

segunda parte de este libro, tenga que exponer para ciertos fines algunos de mis extravíos de entonces. X ya no estaba allí, ya no era verosímil que estuviera nunca más, y no obstante, yo había abrigado durante largo tiempo la esperanza de retenerla siempre; yo que no creo mucho en mi poder había tenido mucho tiempo la idea de que si ese poder existía debía servir enteramente para retenerla siempre. Así se trataba de cierta concepción del amor único, recíproco, realizable hacia y contra todo, que yo me había hecho en mi juventud y que aquellos que me han visto de cerca podrán decir que la he defendido, más allá quizá de lo que era defendible, con la energía de la desesperación. De aquella mujer, debía resignarme a no saber ya nada de lo que le pasaba, de lo que le pasaría: era atroz, era loco. Hoy hablo de ella, sucede esta cosa inesperada, esta cosa miserable, esta cosa maravillosa e indiferente que hablo de ella, se dirá que he hablado de ella. Vaya, se ha acabado para el corazón. Intelectualmente, había la extraordinaria dificultad de hacer reconocer que no era por vulgar romanticismo, por gusto de la aventura por la aventura, que yo sostenía desde hacía años que no existía salida poética, filosófica, práctica para la actividad a la que estábamos dedicados, fuera de la Revolución social, concebida bajo su forma marxista-leninista. Nada había sido nunca más discutido que la sinceridad de nuestras declaraciones en este terreno; por mi parte, esperaba que, para no reconocerla, se multiplicasen contra nosotros, hasta perderse de vista, las mentiras y las celadas. La acción puramente *surrealista,* limitada como estaba para mí por estas dos clases de consi-

deraciones, a mis ojos, hay que decirlo, había perdido sus mejores razones de ser.

(Ha transcurrido algún tiempo. El verano siguiente comprobé, desde la isla de Sein[1], cuyo nombre ha de hacerla cara a los psicoanalistas, que los barcos no estaban ni más ni menos inmóviles sobre el mar. Están siempre y no están en peligro de naufragio, como toda cosa. En el mundo entero, la acción comunista sigue su curso. En Castellane (Bajos Alpes), donde este sueño, el año pasado, vino a sorprenderme, ya lo imposible había vuelto a fundirse en lo posible... Una luz viva bañaba los plátanos de la plaza.)

ANÁLISIS. *Una anciana, que parece loca, acecha entre "Rome" y "Villiers"*: Se trata de Nadja, de quien hace poco publiqué la historia y que vivía, cuando la conocí, en la calle de Chéroy, a donde bien parece conducir el itinerario del sueño. Es tan vieja sólo porque, la víspera del sueño, comuniqué a Georges Sadoul, quien se encontraba solo en Castellane conmigo, la extraña impresión de no envejecimiento que me habían producido las dementes precoces, en ocasión de mi última visita a Santa Ana, hace algunos meses. Apenas acabé de entregarme a esta apreciación, experimenté por ella cierta inquietud: ¿cómo sería posible? ¿es bien exacto esto? si no, ¿por qué digo esto? (*defensa* contra la eventualidad de un regreso de Nadja, sana de espíritu o no, quien podría haber leído mi libro que la concierne y haberse ofendido por él, *defensa* contra la responsabilidad involuntaria que yo he podido tener en la elaboración de su delirio y, por consiguiente, de su internamiento, responsa-

[1]Sein significa seno. (T.)

bilidad que X me ha echado en cara a menudo, acusándome de querer hacerla volver loca a su vez). En lo que concierne a los rasgos de la mujer, bastante borrosos en el sueño, creo poder observar que se confunden o componen con los de una persona de edad avanzada que me mira con demasiada fijeza, o desde una mesa demasiado próxima, a la hora de la comida.

La llegada y la partida de X en taxi: era realmente su costumbre. Desde hacía mucho tiempo conocía, además de su pereza de caminar por París, su fobia de atravesar las calles. Incluso cuando no había ningún vehículo a la vista, podía permanecer así largo tiempo inmóvil al borde de la acera (su abuelo había muerto aplastado por un camión que conducía él mismo). Yo había creído poder algún día ayudarla a reaccionar definitivamente contra esa fobia asegurándole que si desde hacía algunos meses, tenía menos miedo, era que sin duda se sabía casada y por ello, "protegida contra la circulación", cosa que había parecido impresionarla.

Todo lo que me quedaba de dinero para liquidar el alquiler: A menudo he tratado de persuadirme —con razón o sin ella— de que las dificultades pecuniarias que sufría no eran ajenas a esas determinaciones de partida. Justificación retrospectiva también, con referencia a Nadja; muchas veces me he reprochado haber dejado que careciese de dinero en los últimos tiempos.

No ha de volver jamás: Esta vez realmente, como la última vez y ya no como las otras veces.

Con un amigo, que debe ser Sadoul: Esto por razón del hecho que le vi hace años muy enamorado de una mujer que llevaba este mismo nombre: X,

para descubrir a continuación que era una amiga de infancia de mi amiga y hasta que había tomado el nombre de ésta, con el que había substituido el suyo, *Hélène*.

Manon: Es el nombre que le quedó a mi prima hermana de una denominación que, según parece, le daba yo siendo niño. Sentí por ella, hacia los diecinueve años, una gran atracción sexual, que entonces tomaba por amor. El sueño, aquí, tiende visiblemente a reproducir esa ilusión, de manera que reduzca la importancia que X ha tenido para mí, que derrumbe la idea exclusiva que he querido formarme de este amor, pensando en ella. La personalidad de Manon se halla introducida aquí por el asombro que comuniqué la víspera a Sadoul por haber recibido de mi tío (su padre) una carta de agradecimiento, no irónica, en respuesta a una carta de felicitación que yo sabía muy bien no haberle dirigido.

Me hacen seña de que no entre: Hay que ver aquí la expresión común de mi deseo, ya formulado, de no volver a encontrarme en presencia de Nadja, tal como debe haberse vuelto, y el de evitar, con X, toda especie de nueva explicación inútil y aflictiva.

Algún mal asunto... Alusión a ciertas frecuentaciones dudosas que X pudo tener en otro tiempo. Bajo una forma vehemente, le reprocho que consienta en seguir viviendo con un individuo que anteriormente trató, provocando contra ella falsos testimonios, de hacerla detener.

Una mesa rectangular bastante grande recubierta de un mantel blanco: He adquirido la costumbre, en Castellane, de leer y escribir sobre una pequeña mesa rectangular situada bajo las arcadas

exteriores del hotel. El lunes 24 de agosto, por excepción, me hallaba junto a una mesa redonda, contigua a aquélla, cuando observé que en la mesa rectangular una mujer joven a quien no había visto aún parecía ocupada en escribir versos. Pensé que podría volver los días siguientes y que yo debería abandonarle aquella mesa, en la que quizá sentíase más cómoda que en las otras, como yo. Aquella joven me pareció curiosa y bonita, de buen grado hubiera entablado conversación con ella. La continuación del sueño permitirá, por otra parte, encontrarla de nuevo. De todas maneras, sucedió que a la cena, sobre una mesa redonda, como el mantel rectangular de papel había quedado levantado a mi derecha de manera que tocaba a la pared por uno de sus lados, puse por descuido sobre la parte del papel que no cubría nada la botella del agua que se estrelló con gran estrépito, salpicando a mis pies los cuadernos en los que había tomado algunas notas generales sobre los sueños. Este acto fallido era ya por sí mismo revelador del deseo de sentarme afuera ante la mesa rectangular, en compañía de la joven. La mesa es rectangular en el sueño por esta misma razón y también bastante grande para que lo que se ponga sobre ella no se rompa. (Se sabe que, sexualmente, la mesa puesta simboliza la mujer; debe observarse que en el sueño sólo *se disponen* a servir).

Las reflexiones incongruentes de mi padre: Renuevan un motivo de rencor que he podido tener recientemente contra él. Como en un movimiento de gran tristeza más bien que, a decir verdad, de confianza, me había sentido arrastrado a escribirle, hablando de X: "Esta mujer me ha hecho un daño inmenso, inconmensurable", él me contestó: "Como tú dices, tu madre y yo, pensamos que esta mujer te ha hecho..." (Seguía la repetición de las palabras de que yo me había servido, cosa que jamás he podido soportar en el método de correspondencia, y varias consideraciones morales que hubiera podido, en aquella circunstancia, ahorrarme.)

Veinte años, sesenta y cinco años: Sadoul y yo nos habíamos prohibido, el 25 por la noche, entrar en el Eden-Casino (como se llama un pequeño establecimiento de Castellane), donde la víspera nos habíamos dejado tentar demasiado por dos "aparatos tragamonedas" bastante bonitos, uno de los cuales era notoriamente más antiguo, *menos bien montado* que el otro. Se trata, para ganar en este juego, de colocar en un orden prescrito varias imágenes que tapizan tres ruedas y que figuran limones, ciruelas, naranjas, cerezas y campanas; la aparición de la inscripción *Free Play*, reservada en la primera rueda, permite en ciertos casos volver a jugar gratuitamente. Habíamos perdido en ello, durante el día del lunes, sumas relativamente elevadas, cosa que yo expresé al pagar las consumiciones, que eran de cinco francos, con estas palabras: "Dos coñacs: sesenta y cinco francos, no está mal", a lo que Sadoul añadió que él había perdido veinte francos. Está claro que la unidad monetaria se ha convertido aquí en año, en aplicación rigurosa del principio que *después* encontré formulado por Freud, en la página 369 de *La ciencia de los sueños*, y que da cuenta en el sueño de la realidad del proverbio: "Time is money". La atribución formal de esta edad, veinte años, a X, de quien sé no obstante que no es la suya, tiene, naturalmente, otro origen. X me contó en otro tiempo que el día en que cumplió veinte años, día en que se encontraba muy

sola y tanto más triste cuanto que, desde que podía recordar, había atribuido a aquella fecha de cumpleaños todo un mundo de poder femenino y de gozo, quedó maravillada, hasta el punto de no osar deshacerlo durante largo rato, ante un paquete que le llevaron y que, a juzgar por su exterior, no podía contener más que un magnífico regalo. Habiéndose decidido, con mil precauciones, a explorar el contenido del paquete, descubrió, la he visto llorar todavía por ello, un bidet lleno de girasoles. Jamás supo quién había ideado —¿su tío, un amante?— la ejecución de aquella broma de gran estilo que, por mi parte, siempre he encontrado de una concepción espléndida y aterradora.

. . . . . .

El niño de unos doce años: La transición con esta continuación del sueño es proporcionada por los "soles" (girasoles). Es una conversión de espacio en tiempo. Cerca del lugar donde escribo hay, a la derecha, un letrero con estas palabras: "Puente de Soles, 12 km.", que no descubrí hasta el 25 de agosto, por la noche, y la distancia real no había sido retenida por mí al instante de una manera segura, de lo que proviene la ligera indecisión del sueño en este respecto. El "puente" propiamente dicho se determinará de nuevo en otra parte.

No he dicho nada de la línea de puntos que precede a la aparición de este niño y que, en el momento en que anoté este sueño, no me ha parecido testimoniar una laguna, sino más bien poner fin, aquí, a lo que Freud llama el sueño-prólogo, el cual parece, por una parte, estar destinado a justificar lo que pasa después, en aplicación del principio: habiendo tal cosa, debía suceder tal otra;

y, por otra parte, a permitir al sueño principal, que ocupa el lugar de la proposición principal en el razonamiento despierto, centrarse claramente en la preocupación dominante del durmiente. Todo pasa como si este último quisiera resolver de esta manera un problema afectivo particularmente complejo que, por la misma razón de su carácter demasiado emocionante, desafía a los elementos de apreciación consciente que determinan, por una parte, la conducta de la vida. Esto es decir si la solución así descubierta y admitida por el que sueña, sea o no conocida por él al despertar, es de naturaleza que influya profundamente sus disposiciones, que fuerce en él, por la inclusión en el expediente de piezas secretas, el juicio. Indudablemente, no es en otro sentido que debe entenderse que "la noche es buena consejera", y se ve que no era pura extravagancia, por parte de los antiguos, hacer interpretar sus sueños. En el punto a que he llegado en este análisis, está claro que el referido sueño tiende a librarme de una inquietud real, muy viva, que se apoya en la dificultad moral en que me encontré durante meses de sorprender cómo, de este concepto del amor limitado a un solo ser, concepto que he expuesto en la nota explicativa y que no podría humanamente sobrevivir a mi amor por aquel ser, puedo pasar a un concepto diferente sin perder todo valor a mis propios ojos. Todos sabemos que el sueño, optimista y calmante en su naturaleza, al menos cuando no está bajo la dependencia de un estado físico alarmante, tiende siempre a sacar partido de tales contradicciones en el sentido de la vida. Nada hay de extraño, pues, en que éste dirija contra X ("algún mal asunto") una acusación que nunca ha tenido fundamento

en la vida. El sueño aquí hace justicia, de la manera más acomodaticia para mí, por la duda tan penosa en que me he encontrado muchas veces a su respecto, incapaz de abrumar en ella a la mujer que yo había amado: ¿ha sido ella verdaderamente culpable para conmigo, no he sido yo también culpable para con ella, en qué medida la ruptura que sobrevino entre nosotros le es imputable, me es imputable, etc.? El rapidísimo análisis, en sueños, de los dos sentimientos opuestos que me hace experimentar la idea de que su perseguidora no logrará, sin duda, alcanzarla, da cuenta de lo que puede subsistir de mi rencor contra ella y de mi debilidad por ella, siendo ese primer sentimiento, bajo su forma activa, por otra parte inmediatamente combatido, rechazado y acarreando, me imagino, en el sueño, algún movimiento real que explica una modificación sensible en el encadenamiento de las ideas.

La elección de las corbatas: Este movimiento hace posible, en efecto, el paso a la tienda de corbatas. El sueño utiliza, para esta transición, el hecho de que, aquella noche, me dolía la garganta, tosía y antes de acostarme había tenido que cubrirme con algodón termógeno, lo que me había llevado, para mantenerlo en su lugar, a abrocharme, contra mi costumbre, el cuello del pijama. Debió resultar de ello una sensación más o menos vaga de estrangulamiento. No es dudoso que yo tenga un "complejo" en cuanto a las corbatas. Detesto este incomprensible ornamento del vestuario masculino. De cuando en cuando me reprocho el sacrificarme por una tan pobre utilidad como la de anudar cada mañana ante un espejo (trato de explicar a los psicoanalistas) ese pedazo de tela que

debe realzar un poquito la expresión ya idiota del chaleco con solapas. Es, simplemente, desconcertante. No ignoro, por otra parte, y soy bien incapaz de disimularme que, lo mismo que las máquinas tragamonedas, hermanas del dinamómetro sobre el que se ejercita victoriosamente al Supermacho de Jarry ("Venga, señora"), simbolizan sexualmente –la desaparición de las monedas por la rendija– y metonímicamente –la parte por el todo– a la mujer, lo mismo que la corbata, y esto no es más que, según Freud, figura el pene, "no sólo porque pende y porque es particular del hombre, sino porque se puede elegir a gusto de uno, elección que la naturaleza impide al hombre desgraciadamente" (*La ciencia de los sueños*). Esta cuestión de la libertad de elección, del *Free Play*, es inútil recordarlo, resume la preocupación esencial del sueño. En el curso de una "encuesta sobre la sexualidad", concebida bajo una forma análoga a aquella cuyos resultados han sido hace poco publicados en *La Révolution Surréaliste*, y de la cual fue igualmente levantada un acta que ha permanecido desde entonces prohibida, Benjamin Péret y yo fuimos, lo recuerdo, los únicos en declarar que evitábamos lo más posible, fuera del estado de erección, ser vistos desnudos por una mujer, pues esto trae aparejadas para nosotros ciertas ideas de indignidad. Este complemento de información me parece debido a los psicoanalistas a quienes indignaría lo pedestre de mi interpretación. Entre otras determinaciones menos exaltantes, creo deber señalar que, algunos días antes, en Malamaire (Alpes Marítimos), había olvidado y, como entonces podía temer, perdido una bufanda que me habían regalado y a la que tenía apego. En el hotel Reine des

Alpes donde me alojaba entonces, hotel regentado por personas bastante inquietantes, un niño de la edad del primer vendedor de corbatas del sueño estaba empleado para diversos trabajos.

La corbata verde oscuro: Poseo en realidad una corbata algo parecida, objeto que no está asociado, que yo sepa, a nada de particular. Sin embargo, creo que, en estos últimos años, me ha gustado y he buscado el verde en las telas de las prendas de vestir. Esa corbata, que he debido llevar mucho, está ahora gastada.

La camisa roja: Luzco en efecto desde hace poco una camisa de este color.

Nosferatu: El 25, por la noche, había bastante lejos a mi izquierda, en el comedor, un comensal sobre quien llamé la atención de Sadoul. Aquel señor, de ojos muy apagados, difícilmente podía ser otra cosa que un profesor (de universidad, sin duda bastante malvado, pensó Sadoul). Su cutis era lo que primeramente había retenido mis miradas. Me producía, por su rostro, como dije entonces, el efecto de un dibujo *borrado* sobre el cual el lápiz, para permitir situar los ojos, la barba, sólo se hubiese aplastado un poco en algún lugar. Pensaba yo, por una parte, en el profesor tipo de filosofía reaccionaria a quien no cesa de atacar Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo* y, mejor sin duda que por simple asociación de ideas, con la persona designada con el nombre de "la dama del guante" en *Nadja*, a quien su mujer, sentada junto a él, podía parecerse; por otra parte en M. F., director de laboratorio en el Instituto Pasteur, quien, en cuanto al físico, por tratarse de un hombre de ciencia, siempre me ha parecido singularmente indeciso. (Yo era, además, desde hacía varios días, juguete de varios parecidos, imaginarios o no, como puede, creo, producirse cuando después de un demasiado grande aislamiento del mundo, uno se encuentra mezclado con cierto número de desconocidos. El parecido físico, por otra parte, no parece operar solo. Es así que un huésped del hotel me había parecido, desde el primer día, poder ser designado bajo el nombre de Riazanov, sin que recuerde haber tenido nunca la ocasión de figurarme los rasgos de este último.) M. F., en tanto que personaje "borrado", para resultar Nosferatu, me parece aquí haber entrado en combinación con esta frase leída el mismo día al dorso de un cuaderno escolar en el que había tomado notas: "La tribu de los rumiantes de cuernos velludos comprende los rumiantes cuyos cuernos consisten en una prominencia del hueso del cráneo, envuelta por una piel velluda que se continúa con la de la cabeza y que no cae nunca; no se conoce más que una especie, la *"Jirafa"* (confusión con la oreja velluda de Nosferatu —hay que señalar, por otra parte, que la elección de ese cuaderno y de algunos otros, un día antes, interviene también como elemento sobredeterminante en la elección de las corbatas—, la insólita altura del cuello de la jirafa es utilizada aquí como medio de transición para permitir la identificación simbólica de la jirafa y de la corbata desde el punto de vista sexual). Un murciélago que circulaba cada noche bajo las arcadas del hotel no ha podido dejar de redondear el personaje del vampiro. Su entrada en escena está por fin justificada por el aspecto de ciertos paisajes de los Bajos Alpes a la caída de la noche, bastante parecidos a aquellos en que se desarrolla la película y que, algunos días antes, me habían hecho evocar

en la conversación la frase que nunca he podido, sin una mezcla de alegría y terror, ver aparecer en la pantalla: "Cuando estuvo al otro lado del puente, los fantasmas vinieron a su encuentro." Se descubre aquí el puente, por otra parte símbolo sexual de los más claros, por segunda vez.

El vendedor teme que ya no quede ningún ejemplar: Alusión a la desaparición largo tiempo deplorada del negativo de la película y al temor de que la copia en circulación llegue a ser pronto inutilizable.

Descripción de la corbata Nosferatu: La joven de quien he hablado, a propósito de la mesa rectangular del sueño, volvió el martes a tomar el té en la terraza del hotel. Aquella vez iba vestida de campesina alemana (la víspera leía libros en alemán) y hemos pensado, Sadoul y yo, que no podía ser más que la esposa de un ingeniero ocupado en la construcción de presas en el Verdón. Hacia las seis, después de haber desplazado sin mucha gracia ante nuestros ojos las piezas de un pequeño tablero de ajedrez y hacer como si se tirase las cartas, partió, como habíamos supuesto al verla atravesar la plaza, al encuentro de su marido y la perdí de vista a la vuelta del pequeño puente de Demandolx, situado inmediatamente detrás de esa plaza, puente que yo no había atravesado. En el momento en que la víspera había pensado en trabar conversación con ella, me representé vivamente la dificultad que hubiera experimentado para hablarle en su lengua, dificultad tanto más sorprendente para ella cuanto que podía haber descifrado al pasar junto a mí los nombres de los autores alemanes de las obras que yo leía. El sueño, una vez más, realiza aquí simultáneamente dos clases de deseos,

el primero es el de hablar libremente con aquella mujer, el segundo el de suprimir toda causa de incomprensión, patrióticamente explotable, entre la Francia donde vivo y el maravilloso país, todo pensamiento y luz, que ha visto nacer en un siglo a Kant, a Hegel, a Feuerbach y a Marx. La sustitución de ríos, de un trazado particularmente indeciso, en la frontera del Este sobre el mapa no puede aquí ser interpretada más que como nueva invitación a *pasar el puente,* continuando por otra parte esta voluntad tan insistente del sueño, bien entendido, de persuadirme de la necesidad de librarme para vivir de los escrúpulos de orden afectivo y moral que se ha podido ver burbujear en su centro. En otras palabras, tiende a convencerme, puesto que vivo, de que nadie es insustituible, y esto por la única razón que esta idea es contraria a la vida.

La figuración bastante inesperada del rostro de Nosferatu en los extremos de la corbata me hace pensar que está más o menos calcada de la de un personaje que se encuentra con frecuencia en los cuadros y dibujos de Salvador Dalí, quiero referirme al *Gran Masturbador,* que, por otra parte, reproduce, bajo un aspecto poco diferente del aspecto habitual, mi ex libris. La línea de maquillaje de la cabeza del vampiro parece confundirse con el borde del párpado de largas pestañas, y muy probablemente es éste el que le imprime en el sueño su orientación flotante. Por otra parte, en el juego del papel doblado llamado el "Cadáver exquisito", que consiste en hacer dibujar por tres personas sucesivas las partes constitutivas de un personaje sin que la segunda pueda tener en cuenta la colaboración de la primera, ni la tercera la de la primera y

la segunda (*Variétés*, junio 1929, *La Révolution Surréaliste*, nº 10), me ha sucedido dar el mapa de Francia por cabeza a uno de los seres híbridos que se querían obtener.

La media vuelta a la derecha: Debe considerarse como una verdadera rectificación de posición, sin duda en el sentido en que Stekel interpreta en el sueño el camino a la derecha: camino del bien.

El seudo-Cachin: Procede evidentemente del falso Riazanov.

El viaje a Alemania: A este viaje se aplica la mayor parte de lo que acabamos de decir relativo al deseo de pasar el puente. Está claro que el despertar se acerca y, con él, la idea de las realizaciones en el plan práctico. La proposición del tema de la conferencia, con la indicación de mofa que provoca, la entrada de Vaillant-Couturier, con quien el invierno anterior sostuve una larga conversación sobre la posible utilización de los surrealistas por el P. C., conversación, por parte de él, muy cautelosa, no dejan de ser evidencias de un cierto regreso al sentido crítico.

Encontré un poco de dinero: Los sinsabores de que fue cuestión antes se han terminado momentáneamente.

Llevaremos a B... y a René Clair: La burla prosigue, seguramente, a expensas del primero, personaje literario inconsistente, verdadero "fantasma" de quien el sueño se apodera sin duda para recordar que X me contó hace tiempo que tenía un "vientre de plata", la plata de que se acaba de tratar en el sueño después de haber hecho reaparecer a X, pero esta vez completamente entre bastidores, para significar que se ha pasado el "puente". René Clair (si es él) interviene porque estaba mezclado

de una manera completamente exterior a la realización de una película cuyo guión, de Aragon y mío, debía sacarse de un tema de ópera, concebido primitivamente en vistas a una representación en Berlín. El sueño presta aquí a los organizadores del viaje la intención de limitar a sabiendas, obligándola a situarse en el plano artístico, la acción revolucionaria que yo quisiera llevar a cabo.

El tema de la conferencia: Expresa mi deseo de no hallarme desprevenido, de lograr la conciliación sobre el plano objetivo de mis diversas preocupaciones, deseo que, haciéndose cada vez más agudo, me invitaba a emprender urgentemente un trabajo que he aplazado, con pesar, desde hace mucho tiempo.

Espero se me reconozca que el análisis precedente, que sigue paso a paso el contenido manifiesto de este sueño, aunque limitado, ciertamente, por la no reconstitución de la escena infantil de la que muy verosímilmente procede, por una parte, pero cuya evocación no presentaría aquí más que un interés secundario, no deja de lado ninguno de los elementos más o menos recientes que pudieron contribuir a su formación. Las encrucijadas que presenta creo que han sido exploradas en todos sentidos y, por mi parte, no se ha manifestado ninguna preferencia exclusiva en lo que concierne a la preeminencia que pudiera concederse a tal o tal otro orden de determinación (objetiva, subjetiva, orgánica o psíquica). Semejante interpretación, de la que puede decirse que no *termina* nunca, me parece de una naturaleza capaz de iluminar de manera suficiente el pensamiento del sueño, que no creo haber tratado en lo más mínimo de escamotear de-

trás de mi vida íntima. Insisto con fuerza en el hecho de que *agota,* en mi opinión, el contenido del sueño y reduce a nada las diversas alegaciones que se han podido hacer contra su carácter "incognoscible" (incoherente). Ningún misterio, a fin de cuentas, nada que sea susceptible de hacer creer, en el pensamiento del hombre, en una intervención trascendente que se produjera en el curso de la noche. No veo nada, en todo el desarrollo de la función onírica, que no se derive claramente, por poco que uno quiera tomarse la molestia de examinarlo, sólo de los antecedentes de la *vida vivida,* nada que, no lo repetiré demasiadas veces, excepción hecha de esos antecedentes sobre los que se ejerce poéticamente la imaginación, pueda constituir un *residuo* apreciable que se trataría de hacer pasar por irreductible. Desde el punto de vista de lo maravilloso poético: algo puede ser; desde el punto de vista de lo maravilloso religioso: absolutamente nada.

El análisis precedente ha hecho ver que, contrariamente a lo que el contenido manifiesto del sueño tiende a hacer aparecer como preocupación principal, cuando el hallazgo de la corbata, por otra parte, responde realmente al gusto que yo pueda tener por descubrir y hasta poseer toda clase de objetos raros, de objetos "surrealistas", el *acento,* en realidad, recae en otra parte y, muy particularmente, como hemos visto, en la necesidad de romper con cierto número de representaciones afectivas, de carácter paralizante. Bajo una forma de las más imperativas, el sueño, en cuyo relato la idea del paso del puente no está expresada pero, en cambio, está sugerida por lo menos de tres maneras y llevada al primer plano de la interpreta-

ción por los actores más notables: X, Nosferatu, la joven alemana, personaje de simple fijación que además no se ve, el sueño, digo, me obliga a eliminar y puede decirse que elimina por mí la parte del pasado menos asimilable conscientemente. Afirmo aquí su utilidad capital, que no es de tan vano beneplácito como algunos han querido hacer creer, que es mejor aún que de simple cicatrización, pero que es de movimiento en el sentido más elevado de la palabra, es decir, en el sentido puro de contradicción real que conduce hacia adelante. En la cortísima escala del día de veinticuatro horas, ayuda al hombre a realizar el *salto vital.* Lejos de ser una perturbación en la reacción del interés de la vida, es el principio saludable que vela para que esta reacción no pueda ser irremediablemente perturbada. Es la desconocida fuente de luz destinada a hacernos recordar que al comienzo del día como al comienzo de la vida humana sobre la tierra no puede haber más que un recurso, que es la *acción.*

Creo haber mostrado de paso, cuando he hecho valer la relación existente entre el sueño-prólogo y el sueño principal, que las relaciones causales, aquí, no eran suprimidas en absoluto. El trabajo de interpretación, que ha permitido captar la transformación más o menos inmediata de ciertas imágenes (el rostro de Nosferatu, el mapa, B. . ., etc.), no deja subsistir ninguna duda en cuanto a ello. Queda bien entendido, en efecto, que, por una parte, el sueño no dispone de ningún término para expresar la alternativa ni la contradicción ("Hasta en el inconsciente —observa Freud— todo pensamiento está ligado a su contrario") y que, por otra parte, en estado de vigilia, desde el punto de vista dialéctico que debe a cualquier precio sobreponer-

se al punto de vista de la lógica formal, "las nociones de causa y efecto se concentran y se entrelazan en la de la interdependencia universal en cuyo seno la causa y el efecto no cesan de cambiar de sitio" (Engels). Esta sola consideración me parece de una naturaleza que hace justicia a las teorías según las cuales la relación causal en el sueño sería introducida a destiempo.

Falta saber si el espacio y el tiempo, considerados por la filosofía materialista no como simples formas de los fenómenos, sino como condiciones esenciales de la existencia real, sufren en el curso del sueño una crisis particular, que podría, si fuese necesario, ser explotada a expensas de esta filosofía. La tesis de Fechner según la cual "la escena del sueño no es la misma que aquella donde se desarrollan nuestras representaciones durante la vigilia", la dé Haffner, según la cual la primera característica del sueño es "la ausencia de tiempo y espacio", nos harían, por sí solas, conscientes de este peligro. Aquí hay, sin duda alguna, puro y simple desprecio por el carácter del trabajo de *condensación,* tal como se ejerce en el sueño, o voluntario abuso cometido a partir de lo que puede, a pesar de todo, permanecer oscuro en las particularidades de este trabajo. Que me vea inducido, en el curso de un solo sueño, a hacer intervenir los diversos personajes que poblaban la escena hace un momento y que no tienen en la vida precisamente, fuera de mí, ninguna razón de obrar de una manera interdependiente, testifica la necesidad inherente en el sueño de *magnificar* y de *dramatizar,* dicho de otra manera, de presentar bajo una forma teatral de las más interesantes, de las más impresionantes, lo que en realidad se ha concebido y desarrollado con bastante lentitud, sin choques muy apreciables, de modo que la vida orgánica pueda proseguir. Hasta quizá hay en esto, ya que hablo de teatro, con qué justificar en cierta medida la regla de las *tres unidades,* tal como se ha impuesto curiosamente a la tragedia clásica y esta ley del *escorzo extremo* que ha imprimido a la poesía moderna uno de sus caracteres más notables. Entre estas dos tendencias a resumir en forma sucinta, brillantemente concreta, ultraobjetiva, todo aquello a lo que se quiere imponer y hacer imponer tal o cual especie de desenlace, no debe haber más que la distancia histórica de tres siglos, que el hombre ha pasado epilogando a más y mejor sobre su suerte y queriendo hacer epilogar igualmente a los hombres futuros. Este trabajo de condensación opera, por otra parte, a cada momento, en la vida despierta: "Siempre se ha convenido en que, tanto en el estado de vigilia como en el sueño, una emoción intensa implica la pérdida de la noción del tiempo" (Havelock Ellis). El tiempo y el espacio no deben considerarse aquí y allá, pero *igualmente aquí y allá,* más que bajo su aspecto dialéctico, que limita toda posibilidad de medición absoluta y viva al metro y al reloj, sea dicho de perfecto acuerdo con el pensamiento de Feuerbach: "En el espacio, la parte es más pequeña que el todo; en el tiempo, al contrario, es mayor, por lo menos subjetivamente, porque sólo la parte en el tiempo es real, mientras que el todo no es más que un objeto del pensamiento y un segundo en la realidad nos parece durar más que un año entero en la imaginación." El tiempo y el espacio del sueño son pues el tiempo y el espacio reales: "¿La cronología es obligatoria? ¡No!" (Lenin). Toda tentativa realiza-

da para diferenciarlos de éstos o para arruinar a éstos con ayuda de aquéllos (o de la ausencia digamos comprobada de aquéllos), no tiene por objeto más que volar en auxilio del fideísmo, como ha dicho, en efecto, Engels: "Los seres fuera del tiempo y del espacio creados por los cleros y alimentados por la imaginación de las multitudes ignorantes y oprimidas, no son más que productos de una fantasía enfermiza, subterfugios del idealismo filosófico, *malos productos de un mal régimen social.*"

Entendámonos sin más tardanza sobre la naturaleza de estos seres. Importa ante todo distinguirlos de cierto número de construcciones poéticas, artísticas que, al menos exteriormente, parecen sustraerse a las condiciones de existencia natural de todos los otros objetos. Para limitarme al dominio plástico, me bastará sólo como ejemplos de estos "monstruos", aparte del *Gran Masturbador* de Dalí, del que ya he hablado, el *Tocador de clarinete* de Picasso, el *Vaticinador* de Chirico, la *Novia* de Duchamp, la *Mujer 100 Cabezas* de Ernst, algún extraño personaje en movimiento de Giacometti. El carácter trastornador de estas diversas producciones, unido a la tendencia notable que tienen desde hace unos veinte años, en todos los países del mundo, a multiplicarse, esto por otra parte con más o menos fortuna, pero, con toda seguridad, a pesar de la oposición casi general que encuentran, ha de hacernos reflexionar sobre la necesidad muy particular a la que pueden responder en el siglo xx. Estimo que es un gran error esforzarse por hallarles antecedentes en la historia, del lado de los primitivos y los místicos. Estas diversas figuras, cuyo primer aspecto escandaloso o indescifrable se im-

pone al profano en creaciones esotéricas, no pueden, por tanto, de ninguna manera colocarse sobre el mismo plano que los seres imaginarios engendrados por el terror religioso y escapados a la razón más o menos perturbada de un Jerónimo Bosch o de un William Blake. Nada hay en estas figuras que pueda finalmente sustraerse a una interpretación análoga a la que he dado a este objeto de sueño: la corbata de "Nosferatu", y esto con tal que el artista no cometa el error de confundir el misterio real, persistente, de su obra con miserables tapujos, lo que por desgracia sucede con bastante frecuencia. La teoría variable que preside el nacimiento de esa obra, sea la que sea, y por muy capaz que sea de justificar *a posteriori* tal o cual modo de presentación (cubismo, futurismo, constructivismo, surrealismo — esta última de todas maneras un poco más consciente de los verdaderos medios artísticos que las precedentes), no debe hacernos olvidar que las preocupaciones rigurosamente personales del autor, pero ligadas en su esencia con las de todos los hombres, encuentran aquí el medio de expresarse bajo una forma indirecta, de modo que si se nos permitiera remontar hasta ellas pronto se destruiría la última oportunidad que tiene esa obra, ante ojos mal ejercitados, de hacerse pasar por "metafísica". Me veo en la obligación, para no recargar esta parte de mi desarrollo, de renunciar a someter a la interpretación, como he hecho con un sueño, un poema que podría haber escrito o, con mayor razón, un texto surrealista. Espero que la experiencia será intentada, y, no lo dudo, con resultados absolutamente concluyentes. Me limitaré aquí a dar las peores aclaraciones sobre la significación real que doy desde hace sólo

algunos días a un objeto que concebí durante el juego del "Cadáver exquisito", del que expuse la regla infantil en páginas anteriores. Este objeto-fantasma, que no había dejado desde entonces de parecerme susceptible de ejecución, y de cuyo aspecto real esperaba una sorpresa bastante viva, puede ser definido como sigue (lo dibujé, bien o mal, a guisa de busto, en el segundo tercio del papel, este dibujo ha sido reproducido en el nº 9-10 de *La Révolution Surréaliste*): un sobre vacío, blanco o muy claro, sin dirección, cerrado y sellado en rojo, el sello redondo sin grabado particular, que podía ser muy bien un sello de *antes* del grabado, con *pestañas* en los bordes y un *asa* lateral que podía servir para sostenerlo. Un juego de palabras bastante pobre, pero que había permitido al objeto constituirse, proporcionaba el vocable *Silencio,* que me parecía poder servirle de acompañamiento o de designación. He aquí, creo, un producto de imaginación que, al primer momento, no debe poder llegar a consecuencia: soy libre de procurarme por su realización práctica la emoción que me guste, la comparta quien quiera. Cuando menos se presenta en condiciones de "gratuidad" suficiente para que nadie piense en imputármelo moralmente como agravio. Si se puede discutir el interés objetivo de tal concepción y, sobre todo, el valor utilitario de semejante realización, ¿cómo se podría, sin suplemento de información, reprocharme que me hubiese interesado por él o solamente percibir las razones que me hicieron interesarme? Se trata aquí de un objeto *poético,* que vale o no vale en el plano de las imágenes *poéticas,* y nada más. Toda la cuestión se reduce a saber cuál es este plano. Si se piensa en la fuerza extraordinaria que puede

adquirir en el espíritu del lector la célebre frase de Lautréamont: "Bello... como el encuentro fortuito sobre una mesa de disección de una máquina de coser y un paraguas", y si se quiere referirse a la clave de los símbolos sexuales más simples, no se tardará mucho en convenir que esta fuerza se empeña en que el paraguas no pueda representar aquí más que al hombre, la máquina de coser a la mujer (lo mismo, por otra parte, que la mayoría de las máquinas, con el único agravante que ésta, como se sabe, es utilizada frecuentemente por la mujer con fines onanistas) y la mesa de disección la cama, medida común ésta de la vida y de la muerte. El contraste entre el acto sexual inmediato y el solo cuadro de una extrema dispersión que hace de él Lautréamont provoca aquí el pasmo. En estas condiciones, hay motivo para preguntarse si el "sobre-silencio", por muy indiferente y caprichoso que aparezca, no disimulará ciertas preocupaciones básicas, no será testimonio, en otras palabras, de una actividad psíquica menos desinteresada. No creo tener que tomar grandes precauciones para explicarme sobre este tema. Me parece, en efecto, demostrado que el contenido manifiesto de una improvisación poética, lo mismo que de un sueño, no debe hacernos pronosticar su contenido latente, pues un sueño inocente o gracioso ("Durante su veraneo junto al lago de..., ella se precipita en el agua sombría, allí donde la pálida luna se refleja") puede necesitar, al ser analizado, toda clase de glosas menos seductoras, mientras que un sueño de aspecto "chocante" (cf. *La ciencia de los sueños,* pág. 419) es susceptible de una interpretación que no excluye toda elegancia. Hace algunos días, volviendo a dibujar el "sobre-silencio", con-

cebí los primeros temores relativos a la pureza perfecta de su intención. A pesar de que no sé servirme de un lápiz, debo confesar que el objeto así tratado se presentaba bastante mal. Mientras lo miraba un poco ladeado, me pareció que el esquema que yo daba de él tendía terriblemente a la figuración de otra cosa. El asa, en particular, me hacía bastante mal efecto. Las pestañas, bien considerado todo, distribuidas como alrededor de un ojo, no eran mucho más tranquilizadoras. A pesar mío pensé en la broma absurda —¿de qué origen, concretamente?— que ha hecho figurar este ojo en el fondo de ciertas vasijas, precisamente con asa. La palabra "silencio", el empleo del papel en la construcción del objeto, casi no me atrevo a hablar del sello rojo, iban a tomar, en estas condiciones, un sentido bien claro. La condensación y el desplazamiento, productos de la censura, habían hecho el resto. Para acabar de convencerme no tuve más que colocar con el pensamiento el sobre-fantasma en la mano de un fantasma que lo sostuviera como podía hacerse, y comprobar que no resultaba en nada fuera de lugar. En resumidas cuentas, yo no había hecho más que comprobar por mi cuenta que los fantasmas (así como los bergantes imaginarios de los que el hombre adulto persite a veces en tener miedo), como dijo Freud, no son otra cosa que, sublimados, "los visitantes nocturnos en ropas de noche blancas, que han despertado al niño para ponerlo sobre la bacinica, a fin de que no moje la cama, o que han levantado la cobija para ver cómo tenía las manos al dormir". Inútil decir que para mí tales consideraciones no podrían en nada militar contra la puesta en circulación de objetos de este orden que desde hace mucho tiem-

po no he dejado de preconizar. Hasta añadiré que más bien puede ser lo contrario. Muy recientemente, he insistido aún cerca de mis amigos para que se diera curso a la proposición de Dalí referente a la fabricación de objetos animables de significación erótica, dicho de otra manera: objetos destinados a procurar, por medios indirectos, una emoción sexual particular. Varios de ellos han sido reproducidos en el tercer número de *Surréalisme A. S. D. L. R.* A juzgar por aquellos que ya conozco, creo poder decir, sin con ello formular la más mínima reserva sobre su valor explosivo o sobre su "belleza", que entregan a la interpretación una extensión menos vasta, como podía esperarse, que los objetos menos sistemáticamente determinados en el mismo sentido. La incorporación voluntaria del contenido latente —retenido de antemano— al contenido manifiesto aquí tiene el objeto de debilitar la tendencia a la dramatización y a la magnificación de que se sirve soberanamente, en caso contrario, la censura. Sin duda, en fin, tales objetos, de concepción demasiado particular, demasiado personal, carecerán siempre del asombroso poder de sugestión de que disponen por azar ciertos objetos casi usuales, de los que sólo tomaré como ejemplo el electroscopio de hojas de oro (las dos hojas están perfectamente juntas en el centro de una jaula, se acerca una vara frotada, las hojas se separan) que no contribuye poco a apasionar a los niños por el estudio de la física.

Para terminar con la argumentación que se esfuerza en desarrollar, por medio del sueño, el proceso del conocimiento materialista, no queda más —siendo admitido, creo, que el mundo del sueño y el

mundo real no hacen más que uno, o dicho de otra manera que el segundo, para constituirse, no hace más que extraer del "torrente de lo dado"— que tratar de hacer percibir sobre qué diferencias de relieve y de intensidad reposa la distinción que puede hacerse entre las operaciones verdaderas y las operaciones ilusorias que se inscriben respectivamente en el uno y en el otro, dependiendo de esta distinción precisa, evidentemente, el equilibrio mental. Si la menor confusión durable se produce en él en este respecto, el hombre, efectivamente, se halla lo bastante desequilibrado para que ninguna sociedad pueda ya ofrecerle lugar. Hay motivo, en estas condiciones, para preguntarse si esta distinción está fundamentada en todos los puntos, y de dónde le viene al hombre, en cuanto a esto, la facultad de discriminación que permite su comportamiento social normal. Se ha oído hablar de nuevo y mucho, estos últimos años, de algunas de las propiedades más singulares, quizá a primera vista las más perturbadoras, del sueño. El juicio sensorial, popularmente invocado, según el cual, para comprobar que no se sueña, basta con pellizcarse para experimentar el dolor particular correspondiente al pellizco, no se ha revelado infalible: más de un soñador ha podido recordar que, dormido, había logrado con pleno éxito realizar esta comprobación. Asimismo, es relativamente común soñar que se sueña o introducir en el sueño una parte de carácter independiente que, a excepción del resto, se considera soñada. En fin, el pensamiento del sueño, que no retrocede ante ninguna apreciación sutil, maligna, desorientadora de su propio trabajo, es susceptible de compararse ella misma con la idea que el soñador puede hacerse de ella,

para aprovecharse de esta comparación. Como esta particularidad, que yo sepa, no ha sido observada y reconocida hasta ahora, me permito dar de ella el ejemplo siguiente. Contrariamente a lo que me ha parecido necesario en cuanto al sueño de la corbata, a fin de no distraer inútilmente al lector, no haré más, por otra parte, que relatar este sueño a grandes trazos, limitándome a subrayar la parte más especial que nos interesa.

SUEÑO DEL 5 DE ABRIL 1931. — Despertar, 6.30 de la mañana. — Anotación inmediata:

Por la noche, con un amigo, dirigiéndonos a un castillo que debe hallarse en los alrededores de Lorient[1]. Tierra empapada. Pronto agua hasta media pierna, un agua de color crema, con pinceladas de verde de agua, de aspecto turbio y no obstante muy agradable. Muchas lianas por encima de las cuales se desliza un admirable pez en forma de huso crestado, de un fulgor púrpura y fuego, muy metálico. Lo persigo, pero, como para hacerme befa, acelera su velocidad huyendo hacia el castillo. Tengo miedo de caer en un hoyo. Tierra más seca. Le lanzo una piedra que no lo alcanza o que le da en la frente. En su lugar, ahora hay una mujer-pájaro que a su vez me lanza la piedra. Ésta cae entre mis pies, lo cual me asusta y me hace renunciar a la persecución.

Las dependencias del castillo. Un refectorio. Es que en efecto hemos venido "por el haschich[2]". Muchas otras personas están allí por la misma razón.

[1]Población donde viven mis padres.

[2]En realidad, no he tomado haschich más que una vez, hace varios años, en muy pequeña cantidad.

Pero, veamos: ¿se trata realmente de verdadero haschich? Empiezo por absorber la cantidad de dos cucharadas (un poco rojas, no bastante verdes para mi gusto) dentro de dos panecillos redondos y hendidos, iguales a los que se sirven con el desayuno en Alemania. No estoy muy orgulloso de la manera como me lo he procurado. Los sirvientes que me rodean se muestran bastante irónicos. El haschich que me ofrecen, aunque más verde, no tiene tampoco, precisamente, el sabor que yo conozco.

En mi casa, por la mañana. Habitación parecida a la mía pero que va agrandándose. Es todavía oscuro. Desde mi cama distingo en el ángulo izquierdo a dos niñas de unos seis y dos años, jugando. Sé que he tomado haschich y que la existencia de las niñas es puramente alucinatoria. *Desnudas las dos, forman un bloque blanco, moviente, de lo más armonioso.* Es lástima que haya dormido, el efecto del haschich sin duda cesará pronto. *Hablo a las niñas y las invito a venir a mi cama; así lo hacen.* ¡Qué extraordinaria impresión de realidadl Hago observar a alguien, *que debe ser Paul Eluard,* que las toco (y, en efecto, siento apretado dentro de mi mano su antebrazo cerca de la muñeca), lo cual ya no es de ninguna manera como en sueños, en que la sensación está siempre más o menos embotada o carece de no se sabe qué elemento indefinible, específico de la sensación real, en que nunca es perfectamente como cuando uno se pellizca, se aprieta "de veras". Aquí, por lo contrario, no hay ninguna diferencia. Es la realidad misma, la realidad absoluta. La menor de las niñas, que se ha sentado a horcajadas sobre mí, pesa exactamente sobre mí con su peso, que yo valoro, que es com-

pletamente el suyo. Existe, pues. Me hallo, al hacer esta comprobación, bajo una impresión maravillosa *(la más fuerte que he logrado en sueños). Sexualmente, sin embargo, no pongo ningún interés en lo que sucede. Una sensación de calor y de humedad a la izquierda me saca de mis reflexiones. Es una de las niñas que se ha orinado. Desaparecen simultáneamente.*

Entrada de mi padre. El suelo de la habitación está sembrado de pequeños charcos casi secos y sólo en los bordes todavía brillantes. En caso de que se me hiciera alguna observación a este respecto, pienso acusar a las niñas. ¿Mas para qué, si no existen, más exactamente, si no puedo dar cuenta de su existencia a alguien que no haya tomado haschich? ¿Cómo justificar la existencia "real" de aquellos charcos? *¿Cómo hacerme creer? Mi madre, muy disgustada, pretende que todo su mobiliario fue antes ensuciado de este modo, por mi culpa, en Moret.*[1] *Estoy de nuevo solo y acostado. Todo motivo de inquietud ha desaparecido. El descubrimiento de este castillo me parece providencial. ¡Qué remedio contra el aburrimiento! Pienso, con embeleso, en la sorprendente nitidez de la imagen de hace un momento. En seguida, he aquí a las niñas que se forman de nuevo en el mismo punto,* toman rápidamente una intensidad terrífica. Siento que me vuelvo loco. Pido a gritos que enciendan la luz. Nadie me oye.

Stekel, citado por Freud, parece haber sido el primero en desprender el sentido de la utilización del sueño en el sueño, o sea, en reducir a su justo valor

[1]Población donde nunca ha vivido.

esta operación del espíritu que se revela, en el análisis, sin tener otro fin que quitar a una parte del sueño su carácter de realidad demasiado auténtica. Se trata, en semejante caso, de un recuerdo real de tal naturaleza que impide la realización del deseo y que sufre una depreciación necesaria, destinada a permitir en las mejores condiciones esta realización. Hay ahí la negación formal de un hecho que ha tenido lugar, pero que debe ser superado a cualquier precio, el producto de una verdadera *dialectización* del pensamiento de sueño que, con prisa para llegar a sus fines, sale del paso rompiendo los últimos cuadros lógicos. Tal cosa que ha sido debe ser juzgada como si no hubiese sido, *debe ser llevada, al despertar, por el olvido.* Por lo tanto, aunque la interpretación a que haya podido entregarme del sueño que acabo de relatar no fuese para establecerlo tan claramente, sería fácil pensar que este sueño, que se presenta como la contrapartida exacta de aquellos de que acabamos de tratar, en el sentido de que está inserta en él una parte de sueño considerada como eminentemente insoñable, tiene por objeto hacer de una cosa que no ha sido –pero que ha sido sentida violentamente como habiendo podido ser, por consiguiente, como pudiendo y debiendo ser–, una cosa que ha sido, que es, por lo tanto, de todo punto posible y que debe pasar, sin choque, a la vida real como *toda-posibilidad.* No creo, después de todo lo que acabamos de decir, tener que poner en guardia al lector contra la idea grosera de que la satisfacción buscada podría estar aquí en relación directa con la vista o el contacto de unas niñas, sin que éstas, al igual que la "corbata Nosferatu", respondieran a ninguna realidad objetiva y no debieran su intensidad notable más que a una determinación particularmente rica (en la vigilia inmediata) y como consecuencia del hecho que su formación es lo que, en el sueño, ha exigido el mayor trabajo de condensación.

Como se ve, la querella última que se plantearía al materialismo al oponerle estos últimos hechos que son el sueño consciente de sí mismo, la inserción de un sueño consciente en un sueño no consciente, el sueño que se da, con pruebas "palpables", por realidad vivida, sería tan vana como las precedentes. Nada podrá hacer que el hombre, colocado en condiciones no patológicas, vacile en reconocer la realidad exterior donde se halla y en negarla donde no está. Por oposición a la "corbata" y a las "dos niñas desnudas", los objetos exteriores que nos rodean "son reales en que las sensaciones que nos han hecho experimentar nos aparecen como unidas por no sé qué cemento indestructible y no por un azar de un día" (Henri Poincaré). Es sabido que el autor de esta proposición no se atuvo siempre a consideraciones tan justas y tan claras. Esto no impide que por esta vez haya estado perfectamente bien inspirado para proporcionarnos, entre los objetos reales y todos los demás, esta base de discriminación que podemos considerar, en último análisis, como necesaria y suficiente: *el juicio sensorial sometido a la prueba del tiempo.* Sería necesario, para que esta norma de juicio no fuese válida, que el tiempo en el sueño fuese diferente del tiempo en estado de vigilia, y hemos visto que no había nada de esto. El "cemento" aparente que une, con exclusión de todos los demás, los objetos reales, debe decididamente ser

considerado, él también, como real. Forma parte objetiva del mundo exterior, *siendo la costumbre el reflejo que de él tiene el hombre,* y él solo es el que preside, para este mundo, el pretendido misterio de su no desvanecimiento.

II

Una dama a quien había amado durante largo tiempo y a quien llamaré con el nombre de Aurelia, se había perdido para mí.

GÉRARD DE NERVAL: *Aurelia*

El 5 de abril de 1931, hacia mediodía, en un café de la plaza Blanche donde mis amigos y yo teníamos costumbre de reunirnos, acababa de contar a Paul Eluard mi sueño de la noche (el sueño del haschich) y terminábamos, ayudándome él, pues me había visto vivir la mayor parte de las horas del día precedente, de interpretarlo,[1] cuando mis miradas encontraron las de una mujer joven, o una muchacha, sentada en compañía de un hombre, a pocos pasos de nosotros. Puesto que no parecía de ningún modo molesta por la atención que yo le dedicaba, la contemplé detalladamente, de la cabeza a los pies, con mucha complacencia, o quizá fue que desde el primer momento ya no logré separar de ella la mirada. Ahora me sonreía, sin bajar los ojos, y no parecía temer que su compañero se sintiera ofendido. Éste, muy inmóvil, muy silencioso y con el pensamiento visiblemente muy lejos de ella —debía tener unos cuarenta años—, me producía el efecto de un hombre apagado, más que desalentado, verdaderamente conmovedor, por otra parte. Lo veo aún bastante bien: desencajado, calvo, encorvado, de aspecto muy pobre, la imagen misma del descuido. Junto a él, aquel ser parecía tan despierto, tan alegre, tan seguro de sí mismo y

[1]Este auxilio de un testigo de nuestra vida de la víspera es de los más preciosos, no solamente porque impide la censura del compromiso interpretándolo según pistas falsas, sino también porque la memoria del testigo es de tal naturaleza que restituye la parte de los elementos reales más rica de significación, puesto que es aquella misma que tendía a ser desviada. Así mismo, para la interpretación del sueño de la corbata, no hubiera podido sin duda prescindir del todo de la colaboración de Georges Sadoul.

en todas sus maneras tan provocante, que la idea de que viviesen juntos casi daba ganas de reír. La pierna perfecta, muy voluntariamente descubierta, por estar cruzada, hasta mucho más arriba de la rodilla, se balanceaba viva, lenta, más viva en el primer pálido rayo de sol —el más bello— que se dejaba ver del año. Sus ojos (nunca he sabido decir el color de sus ojos; para mí han seguido siendo solamente unos ojos muy claros), ¿cómo hacerme comprender?, eran de aquellos *que no vuelven a verse jamás*. Eran jóvenes, directos, ávidos, sin languidez, sin niñería, sin prudencia, sin "alma" en el sentido poético (religioso) de la palabra. Ojos sobre los cuales la noche debía caer de súbito. Como por efecto de ese tacto supremo de que sólo saben dar prueba las mujeres que más carecen de él, y esto en ocasiones tanto más raras cuanto que se saben más bellas, para atenuar lo que podía haber de desolador en el aspecto del hombre, ella iba arreglada con la máxima simplicidad. Después de todo, aquella indigencia, por paradójica que fuera, podía ser real. Vislumbré sin profundidad un abismo de miseria y de injusticia sociales que es, en efecto, lo que se flanquea cada día en los países capitalistas. Después pensé que podía tratarse de unos artistas de circo, acróbatas, como no es raro ver circular por aquel barrio. Siempre me sorprenden esas parejas que, en su unión, parecen escapar a los modos actuales de selección: la mujer manifiestamente demasiado hermosa para el hombre; éste, para quien fue una necesidad profesional adquirirla, tuvo en cuenta sólo aquella belleza, agotado por su propio trabajo más duro, más difícil. Esta idea, por otra parte, pasajera, imposible de retener, porque era el día de Pascua y el bulevar

entero resonaba con el ruido de los ómnibus que paseaban por París a los extranjeros de visita. A fin de cuentas, no podía tratarse más que de gente de paso, más precisamente alemanes, como comprobé a continuación. Estaba seguro, al verlos partir, que la joven, que se había rezagado para mirar hacia atrás, volvería al día siguiente o, en caso de imposibilidad, uno de los días más próximos.

Por lo que sé, me movía, en aquella época, la angustia en que me dejaba la desaparición de una mujer a quien no daré ningún nombre, para no dejar de satisfacerla, a requerimiento suyo. Esta angustia venía esencialmente de la imposibilidad en que me hallaba de tener en cuenta las razones de carácter social que habían podido separarnos, para siempre, como entonces ya sabía. Ora esas razones ocupaban todo el campo de mi conocimiento, un conocimiento por otra parte bastante nublado por la falta de huellas objetivas de aquella misma desaparición, ora, imponiéndose la desesperación a toda manera válida de consideración, me sumergía en el horror puro y simple de vivir sin saber cómo podía vivir aún, cómo podría seguir viviendo. Nunca he sufrido tanto, es mediocre decirlo, por la ausencia de un ser y por la soledad, que por su presencia en otra parte donde yo no estaba y por lo que podía imaginar a pesar de todo, de su gozo por una fruslería, de su tristeza, de su tedio por un cielo de un día, un poco demasiado bajo. Es la brusca imposibilidad de apreciar una por una las reacciones de este ser en relación con la vida exterior lo que siempre más me ha precipitado abajo de mí mismo. Todavía hoy no concibo que esto sea tolerable, no lo concebiré nunca. El

amor, considerándolo desde el punto de vista materialista, no es de ninguna manera una enfermedad inconfesable. Como han hecho observar Marx y Engels (*La Sagrada Familia*), no es porque desalienta la especulación crítica, incapaz de asignarle *a priori* un origen y una finalidad, no es porque el amor, para la abstracción, "no tiene pasaporte dialéctico" (en el mal sentido de esta palabra) que puede ser proscrito como pueril o como peligroso. "Lo que la crítica ataca aquí —añaden Marx y Engels—, no es solamente el amor, es todo lo que es vivo, todo lo que cae directamente bajo los sentidos y es del dominio de la experiencia sensible; es, en suma, toda la experiencia material de la que no se puede nunca establecer de antemano ni el origen ni la finalidad." Me hallaba, digo, en el estado de un hombre que, creyendo haberlo hecho todo para conjurar la suerte contraria al amor, debía rendirse a esta evidencia de que el ser que le había sido durante largo tiempo el más necesario se había retirado, que el mismo objeto que, para él, había sido *la piedra angular del mundo material* estaba perdido. Alternativamente había considerado aquel objeto en su falta de equilibrio social bastante particular, me había considerado en la mía. Esto no había llegado más que a confirmarme la opinión de que sólo un cambio social radical, cuyo efecto sería suprimir, con la producción capitalista, las condiciones de propiedad que le son propias, lograría hacer triunfar, en el plano de la vida real, el amor recíproco, puesto que este amor, por su naturaleza, llega "a cierto grado de duración y de intensidad que hace que las dos partes consideren la no posesión y la separación como una gran desdicha, si no la mayor de todas" (Engels: *El origen*

de la familia), y que, no obstante, le sucede que tropieza miserablemente, en caso de preparación insuficiente de esas partes, con consideraciones económicas tanto más activas cuanto que son a veces rechazadas. Tales ideas no me eran, a decir verdad, de ningún consuelo apreciable; no ofrecían, al dolor que yo podía experimentar entonces, más que un derivativo muy débil. Otra cosa era, como si sintiera a cada segundo que el suelo huía bajo mis pies, el hecho de comprobar que un objeto esencial, éste bien exterior, se había sustraído a mis sentidos, arrastrando para mí y, como yo sabía, para mí solo, con él a todos los demás, arrojando una duda tan implacable sobre la solidez de todos los otros que mi pensamiento ya no los retenía, no sentía interés por ellos, los rechazaba no solamente como secundarios, sin como aleatorios. Sí, la partida estaba perdida, bien perdida: ni siquiera me quedaba ya, en las condiciones en que llegaba al desenlace, el orgullo de haberla jugado. Bajo mis ojos los árboles, los libros, las personas flotaban, un cuchillo en el corazón.

(No soy, en semejantes circunstancias, muy capaz de recurrir a las embriagueces vulgares. Me parece que con ello adquiriría rápidamente una idea de mí poco compatible con la continuación misma de mi vida. Detesto el mundo y sus distracciones. *Nunca* he llegado a acostarme con una prostituta, lo cual proviene, por una parte, de que nunca he amado —y que no creo poder amar— a una prostituta; y por otra, de que soporto muy bien la castidad, cuando no amo. Pero me parecería indigno por encima de todo querer alejar la imagen de un ser amado por medio de la de un ser o de diversos seres no amados. Persisto en considerar las

operaciones del amor como las más graves: aparte de las consecuencias sociales que nunca me oculto que pueden tener, no trato de olvidar que, siempre desde el mismo punto de vista materialista, "es su propia esencia lo que cada uno busca en otro" (Engels). Para que sea así, me parece necesario que la palabra *otro,* en esta frase, sea limitativa de una multitud de seres y, en particular, de todos aquellos que, para el individuo considerado, podrían ser pasajeramente causas de distracción y de placer. A fin de evitar toda confusión, tengo interés en añadir que no formulo aquí ningún principio general, no me propongo más que ayudar a la inteligibilidad de lo que precede y de lo que seguirá: no puedo hacerlo sin hablar de mí.)

No obstante, volvía, lo más conscientemente del mundo, al desorden. Cuando los pensamientos amargos que venían cada mañana a asaltarme se habían cansado de dar vueltas en mi cabeza como ardillas quemadas, el automatismo sentimental, sexual, intentaba más o menos vanamente hacer valer sus derechos. Me encontraba de nuevo huraño ante esta balanza sin fiel pero siempre centelleante, esta balanza borracha: amar, ser amado. La tentación absurda, pero inmediata, de sustituir el objeto exterior ausente por otro objeto exterior que colmase, en cierta medida, el vacío que había dejado el primero, esta tentación se abría paso violentamente en ciertas horas, arrastrando por mi parte un comienzo de acción. Por otra parte, me había dado a pensar que el error inicial que había podido cometer y que pagaba en aquel momento con un desprendimiento de mí tan cruel, residía en la subestimación de la necesidad de bienestar material que puede existir naturalmente, y casi sin

saberlo ella, en una mujer ociosa que por sí misma no dispone de los medios de asegurarse este bienestar, de un cierto progreso en este sentido que puede tener interés en realizar durante el curso de su vida. Debía reconocer que por este lado yo nunca había sido capaz de otra cosa sino de decepcionarla, de insatisfacerla. Por un reflejo moral bastante curioso —me doy cuenta de que no estaba lejos de atribuir a esto un sentido de reparación, del carácter humano más general—, de repente me había figurado que ya no debía acoger cerca de mí, si el porvenir lo permitía, más que a un ser particularmente desprovisto de recursos, particularmente esclavizado por la sociedad —con tal que su dignidad no hubiese sufrido nada por ello— y que al menos estuviese en mi poder ayudarlo a vivir por algún tiempo: el tiempo que yo mismo lograría vivir. Nada dice que una mujer encantadora y estimable, si entonces hubiese podido ser advertida de mis disposiciones, no hubiese consentido en compartir conmigo lo que tenía. A veces deploraba no poder publicar un anuncio en algún periódico ideal. A falta de permitírmelo, me representaba con celo, debo decirlo, las increíbles dificultades que un hombre puede encontrar para conocer a una mujer de quien, al verla pasar por la calle, augura algún bien. La hipocresía social, la defensa ante la cual mantienen las mujeres las insinuaciones de un número demasiado grande de sinvergüenzas, los desprecios siempre posibles por la calificación intelectual y moral de las callejeras, no sirven para hacer de esta empresa, en los peores momentos, un pasatiempo muy recomendable. Una cosa, sin embargo —que esto sea o no de naturaleza para indignar a diversos buenos apóstoles— me pa-

rece menos capaz que otra de romper el hechizo bajo el cual haya podido dejarnos *una* mujer amada, que ha partido, *todo el hechizo,* que es el de la vida misma, y esta cosa es la persona colectiva de *la* mujer, tal como se forma, por ejemplo, durante un paseo solitario algo prolongado, en una gran ciudad. Lo rubio hace extrañamente valer lo moreno, y a la inversa. Las pieles muy hermosas se exaltan y exaltan con ellas las miserables pañoletas. En el misterio siempre asediador de las variedades de cuerpo que se dejan adivinar hay que sostener parcialmente la idea de que no todo está perdido, puesto que la seducción pone aún, por todos lados, tanto de su parte. ¿Esta mujer que pasa, a dónde va? ¿En qué sueña? ¿De qué podrá estar tan orgullosa, tan coqueta, tan humilde? Las mismas preguntas se repiten para otra, aun antes que ésta haya pasado. Un gran ruido se produce, ruido vivo, ruido claro, ruido de construcción y no de derrumbe, que es el del esfuerzo humano buscándose unánimemente una justificación no fuera del ser humano sino a la vez en sí mismo y en otro. ¡Qué belleza en eso, qué valor, qué nitidez a pesar de todo! La mujer de París, esta criatura compuesta, hecha diariamente de todas las imágenes que van a mezclarse en los espejos de afuera, ¡cuán desfavorable es a los pensamientos replegados sobre sí mismos, cuán desconcertante en la soledad y en la desdicha! Si de pronto el ser inmediato más sensible me falta, la única probabilidad que tengo de volver a descubrirlo (aquel que puede haberse convertido en otro, o aquel), de volver a descubrirlo, conociéndolo esta vez en su realidad, es entre tanto el haber podido realizar esta operación capital del espíritu que consiste en ir del ser a la esencia. En

esto debe consistir todo el secreto de los poetas, que pasan por encontrar sus acentos más patéticos en la desesperación. En ningún dominio la ley de la negación y de la negación de la negación logra verificarse de una manera más impresionante. A este precio es la vida.

Es natural que el ser inmediato objeto del amor una vez desaparecido, ese rodeo por la esencia, en la medida en que se prolonga inútilmente y esto a causa de la posibilidad para el espíritu de retorno al ser, favorezca cierto número de actitudes inhumanas y engendre falsas gestiones. Me explico. Según todas las probabilidades, el amor, sometido en un ser al ritmo general de su evolución, tiende a perfeccionarse filosóficamente, como el resto. Puede ser que yo descubra más tarde la razón profunda, que todavía me escapa, de esta incompatibilidad finalmente declarada entre yo y lo que había querido tener más cerca de mí, y, según toda verosimilitud, percibiré entonces que, en efecto, de un ser inmediato, como aprendido de memoria, no había sabido hacer plenamente para mí un ser real. Sin duda yo tampoco habré logrado ser bien real para aquel ser. Pero, hecha esta deducción, ¿cómo no esperar ser más dichoso un día o, a falta de esto, cómo no querer que un hombre que habrá leído estas líneas sea, un poco a causa de ellas, menos desdichado que yo? No es imposible, digo, que yo adquiera a mis expensas el poder de considerar a otro ser como real, o de hacer considerar a otro ser como real por alguien que lo ame. Tanto mejor si mi testimonio ayuda a ese hombre a deshacerse, como yo quiero deshacerme, de toda sujeción idealista. Lo conseguirá errando menos de lo que yo habré errado en estas sombrías calles. Si se está

expuesto, en circunstancias del orden de las que he descrito, a un desquiciamiento moral más o menos completo, es, hay que decirlo, que los medios de conocimiento que son propios del amor que sobrevive a la pérdida del objeto amado, estos medios ya sin aplicación, tienden impacientemente, con todas sus fuerzas, a volver a aplicarse. Tienden a volver a aplicarse porque la posición puramente especulativa que de pronto se ha asignado al hombre se revela insostenible. Helo aquí bruscamente peleando con un mundo en el que todo es indeterminado. ¿Cómo evitará esta vez engañarse y engañar a algún otro sobre sí mismo? ¿Determinará? Está destrozado, confuso, débil, deslumbrado. ¿No determinará?

Para vivir, tiene que determinar. Tiene que ponerse a preferir esto y aquello. Unos ojos muy bellos, como los de esta alemana, pueden con todo ser un oasis. He omitido decir que no me hallaba al día siguiente de aquel en que me había aparecido con certeza el carácter irremediable de la situación que se me había planteado en relación con la mujer a quien amaba. Ya habían pasado varios meses, durante los cuales agoté todas las formas de verme ir y venir en un callejón sin salida. Para engañar este automatismo exigente de que he hecho mención más arriba, incluso había llegado cierta noche a apostar con unos amigos que dirigiría la palabra a diez mujeres de aspecto "honrado" entre el Faubourg Poissonnière y la Ópera. Ni siquiera me otorgaba el permiso de elegirlas. Era para sorprender el primer movimiento de ellas, para oír sus voces. No llegué más allá de la octava y, entre este número, sólo encontré una, muy poco atractiva por otra parte, que no quisiera contestarme.

Cinco de las otras se dignaron aceptarme una cita. Detesto, huelga decirlo, esta clase de actividad, pero en aquella circunstancia le encuentro una excusa: dentro de lo desconocido en que me debatía, era mucho para mí hacer que aquellas desconocidas se volvieran hacia mí. Otra vez me paseé llevando en la mano una hermosísima rosa roja que destinaba a una de aquellas damas del azar, pero, como les aseguraba que no esperaba de ellas nada más que poder ofrecerles la flor, me costó muchísimo encontrar una que quisiera aceptarla.

La joven del 5 de abril, a la que me reprochaba cruelmente no haber seguido, reapareció dos o tres veces por los alrededores del café. Puede decirse que yo no había dejado de estar al acecho, con la esperanza de encontrarla sola y poder entregarle una tarjeta en la que había escrito estas palabras, después de haberlas hecho traducir para ella: "No pienso más que en usted. Deseo locamente conocerla. ¿Aquel señor es quizás su hermano? Si no está usted casada, pido su mano." Seguía la firma y: "Se lo suplico." No tuve la más mínima ocasión de entregarle aquella tarjeta. Hasta dos días después, a partir de los cuales no volví a verla, en efecto, no se presentó ante mí más que acompañada de la persona del primer día, pero ésta de un instante a otro más manifiestamente hostil a sus manejos, siempre los mismos, y a los míos. Hice lo imposible por procurarme su dirección, pero las incesantes precauciones que se tomaban, muy a su pesar, para que aquella me permaneciera oculta, resultaron suficientemente eficaces.

¡Qué corto resulta este relato! Apenas presentado un personaje se le abandona por otro —¿y aun quién sabe si por otro? ¿Para qué, entonces, este

esfuerzo de exposición? Pero el autor, que parecía haber emprendido la tarea de entregarnos algo de su vida, ¡habla como en sueños!— *Como en sueños.*

El 12 de abril, hacia las seis de la tarde, me paseaba con mi perro Melmoth por los bulevares exteriores, cuando, a la altura de la Gaîté Rochechouart ante la cual me había inmovilizado el cartel de *Pecado de judía,* descubrí cerca de mí a una joven cuya atención no parecía menos vivamente atraída por aquel cartel. Demasiado ocupada para fijarse en mí, me dejaba contemplarla a mi sabor. Nada en el mundo más encantador, menos abreviable que aquella contemplación. Muy aparentemente pobre, como sin duda debía ser en aquella época de mi vida, ya lo he dicho, para que toda la emoción de que soy capaz al ver a una mujer entrase en juego, podía hacer evocar en el primer instante a aquella por la que Charles Cros, al final de su más bello poema, *Libertad,* no pudo encontrar más que estas palabras insuficientes y maravillosas:

Amiga esplendente y morena

o aun aquella cuyos ojos tenía, sí, los ojos que desde hace quince años no han dejado de ejercer sobre mí su fascinación, la *Dalila* de la pequeña acuarela de Gustave Moreau que me ha hecho ir tan a menudo al Luxemburgo para volver a verla. Aquellos ojos, bajo las luces, si recurro a una comparación a la vez más lejana y más exacta, me hicieron pensar inmediatamente en la caída, sobre un agua tranquila, de una gota de agua imperceptiblemente teñida de cielo, pero de un cielo de tempestad. Era como si aquella gota se hubiese mantenido indefinidamente en el instante en que

una gota toca al agua, justo antes de aquel en que, con lentitud, se la podría ver fundirse en ella. Esta imposibilidad, reflejada en un ojo, era para condenar las aguamarinas, las esmeraldas. A la sombra, como lo vi después, podía uno hacerse de él la idea de un rozar continuo, y sin embargo recomenzado sin cesar, de aquella misma agua por una punta finísima que llevara una minúscula porción de tinta china. Todo, en la gracia de aquella persona, era lo contrario de premeditado. Vestía cosas de un negro lamentable que, además, le sentaban muy bien. Había en su porte, ahora que vagaba a lo largo de las tiendas, un no sé qué de cegador y de tan grave, por ser perfectamente ignorado por ella, que no podía menos que recordar, en su ley que pacientemente tratamos de vislumbrar, la gran necesidad *física* natural al tiempo que hacía pensar más tiernamente en la displicencia de ciertas flores altas que empiezan a abrirse. No tardó así mucho tiempo en sólo tener que pasar para desalentar con su silencio ni siquiera hostil al asalto de cortesía y de descortesía al que, en semejante lugar, un domingo por la tarde, toda su persona la exponía. Observé con emoción que nadie insistía cerca de ella. Todos aquellos que, sin haberla visto siquiera, se arriesgaban a emprenderla, desperdiciaban sus piropos, sus chanzas. Se alejaban en seguida, con aire ausente, concediéndose nada más el derecho de volverse para estimar con una mirada el encanto del talle y lo que la media de hilo daba a entender, irreprochablemente, de la pantorrilla. Vacilé largo rato antes de acercarme a ella, no porque aquellos diversos ejemplos desgraciados pudiesen disuadirme, pero apenas si me había visto y por poco me hubiera conformado, aquel día, con

la certeza de la existencia de semejante mujer. Fue necesario, para que me decidiera, que, volviendo bruscamente sobre sus pasos, emprendiese el camino por la acera desierta que bordea, después de pasar el bulevar Magenta, el hospital Lariboisière. Hoy digo: Lariboisière, pero recuerdo que entonces busqué vanamente poner un nombre al establecimiento que rodean aquellos largos muros sombríos, cubiertos de cuando en cuando de carteles desgarrados. No ignoro, sin embargo, la situación de ese hospital, pero, a juzgar por una inscripción leída inconscientemente que no designa más que un servicio particular de aquél, estaba dispuesto a creer que era más bien la Maternidad (cuyo emplazamiento exacto me es también conocido desde hace mucho tiempo). Esta confusión, muy parecida a las que pueden producirse en sueños, prueba, según mi opinión, el reconocimiento de la maravillosa *madre* que había en potencia en aquella joven. Así se realizaba, como vemos, mi más imperioso deseo de entonces, si no el de no morir, al menos el de sobrevivirme en lo que antes de morir había podido considerar como admirable y viable. Sé que el eclipse del hospital Lariboisière podía, por otra parte, ser debido al hecho que al ver de pronto a aquella persona eminentemente deseable, no había podido menos de preguntarme vagamente qué podía estar haciendo allí, a aquella hora, de concebir alguna duda, vivamente combatida de inmediato, sobre su moralidad y, correlativamente, sobre su salud. A las primeras palabras que le dirigí, contestó sin embarazo (yo estaba demasiado emocionado para formarme una idea nueva de sus ojos fijos en mí) y hasta me dispensó la gracia de parecer encontrar un poco inesperado lo que

le decía. Mi maravilla, lo digo sin miedo al ridículo, mi maravilla no conoció ya límites cuando ella se dignó invitarme a acompañarla hasta una salchichonería vecina, donde quería comprar pepinillos. A propósito de esto, me explicó que iba a cenar, como todos los días, con su madre y que ni una ni otra sabían apreciar una comida si no iba acompañada de pepinillos. Me veo de nuevo ante la salchichonería, reconciliado de pronto como cosa imposible con la vida cotidiana. Ciertamente, es bueno, es superiormente agradable comer, con alguien que no nos sea del todo indiferente, pepinillos, por ejemplo. Era necesario que esta palabra fuese pronunciada aquí. La vida está hecha también de estas pequeñas costumbres, está en función de estos gustos mínimos que se tienen, que no se tienen. Aquellos pepinillos me sirvieron de providencia, un cierto día. Sé que estas consideraciones no podrán agradar a todo el mundo, pero estoy seguro de que no hubiesen desagradado a Feuerbach, lo cual me basta. (Me gustan mucho, por otra parte, los escritores naturalistas: pesimismo aparte —son verdaderamente demasiado pesimistas—, considero que han sabido sacar partido de una situación como aquella. Los encuentro, en término medio, mucho más poetas que los simbolistas que, en la misma época, se esforzaban por embrutecer al público con sus elucubraciones más o menos ritmadas: Zola no era malo, realmente, en cuanto a empuje; los Goncourt, de los que se tiende cada vez más a representarnos solamente los resabios intolerables, no eran incapaces de ver, de palpar; Huysmans, entre todos, antes de hundirse en la fangosa vacuidad de *En camino,* no había dejado de ser muy grande y habría fundamento para dar por mo-

delo de *honradez* a los escritores de hoy los libros cada vez menos leídos de Robert Caze, a pesar de todos sus defectos. Solamente Alfonso Daudet, verdadero portavoz de la pequeña burguesía de su época, se había en todos los puntos definido con ella como un ser vil, repugnante, despreciable. Persisto en creer que, el talento aparte, lo repetiré, aquellos escritores por otra parte se equivocaron totalmente.) Los pepinillos están ahora envueltos, podremos marcharnos. El tiempo no me ha parecido nunca menos largo. Para mí, de nuevo, no hay nadie más en el bulevar, tanto escucho, tanto espero que de aquellos labios risueños caiga la sentencia imprevisible que hará que yo viva o que otra vez no sepa cómo vivir mañana. Me entero por aquella joven que es bailarina, que como cosa extraordinaria ama su oficio, que vive allí —atravesamos la plaza de la Chapelle—, en casa de sus padres, muy cerca. Me encanta hallarla confiada, atenta, aunque al parecer poco curiosa por mí, lo cual me ahorra tener que entrar, como a cambio de aquella atención y aquella confianza no podría evitar hacerlo, en detalles aflictivos referentes a mí. Al despedirse, me concede, sin hacerse de rogar, una cita para el día siguiente.

Desde entonces he tenido varias veces la ocasión de volver a ver la fachada ruinosa y toda tiznada de la casa de la calle Pajol, por cuya puerta había visto desaparecer a aquella amiga de una tarde —que no debía serme nunca más amiga. Aquella fachada es tal que no conozco otra más entristecedora. ¿Cómo puede un ser físicamente tan excepcional permanecer, divirtiéndose con ello, varias horas del día al fondo de aquel patio, tras aquellas cortinas grises? ¿Cómo puede atravesar sin daño,

varias veces al día, la abominable y al mismo tiempo sorprendente encrucijada de la Chapelle, donde mujeres parecidas todas a viejos odres, descubriendo el escote, requieren todavía al transeúnte que "les pague un litro"? Esto, por otra parte, no era ya más que un aspecto accesorio del problema. Si he dicho la verdad hubiera debido bastarme, puede pensarse, haber reanudado el contacto con la vida exterior por la gracia de aquel ser, sin por ello esperar más de lo que me había dado. ¡Pero vayan ustedes a contar con la esperanza! Yo no dudaba de que la bella paseante del domingo volvería al día siguiente, como había dicho, y confieso que enloquecí al no verla. Ese enloquecimiento era, por otra parte, en todo preferible a aquello de que me había sacado su aparición. Para mí la vida había vuelto a tener un sentido y hasta el mejor sentido que pueda tener. Terminé por informarme, en la calle Pajol, de su nombre, a fin de hacerle llegar una carta. No recibiendo respuesta, pasé varias tardes consecutivas hastiándome por ella, pero sólo por ella, en el pequeño jardín de la plaza que ella debía bordear cada día para salir y para volver, pero no logré verla. Aquella ausencia voluntariamente prolongada terminó, como era de esperar para mí, en una idealización completa, de una fuerza tal que ya no me atreví a ir más a su encuentro por miedo de no reconocerla. En efecto, lo había olvidado todo de su silueta, de su porte y, por poco que sus ojos estuvieran bajos, no me sentía capaz de identificarla a tres pasos de distancia. No por esto le estaba menos agradecido por no haberme despedido bruscamente el domingo, y hasta este agradecimiento, en mí, no tardó en tomar un giro ligeramente enfático, bastante sin-

gular. Sin esperar, ciertamente, a forzar así la resistencia que ella me mostraba, pensé en aturdirla con pequeños regalos cuyo mismo carácter desinteresado los hacía valer muy especialmente a mis ojos. Es así que le hice llevar una gran azalea en maceta que elegí por su color rosa y de la que no me cansaba de imaginar la entrada teatral en el patio negro y la escalera verosímilmente sórdida de su casa. Una tarjeta de visita muy lacónica me dio las gracias. Algunos días más tarde, una inmensa muñeca vestida de hada tomó el mismo camino que la flor, pero, esta vez, no había tenido el valor de dejarla partir sin una carta. Este último envío me valió la aceptación de una cita que solicitaba. Le debí también el comprender, en el curso de la conversación que resultó de ello por la mañana del domingo 19, y en la que se trató sobre todo, mientras yo dejaba hablar, de menudos incidentes profesionales y de diversiones inocentes sacadas de la pequeña correspondencia de los periódicos galantes, que yo no podía tener nada en común con aquella niña que tenía dieciséis años y a quien, en mi confusión, le había atribuido veinte. Fue ella, sin embargo, quien decidió conmigo terminar allí, olvidando que había ofrecido volver a verme dos días después. Era, pues, verdad que no debía encontrarse en mi camino más que aquel primer domingo. Le guardo todavía una gratitud infinita por haberse encontrado allí. Ahora que ya no la busco, sucede que la encuentro algunas veces. Tiene aún los ojos igualmente hermosos, pero es forzoso reconocer que ha perdido para mí su prestigio. Como para que nada subsista entre ella y yo de las palabras sin duda de importancia demasiado desigual que pudimos cambiar, cuando pasa cerca de

mí vuelve la cabeza de un modo bastante inexplicable a fin de no tener que contestar a un saludo eventual.

Por otra parte, aquel rostro encantador apenas se había ocultado, cuando la especie de flotador maravilloso que habían sido para mí los ojos del 5 y del 12 de abril reaparecía una vez más a la superficie. Hay que reconocer que, no obstante, la imagen femenina tendía con él a degradarse. Llegaré a esto. Previamente, puesto que esto nos conducirá al martes 21 de abril, me parece necesario dar idea de mis disposiciones generales del lunes.

De nuevo, el pensamiento de mi soledad personal me ocupaba por entero. Aquellas dos mujeres que acababan de perfilarse en ilusión óptica, aunque hubiesen tenido el poder de arrancarme de una obsesión intolerable, que no era menos que la de abolir lo que no podía ser abolido: todo lo que *había sido* contrario a la realización del deseo que comprometía, sin solución posible de continuidad, la misma duración de mi vida, bajo otra forma me hacía resaltar la vanidad de esa vida, la mía, que era decididamente inasociable a otra. Después de algún tiempo, un domingo, a orillas del Marne, me había puesto a envidiar a aquella gente que trabajaba una semana para ir a retozar un día en un rincón de verdor, suponiendo que haga buen tiempo. Me representaba sin la más mínima ironía todo lo que puede existir de indisoluble, de fácil entre ellos. De dos en dos, se habían elegido, un día, de prisa, y no se había puesto nunca en duda que pudiesen separarse. Ninguna segunda intención, en fin, de una parte ni de otra. Los sucesos del día eran una historia de taller, de oficina, una tela bonita, un proyecto de paseo, una película. Se vestían

y se desvestían los niños encantadores, horrendos. Sin duda, había aquí y allá algún tropiezo que deplorar, pero la vida volvía a encontrarse allí en término medio. Se extendía maciza, mezquinamente productiva, pero al menos *indiscutida*. Y todo eso, bajo mis ojos, se echaba al agua del Marne, salía de ella a su placer, recobraba fuerzas para continuar. La necesidad de comprender un poco el mundo, la preocupación de diferenciarse de los demás hombres, la esperanza de ayudar a la solución de una cosa no resuelta, todo este factor a la vez agitador y decepcionante se había abstenido una vez por todas de entrar en la cuenta. ¡De todos modos, es para esa gente que hay fresas en los bosques! Ciertamente, era demasiado tarde para intentar adaptarme a su suerte, pero ¿cómo no admitir que eran favorecidos, hasta cierto punto? Entre ellos, debía haber también tenderos, tenderos de letras, de ciencias notablemente, los cuales, a decir verdad, me estropeaban un poco a los otros, ¡pero tan poco! Y París metería aquello en el horno por la noche, estúpidamente, después de haberlo envuelto en la harina de sus luces. Era muy hermoso. Para mí, todo marchaba de modo diferente, repito que estaba solo. Consideraba aquella actividad que yo había podido tener antes de encontrarme de este modo aniquilado. ¿Valía siquiera la pena haberlo tocado? ¡Cuánta suficiencia se requiere para pensar de sí mismo, en el plano intelectual, que se habrá hecho algo! Los grandes filósofos, los grandes poetas, los grandes revolucionarios, los grandes enamorados: lo sé. Pero si no se está seguro de alcanzar jamás esa grandeza, ¿cómo hacer para ser simplemente *un hombre*? ¿Cómo justificar el lugar que uno ocupa ante la comida, la bebida,

el vestir, el dormir? ¡Qué libres están, a poca costa a pesar de todo, de esta inquietud los que labran y siembran la tierra, los que podrían blandir por el más mínimo pretexto, y que blandirán pronto, en todas partes, las herramientas de hierro! Mis amigos y yo, en aquella época, estábamos concertándonos sobre los medios de realizar una acción específicamente antirreligiosa, y hay que decir que nos veíamos reducidos, como resultado de algunos malentendidos que interesaban, a decir verdad, más bien al juego de los caracteres que al de las ideas, a no poder considerar otra acción común que aquélla. Creo que un historiador tendrá más tarde interés en saber que para nosotros entonces podía ser así. Se buscarán, y supongo que se encontrarán, las razones vitales que, inicialmente, nos habrán hecho preferir, a algunos, obrar en conjunto que distintamente los unos de los otros, cuando esto hubiera llevado a la representación de diversos papeles que no tenían en realidad el beneplácito de ninguno de nosotros. Algo por lo menos, creo ya poder decirlo, habrá pasado así de una voluntad que hubiese permanecido veleidosa sin eso. Este mínimo de dependencia libremente aceptada habrá tenido también el efecto de relegar al segundo plano de nuestras preocupaciones lo que sólo era brillante y accesorio, por ser más particularmente propio de tal o cual de nosotros. A falta de la disciplina de clase, una disciplina. Para obrar mejor, hubiera sido necesario que la presión social sobre nosotros hubiese sido menos dura, pero era capaz, en su dulzura..., de hacernos añorar los bellos tiempos de la Enciclopedia. ¡Qué inclemencia por todas partes! Un público, para quien se habla, del que se tendría todo que aprender para continuar ha-

blando y que no escucha; otro público, indiferente o fastidioso, que escucha. ¿Pero cómo, pues, marchaban las cosas en Francia durante el siglo XVIII? En los malos momentos, uno se dice que es muy grave, en los otros que lo es menos. En abril de 1931, por ejemplo, aquello podía ser considerado por mí como muy grave. Faltaba saber, entre otras cosas, si los medios definidos como nuestros podían realmente ser puestos por completo al servicio de una causa como la causa antirreligiosa, por muy interesante que fuese. Nada, si se reflexiona, era menos seguro. Por nuestra parte, no había allí nada enteramente justificable más que del exterior. Limitarnos sistemáticamente, como había sido propuesto, a una actividad parecida, ¿no era emancipar gratuitamente, por reacción, las diversas voluntades de singularización que, hasta entonces, habían encontrado el modo de contenerse en la poesía, en la pintura y, de una manera general, en las formas variables de la expresión surrealista? En cuanto a lo que me concierne, me asustaba al ver todo lo que, de mi vida y mis aspiraciones personales, semejante proyecto dejaba de lado. El surrealismo, tal como entre varios lo habremos concebido durante años, no deberá ser considerado como existente más que en la no especialización *a priori* de su esfuerzo. Deseo que sea considerado por no haber intentado nada mejor que tender un *hilo conductor* entre los mundos excesivamente disociados de la vigilia y del sueño, de la realidad exterior e interior, de la razón y de la locura, de la calma del conocimiento y del amor, de la vida por la vida y de la revolución, etc. Por lo menos, se habrá buscado, mal buscado, quizá, pero buscado, no dejar ninguna pregunta sin respuesta y se habrá tenido

un poco de empeño en la coherencia de las respuestas que se daban. Suponiendo que ese terreno fuese el nuestro, ¿merecería verdaderamente que lo abandonáramos? Un revolucionario sueña como otro hombre, tiene momentos en que se ocupa de sí mismo solamente, sabe que de cuerdo puede uno volverse loco, una mujer bella no lo es menos para él que para otro, puede ser desdichado a causa de ella y amarla. Desearíamos que en todos esos respectos nos hiciera conocer su comportamiento. En la medida en que lo hemos podido suputar —y una vez más el surrealismo no se ha dedicado a nada más—, espero que no hemos hecho dar ningún paso en falso al conocimiento del universo y del hombre, sino que más bien, aplicándonos a poner a ese revolucionario de acuerdo en todos los puntos consigo mismo, no hemos podido emprender otra cosa que su engrandecimiento. Que por el camino se hayan cometido errores, no seré yo quien lo niegue, y hasta quizá sería hora de nombrar estos errores. Pero quiero creer que sólo nuestra evolución general, función que es, lo cual la complica, de diversas evoluciones particulares, será de una naturaleza que pueda dar a lo que hayamos emprendido juntos su verdadera significación. Sólo entonces se verá si hemos sabido a nuestra vez, y desde el ángulo donde, por nuestras aptitudes propias, nos hallábamos colocados, desprender la *perla* que otros, para repetir otra vez palabras de Lenin, no supieron extraer del "estercolero del idealismo absoluto".

Volviendo a mí mismo, entonces no lograba, como lo concibo mejor hoy, satisfacerme con este proyecto cargado de restricciones. Una multitud de ideas, de representaciones antagónicas venían a asediarme en el preciso momento en que, por lo me-

nos "para hacer algo", estaba dispuesto a darle mi adhesión. Se me reconocerá que por mi parte no podía tratarse de tibieza en cuanto a la acción proyectada. En efecto, jamás he dejado de considerar a ésta como una de las más necesarias y más urgentes y pienso aún que a nadie más que a nosotros corresponde llevarla a cabo. Simplemente, no podía resignarme a ver en ella resolverse muy episódicamente y confundirse todo aquello de que podía estar hecha nuestra experiencia anterior. No tenía el sentimiento de que pudiese resultar de ella para mí, ni por otra parte tampoco para ninguno de nosotros, la satisfacción vital que buscamos en el hecho de expresarnos. Adrede insisto así en la falta de determinaciones intelectuales en que, por el mismo hecho de esta proposición, me encontraba entonces. ¿Para qué, de ese lado aún, lo que había podido creer justo, eficaz? Hubiera sido mejor (era por lo menos lo que mi desaliento personal me sugería) no haber jamás comprometido nada, dicho nada. He aquí que de pronto era cuestión de bifurcar.

Me volviese de un lado o de otro, la soledad era la misma. El mundo exterior había recobrado su apariencia de pura decoración. Aquel día, primero me había paseado sin objeto por los muelles, lo que me había llevado a lamentar no poder adquirir, por razón de su precio demasiado elevado, el *Ars magna* de Raimundo Lulio, que sabía se encontraba en una tienda de la orilla izquierda. Después, la idea de la pequeña arteria negra, como seccionada, que debía ser aquel día la calle Gît-le-Coeur me hizo abandonar aquel barrio por el barrio de San Agustín, donde esperaba descubrir, en otra librería, alguna rara novela terrorífica, parien-

te de las de Lewis o de Maturin, que no hubiese leído aún. Buscaba particularmente *El viejo barón inglés o Los fantasmas vengados,* de Clara Reeve. Sin embargo, el temor de singularizarme me contuvo, en el último momento, de pedir aquella obra y me hizo preferir interesarme en lo que podía existir de libros antiguos que trataran del 9 Thermidor. Hojeé con fastidio varios volúmenes de vulgarización histórica, conteniéndome con gran esfuerzo de adquirir las divagaciones en cinco tomos de no sé qué cura que se había obstinado en interpretar toda la época revolucionaria desde el punto de vista estricto de la herejía religiosa, lo cual me parecía que, cuanto más, podía ser jocoso. Entré después, para mayor ocio, en una librería del bulevar Malesherbes, pero, como tuve ocasión de comprobar algunas horas más tarde, los libros —lo mismo, al parecer, que las mujeres— tendían a sustituirse unos a los otros, y el que en aquel lugar me entregaron envuelto no era el que yo quería. Mientras me dirigía lentamente hacia la Magdalena, un hombre elegante, de unos cincuenta años, con el aspecto físico de un profesor, y que primeramente me pareció oír hablar solo, se me acercó y me pidió que le prestara un franco.

—Señor —me dijo—, vea a lo que he quedado reducido. No llevo encima ni lo suficiente para tomar el metro.

Lo miré con sorpresa. Todo en él desmentía tal miseria. Le di un billete de diez francos, por lo que me dio las gracias con efusión:

—No puede usted saberlo. Acabo de encontrar, en este mismo bulevar, a pocos metros de aquí, a mi mejor, mi más viejo amigo. Se negó a hacerme el favor que usted me hace. Y, por otra parte, ¿por

qué me hace usted este favor? —Dio un paso atrás, como para mirarme, y bruscamente—: Señor, no sé quién es usted, pero le deseo que haga lo que debe hacer y lo que puede hacer: algo grande.[1] Se alejó. No estoy loco y cuento esta historia tal como me sucedió. Proseguí mi camino. Un poco más lejos, un guardia me interpeló. Quería saber si el hombre de hacía un momento me había pedido dinero. Tuve la presencia de espíritu de contestar que no. Un joven a quien antes no había visto y que se encontraba a su lado se asombró. Diversas personas, entre las que se contaba, acababan de ser de este modo curiosamente robadas. No pensé más en ello hasta el día siguiente por la mañana, cuando Paul Eluard, a quien yo no había comunicado aquel encuentro, vino a verme y comentó desfavorablemente las ideas de Feuerbach sobre la caridad. Por otra parte, *Le Journal* del 21 de abril publicaba en primera página el interesante entrefilete siguiente:

La policía judicial, ayer, puso fin a las hazañas de cinco individuos que desvalijaban, desde hace varias semanas, a provincianos opulentos o a ricos extranjeros de paso por la capital.

Desde hacía dos meses, en efecto, las quejas afluían. El relato de las víctimas era siempre más o menos el mismo.

[1]El presente capítulo de este libro estaba ya escrito (había citado de memoria esas palabras) cuando emprendí la lectura del *Viejo barón inglés,* que por fin había logrado procurarme. Una extraordinaria impresión de algo ya oído, inmediatamente acompañada de la visión muy precisa del hombre del bulevar Malesherbes, me esperaba en el pasaje de la página 82 a la 83: "No sé, pero creo vislumbrar en usted señales que me anuncian que está destinado a algo grande."

—Me abordó en la calle un individuo que me propuso guiarme por París. Trabamos conversación mientras andábamos. A nuestro paso, encontramos una cartera llena de billetes de banco extranjeros. Mi compañero la recogió y se la echó al bolsillo. Pero, en aquel momento, el propietario de la cartera apareció y la reclamó. Como pretendía que le había sido sustraída parte de su dinero y me acusaba, para justificar mi inocencia me saqué del bolsillo mi propia cartera y la ofrecí a mi interlocutor. Éste, después de revisar el contenido y comprobar que no había en él billetes extranjeros, me la devolvió. Entonces se produjo una violenta discusión entre mi compañero y el otro personaje y pronto huyeron ambos, el uno persiguiendo al otro.

Me di cuenta entonces de que mi dinero me había sido sustraído y comprendí la maniobra de que acababa de ser víctima. El golpe había sido preparado por los dos hombres en complicidad.

Ayer, en la plaza de la Concordia, después de una delicada investigación, los cinco cómplices fueron atrapados en flagrante delito y detenidos. Son: Albert Moscú, llamado "El Ojo de Moscú"... etc.

En el primer correo de aquel mismo día me llegó una carta de un director de revista en la que acompañaba un artículo sobre el *Segundo Manifiesto del Surrealismo,* al que se me invitaba a contestar. Aquel artículo, si no de los más comprensivos, al menos de los más simpáticos, estaba firmado por uno de mis más antiguos camaradas, J. P. Samson, desertor francés del principio de la guerra, y de quien no he recibido noticias directas desde aquella época. Con placer me enteré de aquellas páginas. Encontré de nuevo en ellas la mirada directa que había conocido a su autor; tuve la segu-

ridad de que me hubiera bastado volver a verlo y proporcionarle de palabra algunas aclaraciones sobre la verdadera posición surrealista para que renunciara a la mayoría de sus objeciones. Entre estas últimas figuraba esencialmente la afirmación de esta idea de que seguiríamos siempre a pesar nuestro siendo unos místicos y que la atracción que ejercía sobre nosotros el "misterio" traducía "un estado de espíritu que su ateísmo no debe impedir calificar de religioso". Tal paradoja, unida a una reserva más grave sobre lo bien fundado de la campaña antirreligiosa realizada en la U. R. S. S., era de una naturaleza para actualizar y dar validez de una manera impresionante la discusión sobre la oportunidad de llevar a cabo, en la medida de nuestros medios, una lucha análoga en Francia: repito que entre nosotros esta discusión había tenido lugar la víspera por la noche. Se ve cómo los hechos, de este mismo orden, podían encadenarse en mi espíritu. Y he aquí lo que en mí es tachado de misticismo. La relación causal, vienen a decirme, no podría establecerse en este sentido. No hay ninguna relación sensible entre tal carta que le llega a uno de Suiza y tal preocupación que podía ser suya alrededor del momento en que aquella carta fue escrita. ¿Pero no es esto, pregunto, absolutizar de una manera lamentable la noción de causalidad? ¿No es esto tener en muy poco las palabras de Engels: "La causalidad no puede ser comprendida más que en relación con la categoría del azar objetivo, forma de manifestación de la necesidad"? Yo añadiré que la relación causal, por turbadora que sea aquí, es real, no solamente por el hecho de que se apoye sobre la universal acción recíproca, sino también por el hecho de que es *comprobada*.

Por otra parte, iré más lejos. Este nombre, *Samson*, que no había oído pronunciar desde hacía años, al aparecer aquella mañana ante mis ojos, ¿podía hacer menos que recordarme a la niña de ojos de agua, de ojos, he dicho, de *Dalila*, con quien tenía precisamente cita aquel mismo día, a las doce, para comer? Que esto pueda, para ciertas personas, rozar el delirio de interpretación, no veo inconveniente en ello, habiendo insistido como lo he hecho sobre las razones de mi poco equilibrio de entonces. En la barbería, un poco más tarde, volvía sin convicción las páginas del *Rire* que me habían puesto en las manos cuando por poco suelto la carcajada al ver un dibujo del que acababa de leer el pie. Era verdaderamente demasiado hermoso, demasiado cómico. No podía dar crédito a mis ojos. Una habitación y, en la cama, una mujercita más que rubia, con ojos grandes como platos y que sin duda la luz de la mañana hacía casi parecer pedunculados, vuelta hacia un individuo moreno, calvo, de nariz aguileña, en bata galoneada, que entraba con una taza en la mano. El título era: *Cabeza de chorlito*. Bajo el dibujo se leía:

—*¿Quién sirve el café en la cama a su mujercita?*
—*Su cornudo.*[1]

Esto me pareció, en aquel instante, prodigioso. Tenía prisa por salir y comprar el número de la revista. Cuanto más buscaba en mi memoria, menos lograba descubrir en ella, en cuanto a lapsus, algo tan irresistible. Lo más extraño es que nunca me había gustado mucho la última palabra del diálogo. Recuerdo que siendo niño una vez me ga-

[1]Es la palabra francesa *cocu*, que se traduce por *cuclillo* y por *cornudo*. (T.)

né una severa reprimenda por haber interrogado con respecto a aquella palabra a mis padres, que me habían llevado al teatro del Palais-Royal. Una mujer, que fue "mi" mujer, tenía por otra parte una verdadera fobia contra ese vocablo, del que a decir verdad no conozco más que un empleo magistral, el que se hace en esta frase de *El origen de la familia*: "Con la monogamia aparecieron dos constantes y características figuras sociales que hasta entonces eran desconocidas: el amante de la mujer y el cornudo." Pero debe reconocerse que esta palabra, llegando de aquella manera, estaba sobredeterminada. Desde entonces para convencerme de ello no he tenido más que recordar qué mujer rubia había podido hacerme entrar por primera vez en aquella barbería.

Si la causalidad era para mí aquella mañana una cosa retorcida y particularmente sospechosa, la idea de tiempo tampoco había logrado conservarse muy intacta. Mientras que en general me muestro capaz, si he consultado, supongamos, por última vez un reloj a la una de la tarde, de decir, con muy pocas probabilidades de equivocarme más de un minuto: en aquel mismo reloj son las cinco y veintitrés (muchas veces he hecho comprobar esta experiencia que vale sobre todo para los días en que me hallo lúcido, aunque aburrido), comprobé que el taxi que me había llevado a la puerta de la barbería corría con demasiada lentitud, incluso debí observarlo al chofer, así como ahora me parecía que el autobús al que había subido y que seguía los bulevares particularmente obstruidos, sin embargo, en aquella época y aquella hora, iba demasiado de prisa. Como, especialmente, apenas si se detuvo en la esquina de la calle Richelieu, no

tuve tiempo, desde la plataforma donde me hallaba con el ejemplar del *Rire* en la mano, de explicarme a qué podía corresponder la escena que se desarrollaba en la terraza del café Cardinal. Ante los ojos de innumerables mirones, un hombre vestido con una piel de animal, subido sobre una silla, miserablemente hacía pasar por encima de su hombro izquierdo unas pequeñas fieras de aspecto extraordinariamente pelado a las que volvía a agarrar de detrás de su hombro derecho, sobre el cual llevaba una capa roja. Los animales que se habían prestado a aquel absurdo ejercicio eran de nuevo y sucesivamente introducidos con gran pena en una jaula con claraboya por unos comparsas. Tres aparatos apuntaban a aquel rincón de mundo incomprensible. Hubiera sido difícil imaginar algo tan pomposamente estúpido. Me representé durante algunos segundos, con toda la repugnancia que conviene, los sorprendentes esfuerzos cinematográficos franceses. Debo decir que siempre me he sentido vivamente atraído por el tesoro de imbecilidad y de locura grosera que, gracias a ellos, encuentra el medio de resplandecer cada semana sobre las pantallas parisienses. Por mi parte, siento mucha estima por la escenificación y por la interpretación francesas: al menos con esto se está seguro de poder reírse ruidosamente (con tal que, bien entendido, no se trate de una película "cómica", de modo que la emoción humana, en su necesidad de exteriorizaciones extremas, se encuentre en ella).

Las doce menos veinte: sabía que iba a llegar demasiado temprano. No tenía más remedio que esperar pacientemente media hora en el café Batifol, calle Faubourg-Saint-Martin, 7. Aunque dependió de la muchacha a quien esperaba y no de mí

fijar nuestra cita en aquel lugar, debo decir que ningún otro me era más familiar. Había entrado en él, algunos meses antes, siguiendo a una mujer muy hermosa cuyos ojos, naturalmente, era lo que me había subyugado primero: el círculo del iris me hacía pensar en el borde retráctil de las ostras verdes de Marennes. Los informes que había creído poder obtener sobre ella de un mozo del café templaron mi deseo de conocerla y me contenté con mirarla de lejos y con prometerme que, cuando me encontrase demasiado solo, volvería para mirarla de lejos. Pero la sala donde ella acababa de entrar hubiera sido por sí sola capaz de retenerme: estaba invadida, entre las seis y las ocho, por la especie de multitud más bulliciosa que había visto: actorcillos, músicos, a los que se mezclaba cierto número de mujeres y de hombres de una profesión socialmente un poco menos definida. Verdadera Corte de los Milagros del arte, el café Batifol confundía en una especie de rumor marino que ascendía y descendía, rumor de ráfaga, la esperanza y la desesperación que se rastrean en el fondo de todos los cafetuchos cantantes del mundo. Durante meses, después de aquello, mis amigos y yo nos encontramos allá cada atardecer, cada uno de nosotros satisfecho, al parecer, de no poder casi hablar a los demás porque no era posible hacerse oír. Una vez se había dado el apretón de manos, introducido el pedazo de hielo en el vaso, no había más que dejarse mecer por aquel viento que sacude el alero de una chimenea cuyo humo fuese seda. Había allá algunas mujeres muy jóvenes que vacilaban antes de soltar una risa estruendosa, dirigir una ojeada frenética, hacer una descuidada exhibición de muslos desnudos, emprender la conquista de un "direc-

tor"; otras, en distintos sitios, abatidas, llegadas al término de su carrera. Se establecían negociaciones de un carácter manifiestamente sórdido. Todo aquello, mezclado, se besaba, embrollaba, a veces peleaba: nada más acaparador, más reposante que aquel espectáculo.

A la hora en que yo entré, el martes 20 de abril, el Batifol estaba casi vacío. Sola en una mesa, cerca de la puerta, una mujer, muy primaveral, escribía cartas. Mientras, involuntariamente, revisaba las razones que en aquel instante me querían *allá* y no en otra parte, esas razones, en su sucesión, me parecieron más embrolladas de lo que me había figurado al principio. Toda clase de combinaciones eran posibles aún. Delante de la Gaîté-Rochechouart había encontrado a la persona a quien esperaba, sin mucho interés por su venida; me había dicho el domingo por la mañana que debía pasar la tarde en aquel mismo teatro donde su madre quería ver representar el antiguo "Boutde-zan" de los films de Feuillade en una obra titulada *Narciso, campeón de amor*. Como este título me hizo presentir una de esas piezas francesas que no tienen igual más que en las películas francesas, nos prometimos, mi amigo Pierre Unik y yo, encontrar en ella por la noche de aquel mismo domingo una diversión de gusto elevado. El programa impreso que consulté en la sala anunciaba, para sorpresa mía, el primer acto bajo el título: "El contencioso Batifol". Al levantarse el telón no sólo pude verificar que esas palabras servían para designar, en el espíritu del autor, una oficina turbia, sino también que la compañía que daba aquella representación había sido reclutada exclusiva-

mente entre los habituales del café del Faubourg-Saint-Martin.

He dicho ya que pasó la hora sin que viese aparecer la decididamente muy caprichosa y muy burlona niña de la casa negra. Para no comer solo, me decidí a invitar a la cliente matinal que por fin había terminado su correspondencia. Por otra parte, era encantadora y de una libertad de lenguaje que me embelesó y que no tenía nada que envidiar a la de Juliette en el maravilloso libro de Sade. Me dediqué a corresponderle en el mismo tono. El cinismo absoluto que ella profesaba me hacía de un instante a otro más límpidos sus inmensos ojos. Resultó de ello entre nosotros un diálogo lleno de sorpresas, entrecortado deliciosamente por cartas de su madre y de su hermanita que me leía, cartas de una ingenuidad pasmosa, de las que siempre he lamentado no haberle pedido que me dejase sacar copia, y que todas tenían por objeto obtener de ella, por instigación de un cura de aldea, que no dejase de cumplir puntualmente sus deberes religiosos. La acompañé hasta el Meudon, donde, me confió, la esperaba un viejo sensible a sus encantos y para quien me pidió que le comprase flores. Me dijo de paso que conocía o había conocido a Henri Jeanson, el revistero, lo cual, unido a la insistencia con que examinaba mi pelo, cuyo corte reciente —lo llevo hacia atrás y bastante largo—, le inspiraba cierta desconfianza, tuvo por efecto hacerme evocar el artículo de Samson que había leído por la mañana y hacerme confundir al hablar, durante los días que siguieron, los nombres de aquellos dos personajes. Por otra parte, supe que ella bailaba en el Folies-Bergère y que se adornaba con el nombre de Parisette. Este nombre, lanzado en

su conversación, para mí de las más poéticas, me recordó precisamente una película francesa de episodios de la que constituía el título. Hace varios años, en contestación a una encuesta del *Figaro* sobre las tendencias de la poesía moderna, me complací en oponer la poesía completamente involuntaria de aquella película a la poesía escrita de hoy. Ésta, según mi declaración de entonces, no vale ni siquiera la pena de que se ocupen de ella: "Lo mismo da seguir los episodios de *Parisette* y los interrogatorios de las audiencias de procesos criminales."

Cediendo a la atracción que desde hace tantos años ejerce sobre mí el barrio de Saint-Denis, atracción que me explico por el aislamiento de las dos puertas que se encuentran en él y que deben sin duda su aspecto tan emocionante a que anteriormente formaron parte de las murallas de París, lo que da a esos dos navíos, como arrastrados por la fuerza centrífuga de la ciudad, un aspecto totalmente desatinado, el cual sólo comparten para mí con la genial torre Saint-Jacques, vagaba hacia las seis por la calle de Paradis, cuando la impresión de que acababa de pasar sin verlo bien frente a un objeto insólito me hizo retroceder algunos metros. Era, en el escaparate de una pequeña tienda de medias, un ramillete muy polvoriento de capullos de gusanos de seda suspendidos de unas ramas secas que subían de un jarro incoloro. Un reclamo al revés entre todos. La idea puramente sexual del gusano de seda y de la pierna que la media expuesta más cerca del jarro ceñía, me sedujo sin duda inconscientemente por unos segundos y después cedió el lugar al deseo de inventar para el ramillete gris un fondo que lo hiciera resaltar particular-

mente. Me decidí rápidamente a asignarle un lugar en el ángulo superior izquierdo de una pequeña biblioteca con cristales, que prefería imaginar del estilo gótico y colgada de la pared, en mi casa, como una vitrina de mariposas. Esa vitrina-biblioteca hubiera tenido el tamaño necesario para contener todas las "novelas negras" de la época prerromántica que poseo y las que estoy aún impaciente por descubrir. Calculé el efecto que aquellos pequeños volúmenes, con su encantadora encuadernación Directorio o bajo sus cubiertas de un azul o un rosa marchitos, no podían dejar de producir por poco que se cuidase esta presentación. Por otra parte, aquellos libros eran de tal manera que uno podía tomarlos y abrirlos al azar y continuaba desprendiéndose de ellos no sé qué perfume de bosque sombrío y de altas bóvedas. Sus heroínas, mal dibujadas, eran impecablemente bellas. Había que verlas en las viñetas, víctimas de apariciones terroríficas, pálidas, dentro de las cuevas. Nada más excitante que esta literatura ultranovelesca, archirrebuscada. Todos aquellos castillos de Otranto, de Udolfo, de los Pirineos, de Lovel, de Athlin y de Dunbayne, recorridos por grandes gritas y roídos por los subterráneos, en el rincón más tenebroso de mi espíritu persistían en vivir su vida ficticia, en presentar su curiosa fosforescencia. Me recordaban también mi lejana infancia, el tiempo en que, al terminar las clases, un singular maestro de escuela auvernés llamado Tourtoulou nos contaba, a mí y a mis pequeños camaradas de seis años, unas historias mucho más terroríficas y que nunca he podido saber de dónde sacaba. De todos modos, aquel mueble hubiera sido muy hermoso; me interesé toda una velada por su realización im-

posible. Sin duda, yo quería por encima de todo, en aquel momento, edificar aquel pequeño templo al Miedo.

Al día siguiente, por la mañana, hacia las seis y media, anoté esta frase del despertar: "En las regiones del extremo Extremo-Norte, *bajo* las lámparas que desfilan... paso, esperándote, Olga.[1]" Cometí el error, en otro tiempo, en el primer *Manifiesto del Surrealismo,* de dar una interpretación demasiado lírica a la palabra "Béthune" que me había venido con insistencia al pensamiento sin que lograse concederle una determinación especial. Hoy pienso que no busqué bien. De todas maneras, aquello no debía en ningún caso decidirme a ir a Béthune (y el hecho es que nunca he ido allá). Es difícil, en ciertas condiciones de existencia deplorables como aquellas en que al abrir los ojos el martes 22 de abril me encontraba, escapar a la tentación de aprovechar la primera ocasión de movernos que se nos ofrece, sobre todo si debe resultar de ello un cambio completo. Confieso que mi primer pensamiento, al considerar esa frase, fue el de ir a ver en Islandia, no sé dónde, en Finlandia, qué quería de mí aquella Olga de la noche. La realidad, como aquella vez tuve muy bien ocasión de convencerme de ello, era de una natura-

[1]La palabra *bajo* fue subrayada por la voz interior que parecía poner en ella una cantidad de intenciones. Los puntos suspensivos están en lugar de no sé qué palabras destinadas a amueblar poéticamente el intervalo que separa los dos miembros de la frase. De alguna manera estaba especificado que este periodo, mascullado y voluntariamente ininteligible, podía ser reemplazado por otro muy diferente que fuese tan neutro como él y tan susceptible de hacer sólo más lento el movimiento oratorio.

leza menos atrayente. Tengo interés en hacer aquí, para disculparme, la síntesis de "Olga".

Se trataba simplemente de que la antevíspera, en una vida de Rimbaud que acababa de aparecer y que yo leía mientras me paseaba por el bulevar Magenta, me enteré de que el último verso de las *Vocales*:

¡Oh la Omega, rayo violeta de Sus Ojos!

era testimonio del paso, por la vida del poeta, de una mujer cuyos ojos *violeta* lo turbaron y a quien quizá amó de una manera desdichada. Esta revelación biográfica era para mí del mayor interés. En efecto, siento por el violeta un horror sin límites, que llega hasta a imposibilitarme permanecer en una estancia donde este color, incluso fuera de mi percepción directa, deje filtrar algunos de sus rayos mortales.[1] Me había sido agradable enterarme de que Rimbaud, cuya obra hasta entonces me parecía demasiado al abrigo de las tempestades pasionales para ser plenamente humana, por lo menos de este lado había experimentado una decepción grave. Además, los ojos de las mujeres eran, como he dado a entender suficientemente lo único por que podía entonces pretender guiarme. Muchas veces, y hasta muy recientemente, había confiado a algún amigo la extraordinaria nostalgia en que me dejaban, desde la edad de trece o catorce años, unos de esos ojos violeta que me ha-

[1] "Urbantschitsch, al examinar un gran número de personas que no estaban sujetas a la audición coloreada, encontró que una nota elevada del diapasón parece más alta cuando se mira el rojo, el amarillo, el verde, el azul; más baja si se mira el violeta." (Havelock Ellis)

bían fascinado en una mujer que debía ejercer de buscona en la esquina de las calles Réaumur y Palestro. Yo iba, lo recuerdo bien, con mi padre. Nunca más en lo sucesivo, y acaso es una gran suerte, pues seguramente no me hubiera preocupado ya de otra cosa en ella, ni en otra, volví a encontrarme ante semejante esfinge. En fin, poco después —esto, aunque también completamente real, quedaba menos nítido— sentí un deseo intenso por una muchacha de origen ruso junto a la cual trataba de sentarme en la imperial del autobús que me llevaba a la escuela. Aquella muchacha se llamaba Olga. Hacia mediados de abril me fue evocada por una tarjeta postal antigua, sin leyenda, que representaba a un joven y una muchacha sentados uno junto al otro, ardiendo en deseos de entablar conversación, en una de aquellas imperiales —Paul Eluard y yo nos habíamos complacido en coleccionar postales de ésas—. La letra omega, cuyo dibujo, por otra parte, no es indiferente desde el punto de vista sexual, había dejado el lugar al nombre de Olga, sobredeterminado con relación a ella. El "extremo Extremo-Norte" provenía, como por azar comprobé después, de cierto pasaje de un artículo del *Journal des Poètes* del 18 de abril, leído sin duda maquinalmente el 21. En ese artículo, que acompañaba la traducción de *Cantos de la tribu de los Bueyes almizcleros* y del *País de las Grandes Ballenas,* había una frase cuyo principio: "Los hombres del extremo-norte, naturalmente poetas, siendo naturalmente religiosos. . .", tan sólo fuese porque corroboraba torpemente, a algunas horas de distancia, el más lamentable error de Samson, no podía dejarme más que un deseo mediocre de conocer la continuación. No me hubiera faltado más, en

esas condiciones, que explicarme también por qué las lámparas desfilaban, simple reminiscencia sin duda del humoso ramillete de la víspera, y qué aurora boreal de pacotilla podía tener interés en ocultarse detrás de la palabra *bajo,* pero confieso que el desvanecimiento de aquella Olga, que había parecido hacerme señas desde el otro extremo del mundo, me quitó aquel día todas las ganas de hacerlo.

Durante este tiempo terminó la mayoría de los hechizos de que era juguete desde hacía algunos días. Sea que hubiese proyectado sobre los rasgos de aquella Olga una luz a la que los seres de fantasía se acomodan lo peor posible y que los condena, unos tras otros, a la evaporación; sea que tal o cual episodio de la víspera hubiese sido de una naturaleza que restituyese a mis ojos su verdadera luz al mundo sensible, me pareció que de pronto acababa de recobrar el conocimiento. Esta historia, por tanto, comporta unas palabras finales, cuya provisión correspondió el viernes siguiente a André Derain. Estaba muy lejos aún de haberme librado de mi obsesión de las "novelas negras". Mientras me paseaba por la calle del Faubourg-Saint-Honoré, con *Los amantes sonámbulos* bajo el brazo, encontré a aquel hombre extraordinario cuya pintura detesto y de quien me gustan los dichos alternativamente muy simples y muy sutiles pero siempre inquietos, aquel hombre que en los naipes me identificó una vez por todas como "hombre del campo" y que es el único con quien logro estar a la vez en muy buenas y muy malas relaciones. Tenía yo motivos para creer que rondaba a la mujer cuya ausencia me había entregado a esas más o menos consternadoras

ilusiones y con cuyo marido, precisamente, acababa de cruzarme, unos minutos antes, en una encrucijada. Mientras Derain y yo nos estrechábamos las manos, estalló un violento trueno que desencadenó instantáneamente una lluvia torrencial:

—Decididamente —me dijo riendo—, el tiempo no es para que nos veamos.

—¿Cómo lo interpreta usted?

Encogiéndose de hombros: —Habrá buen vino este año.

Debe ser imposible, considerando lo que precede, no sentirse impresionado por la analogía que existe entre el estado que acabo de describir por haber sido el mío en aquella época y el estado de sueño, tal como se le concibe generalmente. La diferencia fundamental que consiste en el hecho de que aquí estoy acostado, duermo, y que allá me desplazo realmente por París, no consigue traer para mí de una parte y de otra representaciones bien distintas. En estos dos planos oponibles, el mismo favor y el mismo desfavor me persiguen. Las puertas de la movilidad, al abrirse ante mí, no me permiten introducirme con certeza en un mundo más consistente que aquel sobre el cual, un poco antes, un poco después, esas puertas pueden cerrarse. Cierto es que me presto entre tanto a la realización de un pequeño número de actos más o menos reflexivos, como los de lavarme, vestirme, comportarme más o menos como de ordinario con los amigos. Pero esto no es mucho más que ejercicio de una función acostumbrada, como la de respirar durmiendo, o aun el libre juego de un resorte que sólo ha podido soltarse parcialmente. Mucho más significativo es observar cómo la exigencia del deseo en bus-

ca del *objeto* de su realización dispone extrañamente de los datos exteriores, tendiendo egoístamente a no retener de ellos más lo que puede servir a su causa. La vana agitación de la calle ha llegado a ser apenas más molesta que el roce de las sábanas. El deseo está allí, cortando a su sabor en la tela que no cambia con bastante rapidez, y después deja correr entre los trozos su hilo seguro y frágil. No va a la zaga de ningún regulador objetivo de la conducta humana. Lo que pone en práctica, aquí también, para llegar a sus fines, ¡es tan poco diferente de aquello de que dispone para realizarse cuando el hombre duerme! ¡Y, no obstante, los materiales que utiliza son aquí materiales verdaderos, cosas tomadas al vivo! No quiere a aquella mujer que tiene tales ojos, sólo quiere sus ojos. Sabe, sin embargo, que aquella mujer existe. Aquel dibujo humorístico hallado en un periódico ha encontrado la manera de grabarse en un número del *Rire*, el último. El café Batifol no es un mito; hasta se podría hacer de él una de esas descripciones naturalistas cuya gratuidad completamente fotográfica no excluye un debilísimo parecido objetivo exterior (me gustan esas descripciones: uno está y no está allí; hay, parece, tantos tallos de aspidistra sobre el mostrador de mármol falso no del todo blanco y verde; por la noche, con las lámparas, un puntillado de rocío religa bajo cierto ángulo los escotes de los corpiños, donde repica hasta perderse de vista el mismo pequeño crucifijo de brillantes falsos, que se esfuerza por avivar el fulgor del colorete y el rimmel, etc. Todo eso, por otra parte, no está completamente desprovisto de interés; por este medio se llega a la imprecisión completa). Me parece que hay algo de falaz en la suerte a que algunos

poetas[1] han creído deber destinar recientemente la frase de Nerval: "Todos sabemos que en los sueños no se ve nunca el sol, aunque a menudo se tenga la percepción de una claridad mucho más viva." No comprendo bien lo que una verificación negativa de este orden, aun suponiendo que sea objetivamente comprobada, podría tener de tan notable, de tan decisivo. Poco importa, por otra parte, ya que en aquellos días de mediados de abril no estaba en mis peregrinaciones totalmente privado de sol, como creo haber destacado en la presentación, al principio de este relato, de una pierna, la primera que desde hacía mucho tiempo me había parecido hechicera. ¡El sol! ¡Pero qué me querían entonces, también, los otros planetas! No soy de los que desdeñarían, en cuanto a este tema, consultar las efemérides. Hay toda clase de medios de conocimiento, y ciertamente la astrología es uno de ellos, de los menos despreciables, a condición de que sean controladas las premisas y que se tenga por postulado lo que es postulado. ¡Pero, por favor, dejemos los himnos al sol! Conviene, me parece, levantarse contra ese "sol", gran distribuidor de los valores reales. Un reflejo más o menos no es, si vacilamos en proclamar la realidad del mundo exterior, lo que nos sacará de apuros. Ese mundo exterior, aunque para mí estuviera completamente velado, no estaba reñido con el sol. Ese mundo, yo sabía que existía fuera de mí, no había dejado de tenerle confianza. No era para mí, como para Fichte, el no-yo creado por mi yo. En la medida en que me apartaba al paso de los automóviles, en que no me permitía comprobar, a expensas de quien me

[1]Cf. *Le Grand Jeu*, nº 3, otoño de 1930.

pareciera bien, aunque fuese yo mismo, el buen funcionamiento de un arma de fuego, hasta dedicaba a ese mundo mi mejor sombrerazo. Creo que esto debe bastar. No es menos cierto que, excepto esta sumisión, trataba deseperadamente, con todas mis fuerzas, de extraer del *medio,* con exclusión de todo el resto, lo que debía primeramente servir para la reconstitución de este yo. ¿Por qué discernimiento incomprensible semejante cosa puede hacerse? Ésta es, según mi juicio, una pregunta de carácter metafísico a la que todo contribuye a disuadirme de dar una respuesta en el curso de la cual sólo podría intervenir de nuevo la necesidad natural, que sigue sin ser la necesidad humana y lógica y que es la única necesidad de la que pueda depender que yo haya empezado a existir y que deje de existir. *Mientras existo,* observo que a mi alrededor la furia de las olas no puede menos de suscitar esta boya salvavidas. Sé que siempre habrá una isla a lo lejos, mientras viva. No es como en el sueño donde soy herido de muerte, lo que hace que despierte para no morir. Me parece que el debate no puede centrarse mejor que en torno a este pensamiento de Pascal: "Nadie tiene seguridad fuera de la fe de si está despierto o si duerme; visto que durante el sueño no se cree menos firmemente estar despierto que cuando se está despierto efectivamente... De modo que si la mitad de la vida se pasa durmiendo por propia confesión... ¿quién sabe si esta otra mitad de la vida en que creemos estar despiertos no es un sueño un poco diferente del primero, del que despertamos cuando creemos dormir?" Este razonamiento, para ser válido, exigiría primeramente en su equilibrio que si durante el sueño se cree estar despierto, durante el estado

de vigilia se creyera dormir, y esta última ilusión es de las más excepcionales. Esta última coyuntura no tendría aún la fuerza de justificar el segundo miembro de la frase: si no queda menos establecido que el sueño y la vigilia se reparten la vida, ¿por qué esta trampa en beneficio del sueño? ¿Y qué es, además, este sueño que no está definido en relación a un estado de vigilia, si no se trata, como me creo obligado a pensar, conociendo un poco al autor, de una vigilia eterna, de la que con más razón sería imposible tener seguridad *fuera de la fe*? ¿Qué es este proceso intentado contra la vida real bajo pretexto de que el sueño da la ilusión de esta vida, ilusión descubierta al despertar, cuando en el sueño la vida real, suponiendo que sea ilusión, no es de ninguna manera criticada ni tenida por ilusoria? ¿No sería igualmente fundado, teniendo en cuenta que los borrachos ven las cosas dobles, decretar que para el ojo de un hombre sobrio, la repetición de un objeto es la consecuencia de una embriaguez *un poco diferente*? Puesto que esta diferencia resultaría del hecho material de *haber bebido* o de *no haber bebido,* estimo que no hay lugar para insistir. Por otra parte, razón de más para hacer valer lo que puede existir de común entre las representaciones del estado de vigilia y las del sueño. En efecto, solamente cuando la noción de su identidad sea perfectamente adquirida se logrará sacar partido claramente de la diferencia entre ellas, de manera que se refuerce con su *unidad* la concepción materialista del mundo real.

He elegido adrede, para evocarla, aquella época de mi vida que puedo considerar, en relación a mí, como un momento particularmente irracional. Se trataba, como se ha visto, del momento en que, sus-

traído a toda actividad práctica por la privación intolerable de un ser, de sujeto y objeto que había sido hasta entonces y que he vuelto a ser, no lograba más que considerarme sujeto. Me sentía tentado a creer que las cosas de la vida, de las que retenía poco más o menos lo que quería, más exactamente, de las que no retenía más que aquello de que pudiera tener necesidad inmediata, sólo se organizaban así para mí. Lo que se producía, no sin lentitud y sin transformaciones exasperantes, en la medida en que adquiría conciencia de ello, me parecía serme debido. En ello encontraba indicaciones, buscaba promesas. Los que se hayan hallado en una situación análoga no me tendrán rencor. De aquel sueño despierto, que duró varios días, el contenido manifiesto era, a primera vista, apenas más explícito que el de un sueño dormido. La corbata o la azalea, el mendigo o la loca, el mantel blanco o la plaza Blanche (*Blanca*) —no había pensado todavía en esto— que sirven, en el curso de lo que precede, para evocar a dos damas alemanas distintas, no gozan unos sobre otros de una superioridad concreta muy grande. Parece que el deseo que, en su esencia, es el mismo, se apodera aquí y allá, al azar, de lo que puede ser útil a su satisfacción. Es puro juego del espíritu creer que en el sueño despierto lo *crea*. Supongo, al contrario, que, a falta de lo que encuentra, otra cosa le sería buena, tan verdad es que dispone de medios múltiples para expresarse. Se terminará por admitir, en efecto, que todo *hace imagen* y que el más mínimo objeto, al que no es asignado ningún papel simbólico particular, es susceptible de figurar no importa qué. El espíritu tiene una maravillosa prontitud para captar la más débil relación que puede existir entre dos

objetos tomados al azar, y los poetas saben que siempre pueden, sin temor a equivocarse, decir del uno que es *como* el otro: la única jerarquía que se puede establecer entre los poetas no puede ni siquiera apoyarse más que en la mayor o menor libertad de que han dado pruebas en cuanto a esto.[1] El deseo, si es verdaderamente vital, no se niega nada. De todas maneras, si la primera materia que utiliza le es hasta cierto punto indiferente, no es tan rico en cuanto al modo de tratarla. Sea en la realidad o en el sueño, está obligado, en efecto, a hacerla pasar por el mismo proceso: condensación, desplazamiento, sustituciones, retoques. Todo lo que se desarrolló para mí desde aquel 5 a aquel 24 de abril se cuenta en el pequeño número de hechos que he expuesto y que, colocados uno tras

[1]Comparar dos objetos lo más alejados posible uno de otro o, por cualquier otro método, ponerlos en presencia de una manera brusca y sorprendente, es la tarea más alta a que pueda aspirar la poesía. A ejercitarse en esto debe tender cada vez más su poder inigualable, único, que es el de hacer aparecer la unidad concreta de los dos términos puestos en relación y comunicar a cada uno de ellos, cualquiera que sea, un vigor que le faltaba mientras era tomado aisladamente. Lo que se trata de vencer es la oposición completamente formal de esos dos términos; lo que se trata de suprimir es su aparente desproporción que sólo proviene de la idea imperfecta, infantil que tenemos de la naturaleza, de la exterioridad del tiempo y del espacio. Cuanto más fuerte parece el elemento de la desemejanza inmediata, más debe ser superado y negado. Toda la significación del objeto está en juego. Así dos cuerpos diferentes frotados uno contra el otro alcanzan, por la chispa, su unidad suprema en el fuego; así el hierro y el agua llegan a su resolución común, admirable, en la sangre, etc. La particularidad extrema no podría ser el escollo de esta manera de ver, de sentir: así, la decoración arquitectural y la mantequilla se conjugan perfectamente en el *torma* tibetano, etc.

otro, sin contar naturalmente el tiempo de espera, no ocuparían más que algunas horas. No consigo saber de qué pudo estar hecho el resto. La memoria no me restituye de aquellos días más que lo que puede servir para la formulación del deseo que superaba en aquel momento para mí a todos los demás. El hecho de que el relato que se acaba de leer sea el de sucesos ya lejanos, de modo que se mezcla a él fatalmente una parte de interpretación que tiende a reagruparlo en torno a su verdadero núcleo, hace quizá menos fácil de captar el trabajo de desplazamiento. Éste no ha contribuido por ello menos a la elaboración de lo que, si en aquella época hubiese yo llevado un diario de mi vida, se hubiera impuesto a la atención como contenido manifiesto. Muy probablemente sería en torno a la actividad antirreligiosa donde todo, entonces, hubiera parecido centrarse. Nada menos paradójico aún, si se piensa que la mujer, convertida momentáneamente en una criatura imposible, ya no se mantenía ante mi pensamiento más que como objeto de un culto especial, netamente idólatra, y que yo tenía que defenderme contra esta desviación inhumana. La actividad antirreligiosa tomaba para mí, de esta manera, fuera del valor objetivo que con mis amigos le atribuía, un sentido subjetivo muy particular. Para que esto resaltara con evidencia en mi exposición, sin duda sería necesario que el tiempo que me separa de aquellos sucesos no se hubiese encargado de filtrarlos. Las sustituciones de seres y objetos unos por otros han sido, al contrario, creo, de las más sensibles. El paso flagrante de los ojos del 5 de abril a los ojos del 12, a los ojos de una figura de acuarela y a los ojos violeta, la confusión de J. P. Samson y H. Jean-

son, el acercamiento, por otra parte poco razonable y precipitado, del incidente del bulevar Malesherbes y de la detención de cinco amables rateros, permiten hasta asignarles, en el curso de aquella quincena, un papel de los más activos. Hubo notablemente, del lado de la mujer, tentativa de constitución de una persona colectiva que forzosamente tuviese que sustituirse a sí misma, por razones de conservación humana muy precisas, por una persona real. No tengo que extenderme sobre el trabajo de elaboración secundaria, que preside a los retoques en el sueño y, con mayor razón, en este estado de ensueño despierto en que funciona la mayor parte de la atención de la vigilia. A aquél debe evidentemente el relato precedente todos sus elementos críticos y esta manera que se observa en él (lo mismo que en el sueño: ¡qué importa, puesto que es un sueño!) de pensar a propósito de la realidad de la que se acaban de tener demasiados motivos de queja: ¡qué importa, puesto que no tengo más que llamar al sueño en mi ayuda, que comportarme lo más posible como si durmiera para burlarme de esta realidad!

Ya que semejante manera de reaccionar ante los factores externos depende exclusivamente, como hace, del estado afectivo del sujeto, estado afectivo que aquí es lo más desastroso posible, se concibe que todos los intermediarios puedan existir entre el reconocimiento puro y simple del mundo exterior por lo que es y su negación en provecho de un sistema de representaciones favorables (o desfavorables) al individuo humano que se halla colocado ante él. Las ideas de persecución, de grandeza, no están muy lejos de entrar en juego; sólo esperan la ocasión de desencadenarse, a favor del

tumulto mental. A este límite, hay que convenir que como la atención sufre una crisis grave, muy particular, las representaciones, en lo que ofrecen ordinariamente de objetivo, se encuentran viciadas. Por lo mismo que detrás del sueño sólo se descubre en último análisis una sustancia real sacada de los sucesos ya vividos, el empobrecimiento extremo de esta sustancia condena al espíritu a buscar refugio en la vida de los sueños. El almacenamiento de nuevos materiales, como en el momento de una quiebra, no es más que una obligación que el hombre cumple de mal grado. El pasivo es demasiado elevado; no se sabe si las nuevas mercancías que llegan cubrirán solamente los gastos de su almacenaje. Hay tendencia a desembarazarse de ellas inmediatamente. El sueño, que desde hace algún tiempo carece de alimento, hace aquí el papel de liquidador. Tiende a descargar al hombre, a bajo precio, de aquello de que éste ya no espera utilidad. Obtiene todo lo que quiere persuadiéndome de que, libre de tal deuda, me descubriré quizás una nueva razón social, podré empezar de nuevo a vivir bajo otro nombre. Es, en su argumentación, a la vez de una sutileza y una arrogancia tales que logra hacerse conceder inmediatamente todo lo que en mejores días me hubiera podido interesar realmente tener a mi disposición. Me impide literalmente la acción práctica. Las leyes generales del movimiento de lo que existe están perdidas de vista por el sujeto que no llega ya a considerarse como simple momento de esas leyes. La balanza dialéctica ve roto su equilibrio en beneficio del sujeto que, cansado de depender de lo que le es externo, busca por todos los medios hacer depender de sí mismo lo que le es externo. En este punto solamente —sin duda no se explica de otra manera la muy singular determinación al suicidio en ciertos seres— la metodología del conocimiento, incómoda en su gestión que tiende cada vez más a abstraer la del objeto, se revela vulnerable, corre su propio peligro mortal.

Esta idea recuerda para mí de pronto la siniestra trilogía enunciada por Borel, en el curso del admirable poema liminar de *Madame Putifar*: el Mundo, el Claustro, la Muerte. E inmediatamente se apretujan en mi espíritu las víctimas más interesantes de esas tres Parcas. Veo, en la época moderna, a Barrès, Valéry, entregados a las bestias de los salones y a los honores, les veo hacer poco a poco como los otros, peor que los otros. Evoco la gracia muy sombría y muy decepcionante de la señorita de Roannez, para quien debió ser escrito el *Discurso sobre las pasiones del amor,* esa gracia contra la cual el autor logra, mal aún, resguardarse bajo las sombras horribles de Port-Royal; después el ultimátum extraño dirigido por Barbey d'Aurevilly a Huysmans: "La boca de la pistola o los pies de la cruz." Vuelvo a encontrar, antes que hubiesen consentido en el gran gesto interrogador que había de hacer de ellos unos cadáveres, el sonido de la voz de Maiakowski, el que yo doy a sus poemas, el de Jacques Vaché, de Jacques Rigaut, a quienes conocí personalmente. ¡Ahí está, con todas estas manos extendidas, el mal remedio, el remedio peor que el mal! ¡Hela aquí, la consecuencia del sistema idealista subjetivo llevado al extremo, del sistema con base de desgracia! Nada impide, se ve sobre todo en el último caso, que sea desarrollado a fondo, con espíritu de continuidad. No puedo, volviendo a aquella frase de Pascal que he citado,

dejar de tener en cuenta las consideraciones afectivas tan turbadoras que han podido concurrir en su formación. Me niego a ver en ello otra cosa que la expresión del desaliento personal de un hombre. Los escotillones, este accesorio indispensable del guiñol humano, desde el que sirve para engullir a los muñecos en *Ubu Roi* hasta aquel con que ha querido acomodarse el autor de *En camino,* continúan perjudicando al mundo, en la medida en que no son suficientes las carrozas fúnebres y los carros de la basura. Estamos aún en presencia del mismo maestro de escuela de los ojos vaciados, el de los *Misterios de París* de Eugenio Sue, a quien Marx ha considerado como el prototipo del hombre aislado del mundo exterior: "Para el hombre para quien el mundo exterior se convierte en simple idea, las simples ideas se convierten en seres sensibles." El claustro no es al principio, a decir verdad, más que el símbolo de esa ceguera involuntaria o voluntaria. El ser a quien tienta no es, para empezar, más que el juguete de la prioridad concedida, por una razón u otra, pero siempre por una razón morbosa, a las representaciones alucinatorias sobre las representaciones realistas. Muy rápidamente, por otra parte, éstas vuelven a la carga, puesto que tampoco podría ser cuestión de destemporalizar el mundo religioso. El individuo enclaustrado, quiéralo o no, se convierte en toda su actuación en un factor de ese mundo que sólo existe en función del otro y vive en el plano real como parásito de éste. Como, por otra parte, lo mostró Marx en su cuarta tesis sobre Feuerbach, el hecho del desdoblamiento de la base temporal del mundo religioso en sus partes antagónicas no podría tener sentido más que a condición de que sea establecido

que "Dios" no es la creación completamente abstracta del hombre y las condiciones de existencia que le son prestadas, el reflejo de las condiciones de existencia del hombre. Pero de la misma manera que el sueño extrae todos sus elementos de la realidad y fuera de ésta no implica el reconocimiento de ninguna otra o nueva realidad, de modo que el desdoblamiento de la vida del hombre en *acción* y en *sueño,* a los que, con esfuerzo igual, se quiere hacer pasar por antagonistas, es un desdoblamiento puramente formal, una ficción, toda la filosofía materialista, apoyada por las ciencias naturales, es testigo del hecho de que la vida humana, concebida *fuera* de sus límites estrictos que son el nacimiento y la muerte, no es a la vida real más que lo que el sueño de una noche es al día que acaba de ser vivido. En la apología del sueño considerado como terreno de evasión y en la llamada a una vida sobrenatural, sólo encuentra igualmente manera de expresarse una voluntad completamente platónica de enmienda de la que es al mismo tiempo el desistimiento completo. A esta voluntad inoperante se opone y sólo puede oponerse desde el principio una voluntad de transformación de las causas profundas del hastío del hombre, una voluntad de trastorno general de las relaciones sociales, una voluntad *práctica* que es la voluntad revolucionaria. Y que no se me objete que, no obstante, he cedido a la desmoralización aparentemente más vana, como he tenido interés en mostrar yo mismo, en el curso de un periodo bastante extenso: ¿no he sido el primero en decir que a la sazón, como sucede cuando se está bajo el golpe de una emoción demasiado violenta, la facultad crítica estaba casi abolida en mí? Mas, pasado ese tiempo de

indisponibilidad, pido que se me haga esta justicia: nada de lo que hasta entonces había constituido para mí la grandeza y el precio excepcionales del amor humano estaba, en su esencia, comprometido. Todo lo contrario, mi primer movimiento fue buscar en qué piedra había ido a tropezar todo lo que, subestimando pasajeramente el malentendido social, yo había tenido la debilidad de considerar en mí como la posesión de la verdad. El amor humano tiene que reconstruirse, como el resto: quiero decir que *puede,* que debe ser restablecido sobre sus verdaderas bases. El sufrimiento, aquí también, no es en nada o, más exactamente, conviene que no sea tenido por válido más que en la medida en que, como toda otra manifestación de la sensibilidad humana, es creador de actividad práctica. Tiene que ayudar al hombre no sólo a concebir, para empezar, el mal social de hoy, sino que también debe ser, lo mismo que la miseria, una de las grandes fuerzas que militan para que un día ese mal sea limitado. Los amantes que se separan no tienen nada que reprocharse si se han amado. Examinando bien las causas de su desunión, se verá que, en general, ¡estaba tan poco en su poder el disponer de sí mismos! El progreso, también aquí, no es concebible más que en una serie de transformaciones cuya duración contiene pasablemente la de mi vida, transformaciones entre las cuales sé muy bien que hay una que se impone con urgencia —interviniendo la brevedad de esta vida como factor concreto y apasionante en el sentido de esta necesidad primordial que toma forma de urgencia—, una que permitirá el acceso al amor y a los otros bienes de la vida de esta nueva generación anunciada por Engels: "Una generación de hombres que nunca en su vida se habrán encontrado en el caso de comprar a precio de dinero, o con ayuda de cualquier otro poder social, el abandono de una mujer; y una generación de mujeres que nunca se habrán hallado en el caso de entregarse a un hombre en virtud de otras consideraciones fuera del amor verdadero, ni de negarse a su amante por miedo a las consecuencias económicas de ese abandono." Sé, digo, que hay una tarea a la que el hombre que se ha considerado un día gravemente frustrado en este dominio puede menos aún que otro sustraerse. Esta tarea, que, lejos por otra parte de ocultarle todas las demás, debe, al contrario, entregarle, al cumplirse, la comprensión en perspectiva de todas las demás, es su participación en el esfuerzo para barrer el mundo capitalista.

III

Nunca podra usted ver esta estrella como la veo yo. Usted no comprende: es como el corazón de una flor sin corazón.

Nadja

Los hombres actualmente con vida a los que corresponde, antes de ser verdaderamente repartida entre todos los hombres, la tarea de desprender lo inteligible de lo sensible y de ayudar a la realización del bien, en el sentido en que éste debe ser uno con lo verdadero, se encuentran con una dificultad fundamental, que sería contrario a la vida subestimar bajo pretexto de que es únicamente función del tiempo que es el suyo, que no puede dejar de allanarse en cuanto la economía mundial haya sido arrancada de su inestabilidad. Esta dificultad proviene de que un país, la U. R. S. S., habiendo, con exclusión de los demás, triunfado recientemente del obstáculo más considerable que se opone, en la sociedad moderna, a la realización de ese bien (me refiero a la explotación de una clase por la otra), la idea práctica, operante, cuyo papel en el tiempo es precisamente someterse a una serie de obstáculos para triunfar de ellos, tropieza a cada paso con la necesidad de colmar a cualquier precio el foso que separa aquel país libre del conjunto de los otros países. Esta operación sólo puede, claro está, ser conducida en el sentido de una liberación de estos últimos países y no de la vuelta del primero a la esclavitud. Toda otra concepción estaría, en efecto, en contradicción tanto con la idea del "deber ser" como con la caracterización más objetiva del hecho histórico, con el cual, en último análisis, esa idea del "deber ser" se identifica. Si nos atuviéramos a estos factores inmediatos del problema, es claro que la acción práctica se deduciría, en sus modalidades, muy claramente. El esfuerzo humano tendría que ser aplicado, pro-

visionalmente, a un solo punto: el deber del intelectual, en particular, sería renunciar a las formas del pensamiento especulativo en lo que éstas tienen de abstrayente del tiempo finito y del espacio finito. En tanto que no se hubiese dado el paso decisivo en el camino de esta liberación general, el intelectual debería, en todo y por todo, esforzarse por obrar sobre el proletariado para elevar su nivel de conciencia en tanto que clase y desarrollar su combatividad.

Esta solución completamente pragmática no resiste desgraciadamente al examen. Apenas formulada, ve alzarse contra ella objeciones alternativamente esenciales y accidentales.

Tiene exageradamente en poco, primeramente, el conflicto permanente que existe en el individuo entre la idea teórica y la idea práctica, insuficientes una y otra por sí mismas y condenadas a limitarse mutuamente. No entra en la realidad del rodeo infligido al hombre por su propia naturaleza, que lo hace depender no sólo de la forma de existencia de la colectividad, sino también de una necesidad subjetiva: la necesidad de su conservación y de la de su especie. Este deseo que le atribuyo, que le conozco, que es el de terminar lo más pronto posible con un mundo donde lo que hay de más válido en él se hace cada día más incapaz de dar su medida, este deseo en el que me parecen poder concentrarse mejor y coordinarse sus aspiraciones generosas, ¿cómo este deseo lograría mantenerse operante si no movilizara a cada segundo todo el pasado, todo el presente personales del individuo? ¡Qué riesgo correría si no contase, para llegar a sus fines, más que con la tensión de una cuerda a lo largo de la cual se trataría de pasar a cualquier precio, con la

prohibición, a partir del instante en que se empezara a caminar sobre ella, de mirar hacia arriba y hacia abajo! ¡Cómo podría yo admitir que sólo semejante deseo escapa al proceso de realización de todo deseo, es decir, que no se embrolla con los mil elementos de vida compuesta que sin cesar, como las piedras de un arroyo, lo desvían y fortifican! Más bien importa, en este lado de Europa, que seamos algunos a mantener este deseo en estado de recrearse sin cesar, centrado como debe estar en relación con los deseos humanos eternos si, prisionero de su propio rigor, no quiere ir a su empobrecimiento. Vivo, este deseo no debe impedir que todas las cuestiones sigan planteadas, que el deseo de saber *en todo* siga su curso. Está bien, es una suerte que las expediciones soviéticas, después de tantas otras, tomen hoy el camino del Polo. Es esto, para la Revolución, otra manera de participarnos su victoria. ¿Quién osaría acusarme de retrasar el día en que esa victoria debe aparecer como total señalando con el dedo algunas otras zonas, no menos antiguas ni menos bellas, de atracción? Una regla seca, como la que consiste en requerir del individuo una actividad estrictamente apropiada a un fin tal como el fin revolucionario, proscribiéndole toda otra actividad, no puede menos que volver a colocar este fin revolucionario bajo el signo del bien abstracto, es decir, de un principio insuficiente para mover al ser cuya voluntad subjetiva no tiende ya por su propio impulso a identificarse con ese bien abstracto. Se puede ver ahí una causa apreciable de colisión moral que podría contribuir a mantener la división actual, persistente, de la clase obrera. El carácter proteiforme de la necesidad humana serviría para ha-

cer que ésta se pusiera a contribución mucho más diversamente, mucho más ampliamente. Todas las potencias de la reivindicación, inmediata o no, en las que se reconstituye indiferentemente el elemento sustancial del bien, requieren ser ejercidas.

Las objeciones accidentales que me parecen adecuadas para venir a reforzar esas objeciones esenciales juegan sobre el hecho de que hoy el mundo revolucionario se halla por primera vez dividido en dos partes que aspiran, ciertamente, con todas sus fuerzas a unirse y que se unirán, pero que encuentran entre ellas un muro de un espesor de tantos siglos que no se puede tratar de sobrepasarlo y que no puede ser cuestión de destruirlo. Este muro es de una opacidad y de una resistencia tales que a través de él las fuerzas que, de uno y otro lado, militan para que sea derribado, se ven reducidas en gran parte a presentirse, a adivinarse. Este muro, víctima, es verdad, de sus grietas muy activas, ofrece la particularidad de que, ante él, la gente se esfuerza valientemente en construir, en organizar la vida, mientras que detrás de él el esfuerzo revolucionario se aplica a la destrucción y a la desorganización necesarias del estado de cosas existente. Resulta de ello un desnivel notable en el interior del pensamiento revolucionario, desnivel al que su naturaleza espacial, aunque episódica, confiere un carácter de los más ingratos. Lo que es verdadero, libremente aceptado en tal región del mundo, deja así de ser válido, aceptable, en tal otra región. Hasta puede suceder que lo que aquí es el mal se convierta bastante exactamente allá en el bien. La generalización de esta última noción resultaría, sin embargo, de las más peligrosas y de las más vanas. Nada dice que algunas malas semi-

llas, que lleva el viento del oeste, no logren pasar cada día al otro lado del muro y desarrollarse allí a expensas de las otras, para la mayor confusión del hombre que se esfuerza en distinguir con precisión lo que nutre, lo que eleva, de lo que rebaja y lo que mata. Semejante discriminación se muestra tanto más delicada, tanto más aleatoria, que lo que es concebido aquí bajo las reservas más expresas —en espera de un trastorno inminente de los valores— corresponde en el tiempo a lo que allá es concebido casi sin reservas, a cuenta de aquel trastorno que ha tenido lugar. Es natural que los hombres que piensan en este lado de la tierra, determinados como están a juzgar todas las cosas en el crepúsculo que se les hace, se defiendan mal con un movimiento de sorpresa, un ademán quizá en sí mismo igualmente crepuscular ("¡No es más que eso!") de la contemplación de las imágenes que les son dadas de lo que pasa en aquella tierra tan joven, allá hacia el Oriente, en aquella tierra donde todo tiene que ser diferente, tan superior a lo que se espera, hasta perderse de vista, y en la cual después de todo aún no se agitan más que hombres y mujeres incompletamente liberados de la preocupación de vivir, de saber y, acá y allá, lo oculten o no, de ser felices. Pienso en las películas rusas que se pasan en Francia, no sin haberlas expurgado, es verdad, pero que, vistas desde aquí, se revelan tan superficialmente optimistas, tan mediocremente sustanciales. ¡Qué correctivo se ha de hacer intervenir para encontrarlas emocionantes y bellas! Para esto es necesario atribuir a los que las reconocen por su expresión un entusiasmo durable, sobre cuya virtud comunicativa temo que se ilusionen. Casi nada pasa, en efecto, ni llega hasta nosotros del

abrazo de una nueva realidad a través de esas producciones doblemente traicionadas por la censura y el extrañamiento a la vez físico y moral. No creo ser el único que crea que desde el punto de vista revolucionario su valor de propaganda es de los más discutibles. Podría decirse lo mismo de un número demasiado grande de documentos literarios o fotográficos que, desde hace unos diez años, nos han puesto ante los ojos. Felizmente, sabemos —y esto compensa ampliamente aquello—, sabemos que allá las iglesias se derrumban y continuarán derrumbándose hasta la última: ¡por fin! Que el producto del trabajo colectivo es repartido, sin privilegios, entre los trabajadores: es bastante. Nos sobresalta por primera vez el lejano reclutamiento de un ejército que es el Ejército Rojo, y cuya fuerza es la mejor garantía para nosotros de la próxima ruina de la idea misma de ejército. Muchas otras representaciones nos asaltan aún, que disponen sobre nosotros, *viajeros del segundo convoy,* de un valor de agitación muy superior al de las mieses ondulantes y de las pirámides de manzanas del Plan Quinquenal. Si, ciertamente, queremos la grandeza, la subida continua de ese país que ha realizado lo que nosotros mismos no hemos sabido todavía realizar y del que nos alegramos que sus habitantes logren adelantarse, no *a* nosotros sino *para* nosotros, este voto no debe servir para distraernos, sino al contrario: de todo lo que subsiste contradictoriamente en otras partes, no debe hacernos aceptar con paciencia la suerte que nos deparan las convulsiones de la espantosa bestia malhechora que es la pretendida civilización burguesa. La represión cada vez más sanguinaria que se desencadena en el mundo, la inolvidable llamada de

aquellos que, cada vez más numerosos, van a la muerte con un canto de libertad, nos imponen el deber de encontrar en nosotros y sobre todo en nosotros la lucidez y el valor necesarios para atacar a la vez, en todos sus puntos vulnerables, al monstruoso organismo opresor al que universalmente se trata de liquidar. Puesto que la realidad revolucionaria no puede ser la misma para los hombres que se sitúan unos más acá y otros más allá de la insurrección armada, puede parecer hasta cierto punto azaroso querer instituir una comunidad de deberes para hombres orientados inversamente en relación con un hecho concreto tan esencial. Las obligaciones diplomáticas a las que se ve forzada la U. R. S. S., constreñida por algún tiempo a mantener relaciones pasables con los estados capitalistas, al privarla de adoptar en toda circunstancia el tono agrio que sería de rigor, contribuyen aún, hay que decirlo, a aumentar el malestar. La necesidad indiscutible que tiene la U. R. S. S. de llegar a cierta estabilidad material no puede hacer, afuera, menos sensible el aplazamiento de diversas modificaciones fundamentales que se hubiera esperado que la Revolución victoriosa podría operar en el dominio de las costumbres. Bajo todos estos respectos, es claro que la enseñanza de la Revolución rusa, en su etapa actual, no puede ser por sí sola más que una enseñanza imperfecta, que hay lugar de aplicarla tan libremente como sea posible a cada otro tiempo y a cada otro país para hacerla entrar en composición real con las fuerzas objetivas y subjetivas que el revolucionario quiere poner en acción.

Así llegamos a concebir una actitud sintética en la que se hallan conciliadas la necesidad de transformar radicalmente el mundo y la de interpretarla lo más completamente posible. Esta actitud, somos algunos los que la sostenemos desde hace varios años y persistimos en creer que es plenamente legítima. No desesperamos, a pesar de los ataques múltiples que nos acarrea, de hacer comprender que no es de ninguna manera opuesta a la de los revolucionarios profesionales, a la cual, aunque estuviese, cosa imposible, en nuestro poder, nos odiaríamos si le infligiéramos la más mínima derivación. Nuestra ambición es, al contrario, unir, por medio de un nudo indestructible, un nudo del que habremos buscado apasionadamente el secreto para que sea verdaderamente indestructible, esta actividad de transformación a esta actividad de interpretación. No, no hay doblez en nosotros, no es verdad, no, no hay bigamia grotesca en nuestro caso. Queremos que este nudo se haga, y que dé ganas de deshacerlo, y que no se logre. He hablado de suicidios. Se han notado mucho, a pesar de todo, esas despedidas bruscas de la existencia por parte de hombres en los que se encarnaba una pasión particularmente moderna, quiero decir función del tiempo, del presente al grado supremo. Poetas, hombres que, bien examinado todo, la vida, sus razones de ser no despreciables en absoluto, la idea de lo mejor a lograr, digo, logrado, se recogían una noche o una mañana muy sombríamente y, a fe mía, decidían que no valía la pena, por lo que a ellos se refería, proseguir la experiencia hasta más adelante (imagino que pronunciaban de buen grado, *erróneamente,* esta palabra de experiencia). Su rara cohorte viene con sus risitas burlonas, sus re-

chinamientos de dientes bastante especiales, cada vez que nuestro gusto natural por la destreza y hasta por la aparente acrobacia nos hace bordear abismos de cierta dimensión, es decir, más a menudo, como ellos en otro tiempo, de lo que nos corresponde. La noche definitiva que comparten, por haber sentido, desde los rincones del mundo más opuestos, una igual afinidad con ella, tiende a echar un descrédito igual sobre lo que los animó, los hizo pelear y, lo más vanamente posible, los reconcilió en la derrota. Entre ellos figuran en buen lugar algunos revolucionarios, seres que no vacilaron, después de haber puesto altaneramente en un platillo de la balanza su genio, su entera fe y, con ella, esto se ha visto, la fe de centenares de miles de hombres, en dejar caer miserablemente en el otro un grito insignificante de sufrimiento personal, capaz de vencer inmediatamente a todo el resto. Recordamos la muerte oscura de Essenin, de Maiakowski. ¿Cómo no tener ya en cuenta una comunicación publicada hace algunos meses en la prensa revolucionaria por Elie Selvinski, líder de la escuela constructivista, cuya conclusión, ciertamente, tiene un sentido diametralmente opuesto, pero que, tan afianzada como está en consideraciones afectivas personales, no deja tampoco de alarmar? Según esa comunicación, lo recuerdo, el autor, cuya vida fue notablemente agitada (ejerció veinte oficios, manejó un autoametralladora en Taurida, estuvo en la cárcel, conoció apreciables éxitos literarios, etc.), el autor, digo, habiendo llegado a ese recodo de la vida en el que uno se siente "declinar" (¿cómo? ¿por qué? ¿de qué recodo se trata?), no logra recuperar sus medios y sus fuerzas más que haciéndose alistar en la Fábrica de

Electricidad de Moscú en calidad de aprendiz soldador. Una resolución del comité de fábrica, que nos da a conocer con orgullo, nos entera de que sus camaradas obreros elogian sin reservas el poema que, poco después de su ingreso, dedicó a la vida y las costumbres de la fábrica y esperan de él nuevos logros en el mismo plano. Sería inoportuno si me pusiera a discutir a Selvinski el mérito que los mejores jueces le reconocen en esta circunstancia. De todas maneras, lamento que sólo la debilitación de su facultad creadora lo haya lanzado por este camino. Encuentro en ello la prueba de que subsiste una notable antinomia en el pensamiento de ciertos hombres, a quienes, no obstante, la calificación de revolucionarios no puede, indudablemente, ser negada. ¿Un escritor, un intelectual en un régimen colectivista podría, pues, sustraerse a voluntad a las obligaciones comunes hasta el día en que el descontento de sí mismo volvería a hacerle marcar el paso? Es contar muy poco, en término medio, con la vanidad, con la pereza. Me parece que hay también aquí una concepción bien aventurera, bien inútilmente peligrosa, de la vida. He aquí de nuevo, pues, que sólo las pasiones y la ausencia de pasiones son las que gobiernan. Aquel que quiere aquí hacernos creer que se enmienda, solamente logra restablecer en su omnipotencia, e independientemente de su objeto, el *deseo* a cuya esencia corresponde pasar de un objeto a otro sin valorizar incesantemente, de esos objetos, más que el último. ¡Extraña, poco tranquilizadora línea quebrada es la que va, de lasitud en lasitud, desde los cafés poéticos a la fábrica, pasando por lo que Selvinski, ahora, llama con desprecio "las pequeñas pantuflas de las mujeres encantadoras"! La verdad es

que la actividad de interpretación está unida aquí a la actividad de transformación por un nudo extremadamente flojo — el brillante prestidigitador se presenta atado de pies y manos; en el tiempo de colocar y desplazar el biombo (el biombo es lo que no se sabe del individuo), por su propio poder, todas las bujías se encienden, hay alboroto, reaparece encadenado. Ningún sello, naturalmente, ha sido roto. En su entusiasmo, el público infantil está dispuesto a firmar todos los testimonios deseados.

El juicio interpretativo realizado por Selvinski, al igual que Maiakowski y Essenin, ese juicio que cada uno de ellos se hace rigurosamente a sí mismo, a su aventura personal, se revela, al ser examinado, como de los más insuficientes y de los más mediocres. Es inadmisible que en la sociedad nueva la vida privada, con sus oportunidades y sus decepciones, siga siendo la gran distribuidora, así como también la gran privadora de las energías. El único medio de evitarlo es preparar a la existencia subjetiva un desquite brillante en el terreno del conocimiento, de la conciencia sin debilidad y sin vergüenza. Todo error en la interpretación del hombre acarrea un error en la interpretación del universo: es, por consiguiente, un obstáculo a su transformación. Así, pues, hay que decirlo, es todo un mundo de prejuicios inconfesables que gravita junto al otro, del que no es justiciable más que con el hierro candente, puesto que se observa con gran aumento un minuto de sufrimiento. Está hecho de burbujas turbias, deformantes, que suben en todo momento del fondo lodoso, del *inconsciente* del individuo. La transformación social no será verdaderamente efectiva y completa hasta el día en que se habrá terminado con esos gérmenes corruptores.

No se acabará con ellos más que aceptando, para poder integrarlo al del ser colectivo, rehabilitar el estudio del yo.

*

Bonaparte me turba cuando, tras haber hecho derribar a cañonazos las puertas de Pavía y fusilar a los elementos rebeldes, se mete a plantear —Hegel es quien lo expone— a la clase de ideología de la Universidad que visita la "embarazosa" pregunta de la diferencia entre el estado de vigilia y el dormir. Debo reconocer, pues, que hasta para aquel hombre, apto como ningún otro para hacer surgir el hecho concreto, semejante distinción no se establece sin un mayor o menor debate interior. En aquel Pradial del año IV, en la hora en que acaba de dar el golpe de gracia a la Revolución a punto de renacer de sus cenizas (la disolución de la Sociedad del Panteón es de Ventoso) y en que parece tener en sus manos la suerte de Europa, es bastante edificante ver al vencedor, al conquistador a quien todo impide dudar de su estrella, pedir que se resuelva para él lo que marca, lo que cuenta, lo que vale entre los episodios sangrientos que desarrolla a sus pies la historia y los que se traman, a pesar suyo o no, en la niebla inmaterial que sube de su cama de campaña. Algo se trasluce objetiva y críticamente de esa duda en la lectura, también, de una parte de su correspondencia de aquella época, las cartas a Josefina, en las que las victorias famosas, subordinadas en importancia y, podría creerse, en realidad a los movimientos de inquietud amorosa de un hombre de quien se ha dicho, no obstante, que prefería "el amor hecho" al "amor por

hacer", sólo son objeto de una mención de una línea, en posdata. En esto no hay ninguna modestia, ciertamente, ningún prejuicio de buena educación. Es un placer contemplar cómo un tormento más fuerte que el que lleva a dominar a los hombres, a decidir la suerte de los países, a cambiar las instituciones, abre un surco en el corazón de Bonaparte al caer la noche, arrebatándole de súbito el paisaje guerrero, invistiendo con la única autoridad suficiente para poder hacerlos considerar como reales... ¿qué?, menos que nada, los hechos y los movimientos de una mujer ligera pero deseada, insoportable pero ausente. El héroe es aquí herido en su punto de transparencia, de vanidad totales: a través de él, imágenes de una fiesta lejana cualquiera, de una intensidad singular, se destacan del telón de fondo prometido a la contemplación futura y que tiene derecho a ella, en efecto, desde el punto de vista de lo incomparable, a pesar de su luz siniestra.

El valor particular que atribuyo a ese ejemplo proviene del hecho de que aquí el acontecimiento que es "negado" es de aquellos cuyo carácter positivo se impone universalmente con gran fragor, de aquellos cuyo retumbo en el tiempo subraya con fuerza este carácter positivo. ¿Es necesario, pues, que el partido que se juega no esté sujeto a hundirse, a precipitarse en su contrario más que para el jugador? Sin duda debe ser así para que el jugador no logre salvaguardar en él la idea del tiempo, del tiempo en que nace y desaparece todo, idea cuya destrucción sería de tal naturaleza que le haría perder el sentido de su propio destino y de su propia necesidad, lo inmovilizaría en una especie de éxtasis. Esta facultad completamente intuitiva

de determinación inmediata de lo negativo (tendencia a la evasión en el sueño, en el amor), cuida de que una serie particularmente coloreada y excitante de hechos vividos sea mantenida en su cuadro de encadenamiento *natural*. (Un acontecimiento sobrenatural, si pudiese producirse, privaría al espíritu de su principal recurso quitándole la capacidad de realizar dialécticamente su contrario. Tal hecho, conforme a la creencia popular, no podría concebirse más que como fulminante para todo individuo que lo presenciase. No subsistiría de él necesariamente ninguna relación).

Esta negativa, este desprendimiento, esta exclusión en que se prefigura ya para Bonaparte el exilio venidero, dan cuenta admirablemente, también, del cumplimiento necesario, a través de él, de la serie de mediaciones que caracteriza la actuación propia del espíritu. Conviene, me parece, insistir en ello en este caso preciso, aunque no sea más que para poner en jaque a la concepción idólatra según la cual un ser excepcionalmente duro y armado podría vivir sin ceder nada a todo lo que no es su vocación única y, con aliento sostenido, comportarse y mantenerse en su punto de potencia más elevado. ¿Realiza cierto gran capitán plenamente sus victorias, un determinado poeta —la pregunta fue hecha por Rimbaud— puede pasar por haber tenido la inteligencia completa de sus visiones? Es inverosímil. La naturaleza misma del "uno", sea proclamado genio, simple o loco, se opone a ello enteramente. Es necesario que el uno se separe de sí mismo, se rechace, se condene él mismo, que se anule en provecho de los demás para reconstituirse en la unidad de ellos con él. Así lo exige en su complejidad el sistema de ruedas dentadas interio-

res que gobierna el movimiento, el juego de soles secuentes de los cuales uno, sin despertar a todos los demás, no entrega ni una partícula de su luz. La animación inmensa se obtiene al precio de esa repulsión engendradora de atracción, sea el acto que las determina el más ínfimo o el más operante. Por lo tanto, tocamos aquí, hay que reconocerlo, el punto débil de la mayoría de las ideologías modernas para las cuales se ha convertido en oscuridad y reto más grandes que nunca el sostener que lo que se opone está de acuerdo con uno, según la expresión de Heráclito que precisa: "Armonía de tensiones opuestas, como la del arco y la de la lira." Nada ha sido, durante estos últimos veinte o veinticinco siglos, más discutido. En nuestros días la opinión, que es, en la mayor parte del mundo, lo que la hacen los periódicos a sueldo de la burguesía, refluye casi enteramente contra esta idea de que la máquina universal obedece indiferentemente a los impulsos más variados, que no se puede considerar a unas como electivas, a otras como no electivas y, muy especialmente, para volver al pensamiento del viejo efesio, que "los hombres en su sueño trabajan y colaboran en los acontecimientos del universo". No hay, hasta la opinión trabajada, contrariamente, por la perspectiva de la construcción socialista, quien no reaccione, de una manera deplorablemente paralela, a fin de cuentas igualmente conformista, contra todo lo que no es la aplicación estricta en un solo punto, el de la producción de riquezas, del esfuerzo humano disponible. El problema del conocimiento se pierde así de vista, el tiempo reaparece bajo su forma más tiránica —dejar para mañana lo que no se ha podido hacer hoy, la búsqueda de la eficacia concre-

ta, continua, inmediata. Una servidumbre sin límites. Las calles acarrean en mescolanza las ocupaciones complementarias, rivales. La emulación más ingenua se apodera de unos y otros, aquí, allá, por la posesión, por la gloriola. Mansiones particulares, cuadros de honor. Veo las bellezas naturales, miradas bruscamente con sospecha, defraudadas, errando en busca de una nueva afectación, oponiendo por otra parte una resistencia huraña a dejarse atribuir un fin que no sea el suyo. Este tiempo en que vivo, este tiempo desgraciadamente corre y me arrastra. La impaciencia loca, como accidental, en la que aquél se comprende, no me perdona. Hoy día hay poco lugar, es cierto, para lo que querría, muy altaneramente, trazar en la hierba el sabio arabesco de los soles de que hablé. Aunque sepamos que las órdenes del aparato esencial son innumerables, y que responde siempre, y que la respuesta que da es la misma hasta el infinito, de modo que toda solicitación particular es arbitraria, por supuesto que cada momento, confundido como está en todos los otros, permanece no obstante diferenciado en sí mismo. El momento presente me es dado, pues, con todas las características que lo colocan bajo la amenaza de una nube más cercana que las otras, de la especie de aquella que, reventando, ha de librar al mundo de un régimen económico en el cual han aparecido y se han multiplicado contradicciones insuperables, mortales. Importa que esa nube dibuje su sombra sobre la página que escribo, que sea pagado este tributo a la pluralidad a la cual, para osar escribir, es necesario a la vez que me pierda y que vuelva a encontrarme. Más allá, pero sólo más allá, me está quizá permitido hacer valer el sentimiento particular que

me anima, me corresponde quizá pedir más o menos solo que las preocupaciones más específicamente actuales, el cuidado de las intervenciones más urgentes, no desvíen al hombre de la tarea de comprender, de conocer, y que para ello lo dejen en condición de incorporar el hecho histórico adquirido o próximo a adquirirse, por ejemplo la Revolución social, al devenir más general del ser humano —después de esta Revolución lo mismo que antes, no lo olvidemos, eternamente haciéndose y eternamente inacabado. Es necesario, lo repito, evitar a toda costa dejar absurdamente obstruir o hacer impracticables los más bellos caminos del conocimiento, bajo pretexto de que no se podría tratar provisionalmente de otra cosa que de apresurar la hora de la Revolución. Tanto como admito que, realizada la Revolución, el espíritu humano, llevado a un nivel superior, será llamado a partir por primera vez de sí mismo por una vía sin obstáculo, igualmente niego que lo consiga si, en los sentidos más diversos, no se ha guardado de malbaratar lo que la experiencia anterior le había proporcionado. No es uno de los menores reproches que pueden hacerse a esta época tener que comprobar que una proposición tan elementalmente lógica no encuentre un consentimiento más general, pero el hecho es que no lo encuentra. Incluso cada día nos trae, en cuanto a eso, una negación más asombrosa y más estéril de parte de aquellos que han tomado a su cargo la transformación racional del mundo y efectivamente, en parte, lo han transformado. Es absolutamente insuficiente, en mi opinión, preconizar el uso de una manivela con exclusión de todas las demás —la potencia de trabajo por ejemplo—, y uno se expone así a deterio-

rar la máquina. Empero es a la observación estricta de esta regla que se esfuerzan á reducirnos algunos hombres a quienes las enseñanzas de Marx y de Lenin podrían, parece, dotar en este dominio de una mayor circunspección. El escamoteo pasablemente deshonesto de lo que puede haber de más precioso, desde el único punto de vista materialista, en descubrimientos como los de Freud, el rechazo práctico de la discusión de toda clase de tesis algo insólitas, el pataleo sensible que resulta de ello concurrente con la tendencia a considerar infalible el pensamiento de algunos hombres en lo que puede presentar, como todo pensamiento, a la vez de cierto y de aventurado, justifican a mis ojos la adopción de una posición exterior a las posiciones comunes, difícil de mantener, ciertamente, pero de la cual es posible al menos no alienar todo espíritu crítico en beneficio de cualquier fe ciega. ¿Quién sabe si no conviene que en las épocas atormentadas se cave así a su pesar la soledad de algunos seres, cuyo papel es evitar que perezca lo que no debe subsistir pasajeramente más que en un rincón de invernadero, para encontrar mucho más tarde su lugar en el centro del nuevo orden, indicando así con una flor absoluta y simplemente presente, por *verdadera,* con una flor de alguna manera *axial en relación al tiempo,* que el mañana debe conjugarse tanto más estrechamente con el ayer cuanto que debe romper de una manera más decisiva con él?

•

En el estruendo de las murallas que se derrumban, entre los cantos de alegría que suben de las ciuda-

des ya reconstruidas, en la cima del torrente que clama el retorno perpetuo de las formas tomadas sin cesar por el cambio, sobre el ala batiente de los afectos, de las pasiones que alternativamente levantan y dejan caer de nuevo a los seres y las cosas, por encima de los fuegos de paja en los que se crispan las civilizaciones, más allá de la confusión de las lenguas y de las costumbres, veo al hombre, lo que de él permanece para siempre inmóvil en el centro del torbellino. Sustraído a las contingencias de tiempo y de lugar, aparece verdaderamente como el centro mismo de ese torbellino, como el mediador por excelencia. ¿Y cómo me lo conciliaría si no lo restituyese esencialmente a esta facultad fundamental de dormir, es decir, de volver a templarse cada vez que es necesario, en el seno mismo de esta noche superabundantemente poblada en la que todos, seres y objetos, son él mismo, participan obligatoriamente de su ser eterno, cayendo con la piedra, volando con el pájaro? Veo en el centro de la plaza pública a este hombre inmóvil en quien, lejos de aniquilarse, se combinan y maravillosamente se limitan las voluntades adversas de todas las cosas por la única gloria de la vida, de este hombre que, lo repito, no es ninguno y es todos. Aunque lo quiero teóricamente arrancado a la brega social, distraído de la mordedura de una ambición irrefrenable y siempre indigna, me aseguro de que el mundo entero se recompone, en su principio esencial, a partir y alrededor de él. ¡Que se entregue, pues, y que para empezar deshaga, es necesario, al otro hombre, aquel a quien toda interiorización está prohibida, el transeúnte apresurado dentro de la niebla! Esta niebla es. Contrariamente a la idea corriente, está hecha del es-

pesor de las cosas inmediatamente sensibles cuando abro los ojos. Estas cosas que amo, ¿cómo no las odiaría también por ocultarme irrisoriamente todas las otras? Me ha parecido y me parece aún, incluso es todo aquello de lo que este libro da fe, que al examinar de cerca la actividad más irreflexiva del espíritu, si se pasa por alto la extraordinaria y poco tranquilizadora efervescencia que se produce en la superficie, es posible sacar a la luz un *tejido capilar* en la ignorancia del cual nos ingeniaríamos en vano en querer figurarnos la circulación mental. El papel de este tejido es, ya lo hemos visto, asegurar el intercambio constante que debe producirse en el pensamiento entre el mundo exterior y el mundo interior, intercambio que requiere la interpretación continua de la actividad en estado de vigilia y la actividad durmiendo. Toda mi ambición ha sido dar aquí una idea de su estructura. Cualesquiera que sean la pretensión común a la conciencia integral y los menudos delirios de rigor, no se puede negar que este tejido cubre una región bastante vasta. Allí es donde se consuma para el hombre el intercambio permanente de sus necesidades satisfechas e insatisfechas, allí es donde se exalta la sed espiritual que, desde el nacimiento a la muerte, es indispensable que calme y que no cure. No me cansaré de oponer a la imperiosa necesidad actual, que es la de cambiar las bases sociales tan vacilantes y carcomidas del viejo mundo, esta otra necesidad no menos imperiosa de no ver en la Revolución venidera un fin, que con toda evidencia sería al mismo tiempo el de la historia. El *fin* no podría ser para mí más que el conocimiento del destino eterno del hombre, del hombre en general, a quien sólo la Revolución po-

drá devolver plenamente a ese destino. Toda otra manera de juzgar, cualquiera que sea la preocupación por las realidades políticas de que se jacte, me parece falsa, paralizante y, desde el estricto punto de vista revolucionario, derrotista. Es demasiado simple, opino, querer reducir la necesidad de adecuación del hombre a la vida a un reflejo penoso que estaría expuesto a ceder a la supresión de las clases. Tal necesidad es por ello demasiado insituable en el tiempo y, no temo decirlo, precisamente porque quiero verla imponerse sin trabas al hombre, es por lo que soy revolucionario. Estimo, en efecto, que no se impondrá sin trabas al hombre hasta que pueda imponerse a *todo* hombre, hasta que la precariedad completamente artificial de la condición social de éste no le vele ya la precariedad real de su condición humana. Pretendo que no hay en esto, por mi parte, ningún pesimismo, sino que, bien al contrario, es propio de una vista deplorablemente corta y tímida admitir que el mundo puede ser cambiado una vez por todas y prohibirse más allá, como si debiese ser profanatoria, toda incursión por las tierras inmensas que quedarán por explorar.

El mal sagrado, la enfermedad incurable reside y residirá aún en el sentimiento. Negarlo no sirve rigurosamente de nada; vale más en todos aspectos pasar por sus accesos agotadores e intentar, desde el interior de la campana de buzo de paredes vibrantes que sirve para penetrar en su esfera, organizar tan sólo un poco el brillante desacuerdo en que se complace. No es en vano que el individuo, por su mediación, al entrar en contacto con el contenido de sí mismo, experimenta de una manera

más o menos pánica, que lo calienta o lo hiela, que ese contenido se distingue del conocimiento objetivo exterior. Todo debe continuar siendo emprendido para tratar de ver más claro y para separar, de la certeza irracional que lo acompaña, lo que puede ser tenido por verdadero o por falso. Por esto no solamente conviene no abandonar ninguno de los modos de conocimiento intuitivo probados, sino también trabajar para descubrir otros nuevos. Una vez más, nada sería más necesario en este respecto que hacer un examen profundo del proceso de formación de las imágenes en el sueño, ayudándose de lo que se puede saber, por otro lado, de la elaboración poética. ¿De dónde viene que tales imágenes hayan sido retenidas con preferencia a tales otras, entre todas las demás? El hecho de que algunas de ellas parecen con evidencia deber su origen a la repetición fortuita, durante el estado de vigilia, de ciertas representaciones muy precisas, hace pensar que no hay ahí nada tan difícil, tan desorientador. Con un poco de ingenio no es imposible que se logre provocar ciertos sueños en otro ser, por poco que nos apliquemos a pesar suyo en hacerle caer dentro de un sistema bastante notable de coincidencias. No sería de ningún modo utópico pretender, por este medio, obrar a distancia, gravemente, sobre su vida. El hecho real, que es una resultante, ganaría en solidez con que uno de sus principales componentes fuese así, en la mayor medida, determinado *a priori* y *dado*. Desearía que esta proposición obtuviese bastante aprobación de algunos espíritus para hacerlos pasar a su aplicación práctica. Nada me parece de naturaleza capaz de iluminar mejor la esfera del sentimiento, a la que el sueño pertenece en propiedad, lo cual lo

designa electivamente como terreno de experiencia, puesto que se trata, como se continuará tratando siempre, de sondar la naturaleza individual entera en el sentido *total* que puede tener de su pasado, de su presente y de su futuro.

Puesto que la actividad práctica lleva al hombre despierto hacia un debilitamiento constante de la sustancia vital que sólo puede compensarse parcialmente en el sueño, la actividad reparadora que es la función de éste, ¿no merecería algo mejor que este disfavor que hace de todo hombre casi un durmiente *vergonzoso*? ¡Qué pereza, qué gusto completamente animal de la existencia por la existencia se manifiestan a fin de cuentas en la actitud que consiste en no querer tener conciencia de este hecho de que toda cosa que objetivamente *es*, está comprendida en un círculo que siempre va ampliando sus posibilidades! ¡Cómo creerse capaz de ver, de oír, de tocar si uno se niega a tener en cuenta esas posibilidades innumerables que, para la mayoría de los hombres, dejan de ofrecerse desde que pasa el primer carro del lechero! La esencia general de la subjetividad, este inmenso terreno y el más rico de todos, es dejado baldío. Hay que ir a ver a primera hora de la mañana, desde la cumbre de la colina del Sagrado Corazón, en París, cómo la ciudad se desprende lentamente de sus velos espléndidos, antes de estirar los brazos. Toda una multitud por fin dispersada, helada, desunida y sin fiebre surca como un navío la gran noche que sabe hacer una misma cosa de la basura y de la maravilla. Los trofeos orgullosos que el sol se dispone a coronar de pájaros o de ondas, se reponen mal del polvo de las capitales enterradas. Hacia la periferia las fábricas, primeras en estremecerse, se

iluminan con la conciencia cada día creciente de los trabajadores. Todos duermen, excepto los últimos escorpiones con rostro humano que empiezan a cocer, a hervir en su oro. La belleza femenina se funde una vez más en el crisol de todas las piedras raras. Nunca es más emocionante, más entusiasmadora, más loca, que en este instante en que es posible concebirla unánimemente desprendida del deseo de agradar a uno o a otro, a unos o a otros. ¡Belleza sin destino inmediato, sin destino conocido por ella misma, flor inaudita hecha de todos esos miembros esparcidos en una cama que puede aspirar a las dimensiones de la tierra! La belleza alcanza en aquella hora su término más elevado, se confunde con la inocencia, es el espejo perfecto en el que todo lo que ha sido, todo lo que está llamado a ser, se baña adorablemente en lo que va a ser *esta vez*. La potencia absoluta de la subjetividad universal, que es la realeza de la noche, ahoga al azar las impacientes determinaciones: el cardo sobre el que no se ha soplado permanece sobre su construcción humosa, perfecta. ¿Hará buen tiempo, lloverá? Una dulcificación extrema de sus ángulos constituye todo el cuidado de la pieza ocupada, bella como si estuviera vacía. Las cabelleras infinitamente lentas sobre las almohadas no dejan nada por espigar de los hilos por los cuales la vida vivida se une a la vida por vivir. El detalle impetuoso, pronto devorante, gira en su jaula de comadreja, anhelando alborotar con su carrera todo el bosque. Entre la cordura y la locura, que de ordinario logran muy bien limitarse una a la otra, es la tregua. Los intereses poderosos afligen apenas con su sombra desmesuradamente mezquina el alto muro degradado en cuyas anfrac-

tuosidades se inscriben para cada uno las figuras, siempre distintas, de su placer y de su sufrimiento. No obstante, como en un cuento de hadas, parece siempre que una mujer ideal, levantada antes de la hora y en cuyos bucles habrá descendido visiblemente la última estrella, va a salir de una casa oscura y sonámbulamente hará cantar las fuentes del día. París, tus reservas monstruosas de belleza, de juventud y de vigor, ¡cómo quisiera saber extraer de tu noche de algunas horas lo que contiene de más que la noche polar! ¡Cómo quisiera que una meditación profunda sobre los poderes inconscientes, eternos que tú ocultas estuviera al alcance de todo hombre, para que se guardara de retroceder y de soportar! La resignación no está escrita sobre la piedra móvil del sueño. La inmensa tela oscura que cada día es hilada lleva en su centro los ojos petrificadores de una victoria clara. Es incomprensible que el hombre vuelva sin cesar a esta escuela sin aprender nada en ella. Día llegará, no obstante, en que no podrá ya acudir, para juzgar de su propia determinabilidad, a la arbitraria voluntad del organismo social que asegura hoy, por la desgracia de casi todos, el goce de algunos. Creo que no es demasiado irrazonable predecirle para un día cercano el logro de esta mayor libertad. Aquel día, piénsese en ello, será necesario además que sepa disfrutarla, y esto es precisamente lo que yo quisiera darle. Alimenta en su corazón un enigma y de cuando en cuando comparte a su pesar la inquietante reserva mental de Lautréamont: "Mi subjetividad y el Creador, es demasiado para un cerebro." Creador aparte, fuera de la cuenta, la subjetividad sigue siendo en efecto el punto negro. Su historia, que no se escribe, no persiste menos,

al margen de la otra, en proponer su indignante embrollo. A esa subjetividad, por su parte, la miseria literaria la cubre y descubre alternativamente a su placer, evitando en lo posible seguirla en sus retraimientos y cercarla. ¿No hemos visto estos últimos tiempos ponerse de *moda,* en lectura, algo tan ridículo y tan abyecto como las "vidas noveladas"? Demasiado nos imaginamos lo que puede haber, en empresas de esta envergadura, de aquello sobre lo cual el acento humano debería verdaderamente recargarse, he nombrado ya el sentimiento y precisaré que se trataría ante todo de comprender cómo tal individuo es afectado por el curso de las edades de la vida, por una parte, y por la idea que tiene, por otra parte, de la relación sexual. Estas son, naturalmente, investigaciones todas que la ligereza común y la hipocresía social hacen prácticamente imposibles de manera continua. Así se pierde la última oportunidad que tenemos de disponer, en materia de subjetividad, de documentos vivos de algún precio. Me veo forzado, en estas condiciones, a no contar sino con los poetas —son todavía algunos— para colmar poco a poco esta laguna.[1] Es de los poetas, a pesar de todo, en el curso de los siglos, de los que es imposible recibir y permitido esperar los impulsos susceptibles de volver a colocar al hombre en el corazón del universo, de abstraerlo un segundo de su aventura disolvente, de recordarle que es para todo dolor y todo gozo

[1]Los poetas, pero, dice Freud, "son, en el conocimiento del alma, nuestros maestros, de nosotros, hombres vulgares, pues beben en manantiales que no hemos todavía hecho accesibles a la ciencia. —¡Que el poeta no se haya pronunciado aún más claramente en favor de la naturaleza, llena de sentido, de los sueños!"

exteriores a él un lugar indefinidamente perfectible de resolución y de eco.

El poeta venidero superará la idea deprimente del divorcio irreparable de la acción y del sueño. Ofrecerá el fruto magnífico del árbol de las raíces entrecruzadas y sabrá persuadir a aquellos que lo saboreen de que no tiene nada de amargo. Llevado por la ola de su tiempo, asumirá por primera vez sin aflicción el recibo y la transmisión de las llamadas que se apretujan hacia él desde el fondo de las edades. Mantendrá en presencia, cueste lo que cueste, los dos términos de la relación humana por cuya destrucción las conquistas más preciosas se convertirían instantáneamente en letra muerta: la conciencia objetiva de las realidades y su desarrollo interno en lo que, por virtud del sentimiento individual por una parte, universal por otra parte, posee de mágico hasta nueva orden. Esa relación puede pasar por mágica en el sentido de que consiste en la acción inconsciente, inmediata, de lo interno sobre lo externo y que se desliza fácilmente en el análisis sumario de semejante noción la idea de una mediación trascendente que sería, por otra parte, más la de un demonio que de un dios. El poeta se erguirá contra esta interpretación simplista del fenómeno de que se trata: en el proceso inmemorialmente intentado por el conocimiento racional contra el conocimiento intuitivo, le corresponderá presentar la pieza capital que pondrá fin al debate. La operación poética, desde entonces, será realizada en pleno día. Se habrá renunciado a buscar querella a ciertos hombres, los cuales tenderán a convertirse en todos los hombres, por las manipulaciones durante largo

tiempo sospechosas para los otros, durante largo tiempo equívocas para ellos mismos, a las que se entregan para retener la eternidad en el instante, para fundir lo general en lo particular. Ya ellos mismos no proclamarán más el milagro cada vez que por la mezcla, más o menos involuntariamente dosificada, de estas dos sustancias incoloras que son la existencia sumisa a la conexión objetiva de los seres y la existencia que escapa concretamente a esta conexión, habrán logrado obtener un precipitado de un hermoso color durable. Estarán ya afuera, mezclados con los demás a pleno sol y no tendrán una mirada más cómplice ni más íntima que ellos para la verdad, cuando ésta vendrá a sacudir su cabellera chorreante de luz a su ventana negra.

APÉNDICE

TRES CARTAS DE SIGMUND FREUD A ANDRÉ BRETON

Viena, 13 de diciembre 1932.

Estimado señor:

Tenga la seguridad de que leeré con cuidado su librito Los vasos comunicantes, *en el que la explicación de los sueños representa un gran papel. Hasta ahora no he llegado aún muy lejos en esta lectura, pero si ya le escribo es porque en la página 19*[1] *tropecé con una de sus "impertinencias",*[2] *la cual no puedo explicarme fácilmente.*

Me reprocha usted que no haya mencionado, en la bibliografía, a Volkelt, quien descubrió el simbolismo del sueño, aunque me haya apropiado sus ideas. ¡He aquí algo grave, algo completamente contra mis maneras habituales!

En realidad no es Volkelt quien descubrió el simbolismo del sueño, sino Scherner, cuyo libro apareció en 1861, mientras que el de Volkelt data de 1878. Los dos autores son mencionados varias veces en los pasajes correspondientes de mi texto y figuran juntos en el lugar donde Volkelt es designado como partidario de Scherner. Los dos *nombres están también en la bibliografía. Puedo, pues, pedir a usted una explicación.*

[1] Aquí página 16.

[2] Alusión a la dedicatoria que acompañaba el ejemplar de *Los vasos comunicantes* que le había enviado.

Para su justificación descubro en este momento que el nombre de Volkelt, efectivamente, no se encuentra en la bibliografía de la traducción francesa (Meyerson, 1926).

Muy afectuosamente,

FREUD

*

14 de diciembre 1932.

Estimado señor:

Excúseme si insisto en el asunto Volkelt. Para usted no puede significar gran cosa, pero soy muy sensible a semejante reproche y cuando viene de André Breton me es tanto más penoso.

Le escribí ayer diciéndole que el nombre de Volkelt es mencionado en la bibliografía de la edición alemana de La ciencia de los sueños, *pero que fue omitido en la traducción francesa, lo cual me justifica y en cierta medida lo justifica a usted igualmente, aunque hubiese usted podido ser más prudente en la explicación de este estado de cosas. (Escribe usted: "autor sobre quien permanece muda bastante* significativamente *la bibliografía".) En este caso no habría probablemente más que un olvido sin importancia del traductor Meyerson.*

Pero él tampoco es culpable. He mirado de nuevo con más precisión y he encontrado lo que sigue: de mi Ciencia de los sueños *han aparecido de 1900 a 1930 ocho ediciones. La traducción francesa fue hecha sobre la* séptima *edición alemana. Y he aquí que el nombre de Volkelt figura en la bibliografía de la primera, la segunda y la tercera ediciones alemanas, pero efectivamente falta en todas*

las ediciones ulteriores, de modo que el traductor francés no podía encontrarlo.

La cuarta edición alemana (1914) es la primera que lleva en la portada la mención: "Con la colaboración de Otto Rank." Desde entonces Rank se encargó de la bibliografía, de la que yo ya no me ocupé más. Probablemente sucedió que la omisión del nombre de Volkelt (entre las páginas 487 y 488) le pasó por alto. En esto es imposible atribuirle una intención particular.

La utilización de semejante accidente debe ser excluida, muy particularmente por el hecho de que Volkelt no es en absoluto aquel cuya autoridad es tomada en consideración en materia del simbolismo del sueño, sino indudablemente otro que se llama Scherner, como he dicho varias veces en mi libro.

Con mi consideración distinguida,

FREUD

*

26 de diciembre 1932.

Estimado señor:

Le agradezco vivamente su carta, tan detallada y amable. Habría podido usted contestarme más brevemente: "Tant de bruit..."[1] *Pero ha tenido usted amistosamente consideración a mi susceptibilidad particular sobre este punto, que es sin duda una forma de reacción contra la ambición desmesurada de la infancia, felizmente superada. No podría tomar a mal ninguna de sus otras observa-*

[1]En francés en el texto.

ciones críticas, aunque pudiera encontrar en ellas varios motivos de polémica. Así, por ejemplo: creo que si no proseguí el análisis de mis propios sueños hasta tan lejos como el de los otros, la causa no es más que raramente la timidez en cuanto a lo sexual. El hecho es, con mucha mayor frecuencia, que hubiera tenido que descubrir regularmente el fondo secreto de toda la serie de sueños, consistente en mis relaciones con mi padre que acababa de morir. Pretendo que tenía derecho a poner un límite a la inevitable exhibición (¡así como a una tendencia infantil superada!).

Y ahora una confesión, ¡que debe usted acoger con tolerancia! A pesar de que recibo tantas pruebas del interés que usted y sus amigos tienen por mis investigaciones, yo mismo no soy capaz de aclararme qué es y qué quiere el surrealismo. Quizá no estoy hecho para comprenderlo, yo que estoy tan alejado del arte.

Cordialmente suyo

FREUD

*

RÉPLICA

Si, en la primera parte de Los vasos comunicantes, *me creí autorizado a atribuir a Volkelt y no a Scherner el mérito principal del descubrimiento del simbolismo sexual del sueño, es porque me pareció que, según el testimonio incluso de Freud,*[1] *Volkelt fue históricamente el primero que colocó en el plano científico la actividad imaginativa sim-*

[1] *La ciencia de los sueños.*

bólica de que tratamos aquí. La característica sexual de esta actividad había sido, en efecto, presentida hace mucho tiempo por los poetas, Shakespeare entre otros, pero la consideración de esos "márgenes ocasionales del conocimiento intuitivo", como dice Rank, no debe ocultarnos lo que pudo haber de genial en la idea de sistematización —emitida antes de Freud— que debía dar origen al psicoanálisis. "Revoltijo místico", "pomposo galimatías", tales son las palabras que encuentran uno tras otro Volkelt y Freud para apreciar la obra de Scherner. No creí, en estas condiciones, singularizarme al atribuir la responsabilidad de la orientación, de la impulsión verdaderamente científicas del problema, a Volkelt, quien, según Freud, *"se esforzó por conocer mejor" en su naturaleza la imaginación del sueño, "por situarla después exactamente en un sistema filosófico".*

Huelga decir que nunca he atribuido a Freud el cálculo que consistiría en silenciar deliberadamente los trabajos de un hombre de quien puede ser intelectualmente deudor. Una acusación de este orden correspondería mal a la altísima idea que tengo de él. Al comprobar la omisión de la obra de Volkelt en la bibliografía establecida tanto al final de la edición francesa como de una edición alemana muy anterior, cuanto más recordé el principio según el cual "en todos los casos *el olvido es motivado por un sentimiento desagradable".*[1] *Según mi sentir, no podía tratarse ahí más que de un acto* sintomático *y debo decir que la agitación manifestada en esto por Freud (me escribe dos cartas con algunas horas de intervalo, se disculpa vivamente,*

[1] *La psicopatología de la vida cotidiana.*

echa su culpa aparente sobre alguien que ya no es amigo suyo... ¡para terminar alegando en favor de éste el olvido inmotivado!) no es a propósito para hacerme apartar de mi impresión. El último párrafo de la tercera carta, en el que se manifiesta, a doce días de distancia, el deseo (muy divertido) de devolver golpe por golpe,[2] *me confirma más en la idea de que toqué un punto bastante sensible. "La ambición desmesurada de la infancia", ¿está en Freud, en 1933, tan "felizmente superada"?*

El lector juzgará si, por otra parte, conviene dejar de lado las reticencias paradójicas del autoanálisis en La ciencia de los sueños *y el notable contraste que ofrece, desde el punto de vista del contenido sexual, la interpretación de los sueños del autor y el de los otros sueños que se hace relatar. Sigue pareciéndome que en semejante dominio el temor del exhibicionismo no es una excusa suficiente y que la investigación de la verdad objetiva por sí misma exige ciertos sacrificios. El pretexto invocado —el padre de Freud murió en 1896— aparecerá por otra parte, aquí, tanto más precario cuanto que las siete ediciones de su libro que se han sucedido desde 1900 han proporcionado a Freud todas las ocasiones deseables de salir de su reserva de entonces o, cuando menos, de explicarla sumariamente.*

Quede bien entendido que, aunque se las oponga, esas diversas contradicciones que se encuentran hoy aún en Freud no debilitan en nada el respeto y la admiración que le tengo, sino que más bien

[2] "Detrás de todo eso hay el pequeño Sigmund que se defiende: 'Lo he tirado al suelo porque él me tiró al suelo'." (Fr. Vittels: *Freud.*)

dan testimonio, a mis ojos, de su maravillosa sensibilidad siempre despierta y me aportan la valiosísima prenda de su vida.

1933.

A. B.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO
EN LOS TALLERES DE
LITOARTE, S. DE R.L.
FERROCARRIL DE CUERNAVACA, 683
MÉXICO 17, D.F.
EDICIÓN DE 3 000 EJEMPLARES
Y SOBRANTES PARA REPOSICIÓN
6-VI-1978

ANDRÉ BRETON: LOS VASOS COMUNICANTES